

#SOSCUBA

AUTORES

Oscar Grandío Moraguez
Néstor Díaz de Villegas
Alex Heny
Alfredo Triff
Gabriel García Galano
Iván Darías Alfonso
Juan Abreu
Jorge de Armas
Legna Rodríguez Iglesias
Carlos Lechuga
Francisco Morán
Claudia Muñiz
Amanda Rosa Pérez Morales
Freny Fernández Rosales
Roberto Veiga
Julio Llópiz-Casal
Daniel Díaz Mantilla
Ray Veiro
Mario Rufer
Hans Carrillo Guach
Pedro Manuel González Reinoso
Orlando Luis Pardo Lazo
Jane Scott
Ted Henken
Julio Lorente
César Vargas
Hugo García González

Hypermedia Magazine (ed.)

#SOSCUBA

LAS PROTESTAS DEL 11 DE JULIO DE 2021



De la presente edición, 2021:

- © Hypermedia Magazine (ed.)
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Editorial Hypermedia
Diseño y maquetación digital: Hypermedia Magazine
Corrección: Editorial Hypermedia

Colección: Hypermedia enverde (e-books)

Distribución gratuita.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

EL ESPEJO DE LA STASI: LECCIONES PARA LA TRANSICIÓN CUBANA

OSCAR GRANDÍO MORAGUEZ

La actual situación paradigmática en Cuba, con una sociedad civil demandando el fin de una dictadura totalitaria, ha puesto en evidencia a un liderazgo que no posee la capacidad para evitar la profundización de una crisis política, económica, social y epidemiológica.

Las protestas masivas del 11 de julio del 2021 demuestran que las élites gobernantes, sobretudo las encargadas de los Órganos de Inteligencia, han subestimado la capacidad de movilización y resistencia de la sociedad cubana. Esta falta de sentido estratégico —y la más absoluta desconexión con la verdadera realidad del país— hizo que priorizaran una agenda represiva como medio para contener demandas razonables de la sociedad civil; agenda que ha tratado de solucionar, sin éxito, problemas de tipo político.

Respuestas policiales obtusas y disociadas de la realidad han sido generalmente la norma de los regímenes totalitarios. El caso cubano actual no sería único, y quizás tenga mucha similitud con algunos ejemplos recientes en la historia de las transiciones de totalitarismos a democracias.

El caso de la transición democrática en la República Democrática Alemana (RDA), que concluiría con la integración de esta a la Alemania Federal (RFA), es un ejemplo clásico de falta de previsión y desconocimiento de la verdadera realidad sociopolítica por parte de las élites de un poderoso Estado totalitario. Es por ello que

resultaría interesante para los cubanos analizar cómo fue el proceso de transición democrática de la RDA, tomando como base los análisis de Inteligencia errados, y las subsiguientes decisiones políticas que llevaron a la caída del muro de Berlín y la salida del poder del Partido Comunista local.

En la primavera de 1990, después de la caída de muro de Berlín, un comité de ciudadanos berlineses publicó un voluminoso libro que se convertiría en un éxito de ventas en ambas Alemanias, aún no unificadas todavía. El grueso volumen, titulado en alemán *Ich Liebe euch doch alle (¡Los amo a todos!)*, contenía selecciones de documentos representativos de la situación interna en la RDA entre enero y noviembre de 1989. Los textos seleccionados provenían principalmente de Erich Mielke, el ministro de la Seguridad del Estado, pero también se incorporaron análisis estratégicos sobre la situación del país, preparados por el Grupo Central de Información y Análisis (ZAIG), el organismo que componía el eje rector de la Stasi alemana del Este, equivalente al G2 cubano.¹

Los documentos constituyen un material invaluable para comprender cómo funcionan las lógicas totalitarias ante retos provenientes de la ciudadanía. Estos reportes mostraban que la red de espías y delatores de la Stasi —los cuales proveían de la información primaria que alimentaba los análisis de la ZAIG—, dibujaban un panorama poco feliz de la situación del país: deterioro sustancial del suministro de bienes de consumo, crisis crónica de vivienda, descontento hacia las autoridades y los medios de comunicación, etc. Pero su principal objetivo —estaban dirigidos al más alto liderazgo del país— era proveer acciones de tipo táctico para neutralizar fuerzas “hostiles negativas”, pero no para apaciguarlas o escuchar sus demandas.

Los documentos muestran a un liderazgo totalmente disociado de la realidad: dentro del complejo entramado de la Stasi solo se habían detectado señales problemáticas en la disidencia alemana del Este, a partir de los dos últimos años de los 80, pero no lo suficientemente transcendentales como para amenazar la estabilidad del régimen comunista.

Los documentos señalaban que los grupos que habían desarrollado una actividad inusual entre las oposiciones al sistema to-

1 Mitter, A.; Wollé, S. (1990): *Ich Liebe euch doch alle. Befehle und Lageberichte des MFS*. Berlin: BasisDruck. En adelante ILEDA.

totalitario —como algunos miembros del clero luterano, activistas opositores de larga data o aquellos que, en creciente número, buscaban emigrar del país— eran solo un pequeño y aislado núcleo de “problemáticos”. Aunque reconocían que estos grupos se estaban organizando de una manera más orgánica y estaban tratando de ampliar sus redes de apoyo, tanto dentro como fuera de la RDA, estos eran solo elementos “opositores” que nunca lograrían empañar la imagen de la RDA en los medios occidentales. Estos eran solo un producto de “las influencias subversivas político e ideológicas de los poderes occidentales”:

“Uno de los principales objetivos de los ataques en contra del socialismo de las acciones subversivas de los enemigos del socialismo, son los intentos de crear y legalizar a las mal llamadas oposiciones internas, e inspirar/organizar actividades políticas clandestinas en los países socialistas, como ‘potenciales mecanismos de presión interna’ con el objetivo de debilitar, destruir, desestabilizar políticamente, y finalmente, eliminar el socialismo”.²

Para la Stasi, entonces, las demandas de cambios democráticos eran equivalentes a traicionar a la RDA, y eran emanadas desde occidente hacia grupos mercenarios que no tenían ningún apoyo popular. Eran estas “acciones ideológicas” subversivas las que inspiraban a miles de alemanes orientales a emigrar, y no una supuesta hostilidad de la población hacia el Partido Comunista y el Estado socialista.

La realidad era muy diferente a aquella reflejada en los documentos elaborados por la ZAIG y comentados por Mielke. Los grupos disidentes tenían un creciente apoyo popular, que si bien no se reflejaba en participación activa, sí eran reconocidos y admirados entre una población harta del control totalitario del partido en el poder. Sin embargo, los mismos documentos reportaban que estos grupos como regla general, aún en 1989, no se planteaban la destrucción del Estado socialista, sino pedían reformar el sistema hacia un orden con un mínimo de democracia participativa, protección del medio ambiente, y otras reformas de corte muy limitado.

2 ILEDA, Documento No. 10.

La Stasi, sin embargo, los continuaba clasificando como grupos subversivos y mercenarios que no eran otra cosa que un camuflaje de designios más subversivos.

Mientras la ZAIG describían a estos grupos como divorciados del resto de la sociedad, se reconocía que existía un cierto descontento social, que ellos consideraban que no equivalía a una hostilidad declarada e ideológica de la población hacia el partido en el poder. Para la Stasi y su liderazgo, la sociedad de Alemania del Este era esencialmente pasiva y con una preferencia a ser guiada ciegamente. Por ello, las propuestas emanadas de los análisis recomendaban que el Partido y el Gobierno continuaran reprimiendo manifestaciones consideradas como contestatarias sin acceder a realizar ningún tipo de reformas estructurales.

La estrategia para contrarrestar estas disidencias se describía de una manera sencilla: aumentar el trabajo ideológico del partido en el poder a todos los niveles, contrarrestaría la nefasta influencia de las voces críticas, mientras se evitaría que estos sectores ampliaran sus alcances con variadas técnicas represivas; estas incluían la coerción y las amenazas a personas y grupos que tuvieran el potencial de sumarse a actividades consideradas subversivas, la vigilancia constante a opositores, y las detenciones de corto, mediano y largo plazo, de personas consideradas peligrosas. En este último punto, los reportes reflejaban una creencia firme en que los llamados “opositores de último minuto” poseían tan poca influencia en la sociedad que sus arrestos nunca podían conducir a protestas.

Lo paradójico es que la primera señal de que el problema era más grave de lo que la Stasi había previsto, ocurrió en agosto de 1989, cuando miles de alemanes del Este que habían cruzado las fronteras con Hungría y Checoslovaquia pidieron asilo en los puestos fronterizos con Alemania Federal (RFA) y en las respectivas embajadas de la RFA en ambos países. Fue la primera señal de la grave falta de cálculo de la Stasi y su círculo dirigente. Aún así, los reportes del círculo de poder de la Stasi continuaron repitiendo que, aunque había focos de inestabilidad en todo el país, principalmente en Berlín Oriental, la situación era estable y se tenía todo bajo control.

¿Qué solución se propuso entonces de acuerdo a la documentación expuesta por *¡Los amo a todos!?*

Mielke y los generales de la Stasi recomendaron que se mejorara el suministro de bienes de consumo, y que el Partido comen-

zara una campaña masiva de relaciones públicas. Todo lo que se necesitaba, decían, eran “una ofensiva ideológica en alianza con el Partido”.

Mientras tanto, el descontento social aumentaba, y aquellas “fuerzas negativas hostiles” al socialismo, que no habían sido otra cosa que ciudadanos comunes pidiendo reformas mas democráticas al sistema totalitario, comenzaron a organizarse en varios grupos bien estructurados, ahora con demandas mas drásticas como la disolución del monopolio de poder del Partido Comunista. Los reportes de la Stasi reflejaron muy bien estos acontecimientos al referirse ahora a estos grupos recién formados, entre ellos “Nuevo Foro” y “Despertar Democrático”, como grupos opositores, que sin embargo, serían creación de “fanáticos radicales”.

Después de la vista de Gorbachov —el entonces secretario general del Partido Comunista soviético— a la RDA en octubre, comienza un cambio significativo en el lenguaje de los reportes de la Stasi:

*“De acuerdo a la información disponible desde la capital y desde todas las provincias de la RDA, muchos grupos progresistas, en particular miembros del Partido, consideran que el Estado socialista y el orden de la RDA están en serio peligro”.*³

Para ese momento la Stasi poseía, a través de sus amplias redes de espías e informantes, información precisa sobre los movimientos opositores y había desarrollado planes específicos para encarcelar a sus principales líderes y seguidores. Habían detallado esquemas que involucraban la construcción de campos de internamiento para cientos de disidentes, mientras en Berlín habían construido un enorme comando subterráneo, en preparación para un probable conflicto armado con la población. Además, todos los oficiales de la Stasi que portaban armas debían tenerlas consigo en todo momento, mientras que reservas de estas debían estar listas y con mantenimiento suficiente en caso de ser utilizadas “para prevenir y disolver protestas”.

Se instruyó además la adopción de medidas adecuadas que condujeran al “inmediato arresto de cualquier persona negativa y antisocialista, si la necesidad lo dictara”.⁴

3 ILEDA, Documento No. 40.

4 ILEDA, Documento No. 48.

Ya era muy tarde para contener a un país cansado del control de los comunistas. Para el 9 de octubre, día de la caída del muro de Berlín, la situación era dramática: cientos de miles de personas manifestándose en las calles del país de forma pacífica. La Stasi, pese a todo su poder, había sido incapaz de contener a una sociedad que al unísono demandaba cambios. Con la apertura del muro, el fin del Estado totalitario comunista era inminente, pero aún el liderazgo del Partido en el poder y la Stasi se negaban a reconocer la realidad. Una semana después de la caída del muro, un reporte de Mielke ordenaba que, dado el caso de que se usara la violencia por parte de manifestantes, las fuerzas de seguridad debían usar la fuerza si personas o edificios de gobierno fueran atacados. Dos días después, el secretario general del Partido Comunista, Erich Honecker renunció ante la creciente explosión social en el país, siendo reemplazado por Egon Krenz, un miembro de buró político del Partido, muy conocido entre la población por su falta de inteligencia y carisma. Un día después la ZAIG paró de emitir reportes, y un mes después la Stasi fue abolida por un nuevo Gobierno en la RDA, sin comunistas en el poder.

La historia de la Stasi, su falta de sentido estratégico, su incapacidad para reconocer y actuar ante demandas legítimas de una población sometida a un control totalitario estatal, pudieran servir de ejemplo al Ministerio del Interior Cubano, y su Dirección de Inteligencia o G2, que a semejanza de la Stasi alemana se ha constituido por mas de 60 años en un organismo todopoderoso que recopila inteligencia sobre sus ciudadanos, los vigila, los reprime, encarcela, pero sobre todo, los ha convencido hasta ahora de que su poderío inmenso hace que cualquier amago de disidencia sea superfluo e inútil.

La incapacidad de la Stasi para evitar el colapso del un Gobierno totalitario —que contaba con el poder humano, técnico y represivo para, en teoría, aplastar a movimientos contestatarios ciudadanos que de manera pacífica y en desigualdad de condiciones abismales se enfrentaban al Estado represivo— demuestra que ningún poder, incluso aquellos con servicios de inteligencia colosales y omnipresentes, puede prevenir revoluciones.

Lo anterior se demuestra con la Revolución Francesa (1789) y la Revolución Rusa (1917), las cuales ocurrieron por la combustión espontánea de fuertes descontentos sociales en momentos

de graves crisis económicas. También lo prueban las caídas de los regímenes comunistas del Este de Europa a fines de los 80, como el caso de la RDA, donde Estados totalitarios de corte comunista crearon poderosos y muy eficientes servicios de inteligencia que, como la Stasi, parecían invencibles, pero que tenían la novedad de que, como los Estados que los crearon, eran altamente centralizados e ideológicamente motivados. Estos factores los desconectaban de las sociedades que regían.

Organizaciones como la Stasi o la Securitate rumana, con su enorme tamaño y poder, no podían acertadamente comprender el real sentimiento social de las sociedades que controlaban mediante el terror generalizado. Un pavor que también se hacía presente en las psiquis de sus operadores, que nunca tenían claro cuál era la frontera entre la propaganda y la realidad. Propaganda que los hacía percibirse como una vanguardia de la sociedad, que en realidad era inexistente y cada vez más alejada de sus gobernados, hacia los cuales aplicaban una combinación de medidas basadas en recompensas y castigos, mientras conducían a sus sociedades hacia un maná comunista que nunca llegaba. Esa incapacidad para ver que ese maná ideológico, cada vez más dissociado de la realidad, se había convertido en basura.

El caso cubano ha seguido el mismo patrón, pero con una disociación peor, no necesariamente ideológica y colegiada. En el caso de la RDA esa dirección totalitaria del Estado seguía un patrón colegiado, donde un grupo de dirigentes comunistas, que se creían portadores de una verdad ideológica irrefutable, imponían por la fuerza —mediante el uso de un sistema de inteligencia y represión en concordancia— una visión de presente y futuro.

En Cuba, por el contrario, esa visión colegiada no ha existido, y siempre ha estado marcada por la voluntad personal y despótica de un solo líder todopoderoso, que no se ha plegado nunca a las decisiones de un organismo colegiado y plural, aunque autoritario, como el Partido Comunista alemán en su momento. Ocurriría primero con Fidel Castro, quien con una personalidad mesiánica y autoritaria moldeó los Servicios de Inteligencia a su semejanza; y después de su salida del poder, por su hermano Raúl, quien con una visión también autoritaria —pero no mesiánica, sino depredadora y enfocada solamente en consolidar el poder de una fami-

lia— reacomodaría las estructuras de poder —y por ende las de inteligencia y represión— a su propio modelo personalista.

Aquí la ideología con el raulismo ha jugado un papel cosmético, con un discurso falso de construcción de un sistema social justo, basado en un esquema marxista muy leninista, con un Partido Comunista como vanguardia de la sociedad, como aquel de la Alemania del Este. La diferencia es que tanto Raúl Castro, como los ancianos dirigentes —casi todos militares de su círculo más íntimo— que controlan el Partido y los organismos represivos de seguridad, no han estado desconectados de la realidad que los rodea por un motivo ideológico, como en el caso alemán, sino social. Estos han vivido rigiendo los destinos de sus ciudadanos de una manera cínica, donde el pueblo que se les subordina de una manera ovina es tratado como tal, como ganado en el sentido literal, mientras ellos han gozado del poder del Estado, en una burbuja privilegiada, separada física y mentalmente de la masa paupérrima que controlan.

No obstante, se ha producido en la Cuba actual el mismo fenómeno que ocurría en la RDA de fines de los 80: la desconexión de los líderes políticos y de las fuerzas de seguridad e inteligencia con los sujetos bajo su control. Eso explica por qué las declaraciones y acciones del régimen han mostrado reacciones similares ante retos casi idénticos: consideran cualquier pedido de reformas mínimas, emanadas de una creciente sociedad civil, como amenazas a la estabilidad del régimen que deben ser aplastadas y neutralizadas; creen que aquellos que osan reclamar estas reformas son enemigos del pueblo y agentes asalariados de fuerzas oscuras externas; no creen que estos grupos y disidentes, aunque molestos, posean la fortaleza ni la capacidad para desestabilizar seriamente al régimen, ni gozan de apoyos y reconocimiento popular; se niegan a realizar reformas de cualquier tipo que logren aplacar el descontento popular; cualquier descontento o posición crítica hacia el régimen son producto de influencias externas, y no de genuinas demandas populares; y consideran, y este punto es clave, que la población, aun descontenta, es pasiva, cobarde, dada a ser conducida pasivamente a aceptar acríticamente el control totalitario.

El tratamiento del Estado cubano post-1959 ante críticas y peticiones de reforma —tanto moderadas como disruptivas— ha sido uniforme durante más de 60 años: se ha tratado de solucionar pro-

blemas eminentemente políticos y sociales con un enfoque policial represivo, donde las agencias de seguridad cubanas, principalmente la Seguridad del Estado, han jugado un rol primordial. Represión bruta y absoluta a cualquier voz disidente ha sido la norma, combinada con un sistema de vigilancia y delación a todos los niveles, aún más sofisticado que el que existía en la Alemania del Este. En el caso cubano, con un mecanismo de control que combina el tradicional emanado desde un órgano de inteligencia, pero que se apoya en organizaciones vecinales, laborales y de género, que con los CDR, los sindicatos y las demás organizaciones denominadas como “de masas”, han mantenido un sistema exitoso de control social y terror que había funcionado hasta ahora.

¿Qué ha cambiado en la Cuba actual? Todo, de la misma manera que la RDA de 1989 no había sido la misma que la de 1980. Primero, el modelo de liderazgo en la Isla se ha transformado, con el actual controlado aún por un Raúl octogenario y su familia, que manejan, de manera indirecta pero igualmente autoritaria, el poder político y económico del país. Este caudillismo castrista se apoya ahora en un liderazgo civil —poco carismático y con serias limitaciones intelectuales, que hace recordar a aquel Egon Krenz alemán— con un poder limitado, enfocado en administrar el poder civil, pero sin control real sobre lo estratégico.

Es el ejército, criatura de Raúl, en el que ha concentrado el manejo de los sectores claves del país, incluido el sistema de inteligencia y represión en Cuba. A diferencia de la extinta RDA, son los militares —subordinados plenamente a Castro, el único General de Ejército de la nación— y no los funcionarios del Partido Comunista, los que diseñan el modelo táctico que se ocupa de lo que consideran como “amenazas” a la seguridad nacional.⁵

Estas “amenazas” también se han modificado, y como en la Alemania comunista de fines de los 80, derivaron de peticiones de reformas necesarias y no radicales hacia agendas más contestatarias y disruptivas, precisamente por la aptitud obtusa de este liderazgo no civil y de edad avanzada de no tratar de manera po-

5 Un excelente análisis de Frank Mora trabaja la historia de la relación del MININT y las FAR, y como después de la Causa 1 (1989), la primera fue absorbida en su totalidad por las FAR, quedando bajo el total control de Raúl Castro. Mora, F. (2007): “Cuba’s Ministry of Interior: The FAR’s Fifth Army”. *Bulletin of Latin American Research*, 26(2), 222-237.

lítica demandas auténticas, derivadas de una creciente sociedad civil. El tratamiento ha sido completamente policial y represivo, que como en la RDA, lejos de atemperar las voces disidentes, las ha empoderado y ampliado.

Ha cambiado también la situación socioeconómica, con la agudización de una crisis sin proporciones, que hace palidecer a aquella de los tiempos de infausto Período Especial de los 90. Varios factores han contribuido: falta de reformas económicas mínimas, cerrazón totalitaria obtusa, el colapso de Venezuela como el principal sostenedor económico de la Isla, cuatro años de una administración Trump que apretó el engranaje del embargo norteamericano a Cuba, y por último, una pandemia de Covid-19 que paralizó la ya moribunda economía.

La situación es compleja, crítica, a niveles que sobrepasan por mucho la crisis de la Alemania del Este que condujo a la caída del muro, pero con respuestas muy similares del círculo gobernante y su élite de inteligencia. Primero, menosprecian las demandas legítimas; desencadenan un tratamiento represivo; subvaloran la capacidad de movilización de la sociedad civil, que como se demostró en los hechos del 11 de julio, fue capaz de manera orgánica y espontánea de movilizar millones de cubanos de manera pacífica por todo el país, pidiendo la caída del régimen.

Segundo, la respuesta ante la ocurrencia de movilizaciones masivas —evitables si se le hubiese dado respuesta a demandas mínimas— ha sido igual de obtusa y con falta de visión estratégica.

Las declaraciones de Díaz-Canel —mencionando que “la protesta estaba encabezada por un núcleo de manipuladores que se presta a los llamados de #SOSCuba, #SOSMatanzas y los cace-rolazos”— son un reflejo del nivel de idiotez y cerrazón intelectual ante un genuino sentir popular.

Pero aún peor es la solución que se ha planteado Díaz-Canel como respuesta a las protestas:

“Tienen que pasar por encima de nuestros cadáveres y estamos dispuesto a todo. No vamos a admitir que ningún mercenario y contrarrevolucionario provoque un estallido. Convocamos a todos los revolucionarios y comunistas a enfrentar en las calles estas manifestaciones. No vamos a permitir que nadie manipule e impongan un plan anexionista”.

Esta declaración, violenta, necia y peligrosa, no hace mas que pronosticar que, como le ocurrió a la extinta RDA, la caída de la dictadura totalitaria cubana será un hecho real a corto o mediano plazo.

¿ESTAMOS VACUNADOS CONTRA EL INTERVENCIONISMO?

NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS

Los agentes de influencia castrista en los Estados Unidos han recibido aviso de la Casa Blanca: “¡Lo bueno de la cosa es lo mala que se está poniendo!”. Es oficial: la incompetencia y la crueldad del régimen cubano obran a favor de los que apoyan, desde el exilio, la reanudación de relaciones y el levantamiento del embargo.

Juan González, el asesor para Latinoamérica del presidente Joe Biden, provee a los nuevos dialogueros con un falso argumento y un tópico de disuasión: “Hemos visto el deterioro de los derechos humanos en Cuba... y queda muy claro que obra en interés nuestro quitar los límites sobre las remesas y viabilizar que los cubano-americanos puedan viajar a Cuba, además de restaurar el servicio consular. Es nuestro interés unilateral hacerlo, tenemos un fuerte argumento humanitario al respecto”.

Traducida al lenguaje común, la declaración de González deja ver sus costuras: “Si se recrudescen los abusos, tendremos una excelente excusa para buscar el compromiso. No requerimos de un pretexto para apretarle los tornillos al castrismo, sino para aflojárselos. Mientras más disidentes presos, más artistas desaparecidos, más casos mortales de Covid-19 en las provincias y menos circulación de remesas, más grave se volverá la situación y más inevitable parecerá nuestro proceder”.

Los grupos procastristas no han perdido tiempo en apropiarse, para sus fines, de la consigna “SOS Cuba” que lanzaron hace meses los exiliados miamenses. Los testaferros del régimen cubano

le recuerdan a Biden que cumpla sus promesas electorales, como si Bruno Rodríguez y Josefina Vidal hubieran votado en los últimos comicios estadounidenses y tuvieran derecho a exigir coherencia de su representante.

Los académicos de universidades Ivy League reclaman la normalización inmediata y sin condiciones; pero en el caso particular del profesor Arturo López-Levy, a la administración Biden no parece inquietarle el aparente conflicto de intereses que representa el cercano parentesco del catedrático con el hombre que controla el 80 % de la economía de la Isla: Luis Alberto Rodríguez López-Callejas.

Que el régimen castrista desvía cuantiosos recursos económicos hacia el sector turístico no es un secreto para nadie, ni siquiera para el asesor González. Tampoco es secreto que esos recursos han sido asignados a la construcción de 27 campos de golf, múltiples marinas y miles de habitaciones de lujo en los momentos peores de la pandemia de Covid-19.

De hecho, los planes de construcción no han mermado. Por el contrario, se han acelerado durante el período más crítico de infecciones y muertes. Contra un trasfondo de miseria y depauperación, el complejo empresarial Gaesa ha llegado a ocupar el tercer lugar entre las empresas hoteleras latinoamericanas.

Por su parte, el Grupo Empresarial Palco, en manos del mayor Raúl Guillermo Rodríguez Castro (otro López-Callejas, conocido como el Cangrejo) controla el tráfico de paquetería y la avalancha de dólares de los exiliados, esas mulas de carga que la vocera Jen Psaki designó, hipócritamente, como “embajadores de la democracia”.

No es casualidad que la madre de Luis Alberto Rodríguez López-Callejas, tía de López-Levy y abuela del Cangrejo, sea Cristina López-Callejas Hiort-Lorenzen, autora de importantes estudios sobre la inmigración cubana y encargada de la estrategia de acercamiento a grupos escogidos de exiliados.

Obra en interés de las políticas económicas de la dictadura que la crisis de salubridad se agrave. Matanzas y Guantánamo van a la vanguardia en el sobrecumplimiento de casos mortales, y la crisis sirve de palanca a los cubanólogos que lanzan su versión del “SOS Cuba” entre emigrados iracundos y partidarios de la concertación política.

En su estudio sobre “Las migraciones internacionales potenciales y efectivas en Cuba”, de 2008, la profesora López-Callejas Hiort-Lorenzen expone claramente que “La emigración cubana es

manipulada por los enemigos de la Revolución Cubana, por lo que constituye un problema de seguridad nacional”. Falta añadir que cuando la emigración es manipulada por *los amigos* de la dictadura castrista en los Estados Unidos, el exilio se convierte en un problema de seguridad nacional para el país que le da asilo.

La mala administración de la crisis de sanidad no debe achacarse a la torpeza de los tecnócratas, esos curtidos administradores estatales capaces de evadir sanciones, violar leyes internacionales y manejar con suprema eficacia consorcios navieros y fiduciarios. No se funda un imperio de la categoría de Gaesa, provisto de hospitales-*boutique* para la atención especializada a millonarios, si no se dominan los rudimentos de la administración de empresas médicas y biotecnológicas a gran escala. Como instrumento idóneo de presión sobre los exiliados, que suplirán las carencias y permitirán a los generales dedicarse tranquilamente a su juego de Monopolio, la negligencia endémica debe ser política de Estado.

La detención de disidentes y el acoso indiscriminado a los artistas responde a la misma estrategia: profundizar la crisis para provocar la tan esperada intervención unilateral norteamericana. Que no se le llame “intervención”, sino “SOS” o “interés humanitario”, es irrelevante. El régimen cubano, asesorado por Cristina López-Callejas, reconoce la importancia de las crisis migratorias y el valor de canje de los opositores a la hora de forzar otra intervención norteamericana en los asuntos cubanos.

La crisis del Mariel es el ejemplo clásico de cómo la represión esconde su propia válvula de escape. En 1980, 125 000 cubanos, sirvieron de rehenes al régimen. En 1978, más de 8 000 presos políticos eran canjeados por la bien cotizada Sección de Intereses que aseguró el flujo inagotable de remesas. Fue el presidente Jimmy Carter quien inventó el concepto de “embajadores de la democracia”, cuando, en realidad, los exiliados pasaban a ser vasallos de la dictadura.

No serán el profesor López-Levy y su grupo CAFE quienes reclamen para los exiliados unos derechos ciudadanos conmensurables con sus aportaciones económicas a las arcas del primo Luis Alberto. La “tributación con representación”, esa piedra angular de la democracia norteamericana, no entra en el zapato del catedrático.

Ante tamaña crisis, quizás ha llegado el momento de expandir nuestro horizonte epistemológico y consultar a otros profesores

cubanos —tal vez venidos a menos, precisamente por estar menos comprometidos con la ideología imperante. Quién duda que sean ellos los que tengan la solución auténticamente revolucionaria al dilema cubano.

HABLA RAFAEL FORNÉS, ARQUITECTO Y FILÓSOFO:

La idea de una crisis humanitaria que requiera la intervención norteamericana tiene un doble filo. La veo como una oportunidad. Porque la crisis actual solo puede compararse a la etapa final de la colonia en el año 1897.

La intervención norteamericana de 1898 respondió a una crisis de gobernabilidad en Cuba. El régimen de Valeriano Weyler era inhumano, con una población reconcentrada, hambreada, diezmada por la fiebre amarilla, no muy diferente de la de hoy. Los revolucionarios habían devastado la economía, quemado centrales y arrasado las plantaciones.

Se necesita la llegada a los puertos de Cuba de los barcos hospitales USNS Mercy y USNS Confort llenos de vacunas, con los cascos azules sueltos por las calles. Porque, si se trata de una crisis humanitaria, entonces es una tarea para la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA), que es la única que puede vacunar a 12 millones de cubanos en un mes.

*El escocés-cubano Carlos J. Finlay descubrió, en 1881, que el mosquito *Aedes aegypti* era el vector de propagación de la fiebre amarilla. Su alma mater fue el Jefferson Medical College, de Filadelfia, y su compañero de investigaciones, el médico militar estadounidense Walter Reed. Desde entonces Cuba era una potencia médica.*

El gobernador de Cuba entre 1899 y 1901 fue un doctor en medicina, el mayor general cubanoamericano Leonard Wood, que introdujo importantes medidas sanitarias en la isla. Acueductos, alcantarillados, saneamiento de marasmos y construcción del Malecón habanero. Cuba es cubanoamericana, la idea de la soberanía es jingoísta, y la campaña “SOS Cuba” lo demuestra. Un tipo de colaboración a gran escala entre las dos naciones es lo que se necesita en la

actualidad. Pero hay que quitar del medio al régimen usurpador. Si quieren intervencionismo, entonces, que lleven la idea hasta el final.

A eso se llama ayuda humanitaria de reconstrucción total, la reparación de cada área de la vida nacional. Los americanos estuvieron cuatro años y se fueron pala pinga, y es un proyecto que me parece viable ahora también. Los pollos que se comen en Cuba son de aquí, y el dinero con que funcionan es de aquí. Qué más da, ¡méntanle los barcos hospitales! Operación Warp Speed en La Habana. A vacunar a todo el mundo con la Pfizer, qué cojone Soberana ni que pinga. ¡Se está muriendo la gente!

Si hay comuñangas abogando por la cosa humanitaria, es porque detrás de todo eso está la campaña para quitar el embargo. Pero la parte buena es que la crisis ofrece la oportunidad de una intervención de saneamiento. La idea de la intervención es buena, pero los comuñangas se quedan cortos. Compran pescado y les cogen miedo a los ojos.

¡VIVA LA REVOLUCIÓN!

ALEX HENY

A media mañana del día 12 de julio del año 2021, el día siguiente del que, estoy seguro, será un día histórico para celebrar en los anales de la involución cubana como el día en que comenzó el fin; a media mañana del día siguiente a esa fecha de dignidad, me entero de que han baleado en Cuba a una señora que conozco.

A ella le pago emolumentos de graduado universitario. Una cantidad exótica, debo decir, y que todavía me parece exorbitante, aunque no lo es. Le pago por cuidar de mi ya nonagenario padre. Cuida de él con un esmero, cariño y entrega que merece más de lo que le pago. Le recargo el teléfono cada vez que hay una promoción. Un bono. No es la gran cosa, lo sé. Le voy a seguir pagando mientras convalece, y otra señora ocupa su lugar.

La balearon porque salió tras su hijo, que se había lanzado a las protestas del día 11 de julio, en el Cerro, y una bala perdida la encontró apenas saliendo de su casa.

Me alertó mi hija. “¿Ya sabes lo que pasó?”. Una llamada de Cuba, una pregunta como esa, aceleran el pulso. Taquicardia ocupacional. Una de mis ocupaciones es ocuparme de aliviar la vida de mi familia en Cuba. Una llamada como esa nunca es buena noticia. Nunca llegan buenas noticias de Cuba.

“¿Pero sabes lo que pasó?, insistió, y un titubeo más tarde me dijo que habían baleado a la señora. La señora es, además, amiga de mi familia, su esposo es un gran tipo, tiene una hija pequeña, y una madre demente.

“La policía está disparando a lo loco”, añade mi hija, y una angustia más tarde me dice que quisiera hacer algo, que se avergüenza de no ir a las protestas. “Mi tío fue a decirle a abuelo lo de la señora”

Abuelo es mi padre, el tío es mi hermano.

“Mi herma, ¿cómo está todo?”, le pregunto a mi hermano. La situación es complicada, pero hay solución, responde con firmeza, la voz engolada. A la altura de sus circunstancias. Me desespera hablar con mi hermano de cómo está todo. No respondo, no replico. Nunca le diría: “Qué solución de qué pinga”. Es mi hermano. Uno debe dejar esos temas fuera del alcance de familia, y amigos. Estos tiempos hacen todo más difícil. Quiero preguntarle si el disparo que derribó a la señora es parte de esa solución. Pero no lo hago. Le pregunto por mi padre.

“Yo no apruebo esa revuelta”, me dice mi padre, que a duras penas me escucha. La conexión plagada de ruidos parásitos no ayuda. Tampoco ayuda que está casi sordo el viejo. Me desgañito asegurándole que está bien, que todo está bien, y que va a estar bien. Cuando yo tenga 92 años, desvalido y sordo, es posible que tampoco apruebe revueltas.

O revoluciones, por muy buenas que sean.

Ni siquiera para la semántica sirven estos señores de guayabera blanca y acento tropeloso. “Tropeloso” no está en el Diccionario de Real Academia Española. Pero estamos hablando de revoluciones. O de la falta de ellas. La realeza, ya se sabe, no es amiga de revoluciones, tropelosas o diáfanas, así que no hacemos caso de este deslíz.

Revolución es, por definición, un movimiento giratorio, y que, prestado de la física y llevado a lo social, es un huracán que provoca y mantiene su cualidad intrínseca: el cambio.

La revolución física es disciplinada. Predecible. Con suficiente tiempo y velocidad la revolución llega al mismo lugar en que comenzó. Así son las revoluciones bidimensionales.

Las que se mueven en espiral son las buenas. Son las del cambio. Las revoluciones en tres dimensiones. Los dialécticos gustan de ese movimiento. Las leyes de la dialéctica, de creerles, siguen un desarrollo en espiral, siempre ascendente. ¿Cómo de otra manera? La dialéctica es revolucionaria, y trae cambio. Siempre el cambio.

Pero la revolución y su vástago, el cambio, no tienen continuidad. La revolución, *alma mater*, no niega a su hijo. Si hay cambio, no hay continuidad. Hay otra realidad, nueva, mejor. Pero nunca continuidad. Las leyes de la dialéctica lo prohíben.

Tedioso. Yo sé. Peor aún, la Revolución cubana, tal y como se le conoció hace sesenta años, dejó de ser tal cosa hace mucho. Ahora es una charca estática. Ni una onda riza la superficie. Es una mole muerta. Tumefacta, apesta. Ahora es, si hay que ponerle nombre, una involución en caída libre.

Y el que defiende una involución es, por definición, un contrarrevolucionario.

Bienvenidos entonces, revolucionarios que están en las calles y terraplenes cubanos, defendiendo la Revolución de la pandemia, la que comenzó el día que balearon a una señora que fue a la protesta, y ni siquiera a protestar, sino a proteger a su hijo.

“Tumefacto” está en el Real Diccionario. Los reyes también se pudren.

Mi esposa sostiene la tesis de que, de estar allá, en Cuba, con nada que perder, y tal vez algo por ganar, ir a protestar es solo un próximo paso. Que ella lo haría.

Mi esposa está triste. Preocupada, además. Sus padres son ancianos atrapados en la Isla. Le dicen que todo está bien. Su madre va más allá. “Todo es propaganda. Aquí no pasa nada”.

La madre es una anciana de la involución. Mi esposa se contiene. Tampoco pregunta: “Qué propaganda de qué cojones”. Mi esposa, además, nunca iría a la protesta. Pero yo dejo que disfrute su tesis. La cobardía nos ampara.

“¿Cubanos? ¿Y cuándo van a arreglar eso en su país?”.

El 2008 nos fue difícil, rayano en lo nefasto. Entre todo a solucionar estuvo también lograr ser aceptados, mi esposa y yo, bajo palabra en los Estados Unidos de manera definitiva. “Entre abogados te veas”, maldicen los mexicanos. O entre sus ayudantes.

“¿Le tenemos que mandar otro Máximo Gómez?”, nos espetó la señora, conocedora de Historia, una rareza dominicana de ojos azules y cabello rubio, asistente de la abogada que nos representaba ante la corte de inmigración de Nueva York.

Sonreí, a medias, como hago cuando no me resulta gracioso lo que veo o escucho. O cuando no me interesa. No atiné a respon-

der. No logré pensar en algo que se le pudiera enviar desde Cuba a la República Dominicana, para que arreglen lo que tengan por arreglar, a cambio de otro Máximo Gómez. Tan mal estaban los asuntos en Cuba. Después, pues han sido peor.

Los cubanos padecemos delirios y lucimos famas. De los delirios, hablamos otro día. De las famas, la de cobardes que han soportado sesenta años de dictadura y miseria sin levantar un dedo, nos acompaña a todos lados. La rubia dominicana lo sabía, que hemos sido cobardes. Por eso nos humilló. Por eso nos ofreció importar a un hipotético general mambí, para que drenara la charca involucionaria en la que chapoteamos los cubanos, todos.

El miedo se pierde poco a poco. Un día te hartas, y de repente estás peleando a garrotazos con un tipo que te supera en estatura, peso y maldad, y le ganas la pelea.

Un día sales a la calle y gritas que el tipo que se dice presidente es un singao. Y todo cambia.

El adjetivo “involucionaria” no existe, según el Diccionario de la Real Academia. Pero es una delicia de adjetivo. Hoy no tenemos suerte, los académicos y yo.

No entendía yo por qué ofendían a Díaz-Canel con semejante palabra, que dice mucho y malo sobre alguien.

Canel es un pobre tipo. Así lo veía yo. Un infeliz al que, por disciplinado, soso e inofensivo, ascendieron. En lugar de quedarse en su pueblo, cabeza de ratón, se dejó mudar a La Habana. Se empantanó en el lodo de la charca. Le creció la panza, se enguayabero de blanco, y heredó un desastre. Dice creer en eso, y lo ha hecho aún peor que los hermanos Castro. A esos sí entiendo que se les dijera singaos. Nadie lo hizo.

Canel será recordado como un tipo gris de pelo blanco que incitó a la violencia oficialista para enfrentar las protestas que comenzaron el 11 de julio del año 2021. Suya es la responsabilidad por la policía, los grupos armados del Ministerio del Interior, los paramilitares, y los sicarios que, bajo la bandera de “defensores de la Revolución”, patrullan las calles, atacan a los manifestantes con palos, bates de béisbol, y disparan a civiles desarmados. Esa fue su solución a la situación complicada.

Suya es también la responsabilidad por la señora a la que le dispararon los del poder. Le dispararon porque lo pueden hacer, por

el momento, con impunidad, convocados y autorizados a ejercer la violencia gubernamental por el presidente de atrezo que se gastan en Cuba.

Tipo aburrido, el Canel. Definitivamente, otro singao.

“Enguayabera” no existe por sí sola, pero, si usted se encasqueta una guayabera blanca que le sienta pésimo, pues es eso lo que hace. Se enguayabera.

Se siente bien la rebelión.

Se siente como respirar aire limpio y helado, después de un cunnilingus terrible. Ni siquiera se pregunta uno qué vendría, o peor, quién vendría después de todo esto, sobre todo porque no se ve a nadie en ese camino.

Pero se siente bien. Menos vergüenza. Se siente bien saber que la señora que balearon allá en el Cerro tiene un buen pronóstico, y que se va a recuperar. Se siente bien, además, este orgullo recién estrenado de ser cubano. Se siente bien, quién lo diría, ser revolucionario.

Pero sobre todo se siente bien sentir que los mambises están de vuelta, que ya no hay que importarlos, y que no hay quien los detenga.

EUFEMISMOS Y MENTIRAS DE LA PRENSA SOBRE LA REBELIÓN CUBANA

ALFREDO TRIFF

Cubans Denounce 'Misery' in Biggest Protests in Decades

The rallies, widely viewed as astonishing for a country that limits dissent, were set off by economic crises worsened by the pandemic.

Leamos el cintillo arriba, la versión eufemística del *New York Times* a sazón de las protestas multitudinarias de ayer en Cuba.

¿Por qué llamarle “miseria” cuando los cubanos ayer en las calles gritaban “LIBERTAD” y “ABAJO LA DICTADURA”? Respuesta: para no contradecir la tesis castrista de que el embargo norteamericano es la causa de la miseria en Cuba.

Americas

Cuba's president blames discontent on U.S. sanctions

Reuters

Es el mismo teque de Reuters. La agencia cita a Díaz-Canel y de paso le da el espaldarazo:

¿Descontento con el “bloqueo” de EE. UU.? Los que protestaban ayer en las calles no mencionaban tal cosa. La retórica del bloqueo pertenece a los opresores.

Eufemismo van y eufemismos vienen. Ahora Reuters mezcla pandemia con protesta:

July 12, 2021
2:52 AM EDT
Last Updated 9 hours ago

Americas

Cuba sees biggest protests for decades as pandemic adds to woes

¿Es la pandemia la causa de las protestas o acaso 62 años de falta de libertades?

Ni corto ni perezoso *El País* se integra a la comparsa:

Cuba vive las mayores protestas contra el Gobierno desde la crisis de los años noventa

Miles de personas en todo el país se manifiestan contra el Ejecutivo, empujadas por la grave escasez y las penurias que vive la isla, agravadas por la pandemia; hay más de un centenar de detenidos

Cintillo y subtítulo juegan el doble juego de informar desinformando.

Dicho así, el pueblo que reclama libertades desaparece frente a una causa marrullera: “grave escasez y penurias agravadas por la pandemia”. Las protestas ahora son consecuencia del “diferendo” entre Cuba y Estados Unidos.

La eufemización del *establishment* miente por tergiversación y omisión.

Desde la izquierda hay excepciones. La curadora, activista y artista cubana Coco Fusco dispara un tuit ineludible a periodistas y académicos radicales “progres”:

La revuelta popular en Cuba *no es un complot de la CIA*. La ofensiva eufemística de la izquierda oficialista ha alcanzado al Departamento de Estado norteamericano. De ahí la pregunta de un periodista a la secretaria de prensa Jen Psaki.

¿La respuesta de la secretaria? Otro chorro de eufemismos.

Hay supositorios muy efectivos para esta dolencia eufemística “progre” de izquierda: #lackofreedom, #cubandictatorship, #politicalrepression, #DíazCanelingao.



“SI CUBA ESTA EN LA CALLE, MIAMI TAMBIÉN”

GABRIEL GARCÍA GALANO

Confieso que me levanté con resaca. Me dolía la vista de solo mirar la pantalla del teléfono. Un domingo normal se venía, con la Euro-copa y su final en el ambiente.

Pero el domingo 11 de julio tenía otros planes para mí. Para todos. Para Miami. Sobre la 1:00 p.m., nos llama un amigo alterado: “¿Ustedes están viendo lo que está pasando en Cuba?”.

Automáticamente uno piensa en lo de siempre: colas, COVID-19, calor..., lo normal. Pero Cuba no fue normal ese domingo. Cuba estaba en la calle.

De una punta a la otra, con epicentro en San Antonio de los Baños, el pueblo de Cuba, cansado, tomó las calles. ¿Cómo es que uno no tiene un amber alert en el teléfono para estos casos? Por poco pasa todo desapercibido. Al momento abro Twitter. Empiezo a verlo todo. Facebook, las directas, la gente en la calle. Me emocio. El momento con el que más de uno ha fantaseado, más de una vez, parecía estar pasando.

“Dale que nos vamos para North Miami”, me dice mi roommate. Y yo, ni corto ni perezoso, a esa hora me iba para donde fuera, con la resaca a cuestas. Pero el momento lo necesitaba. Desde Twitter empezamos a dar retuit, a visibilizar lo que nos llegaba, pues sabíamos que de un momento a otro, como a veces pasa, el Internet en la Isla podía desaparecer.

No habíamos llegado al lugar cuando nos llama otro amigo. “Acaben de llegar que nos vamos para Versailles”. ¿Qué hay ahí?

La pregunta se antojaba estúpida. Ahí está el apoyo. El abrazo, la comprensión y el anhelo.

Carro, I-95, con los Aldeanos a full. Emociones diversas mientras veíamos lo que llegaba de Cuba. Capitolio, San Lázaro, parque Máximo Gómez, Prado, Galiano, Malecón, Morón, Holguín, Santiago, Camagüey. El día parecía haber llegado. ¿Será? También hubo discusiones por WhatsApp. A estas alturas mucha gente no entendía lo que estaba pasando. Que este era su chance. Que había tanta hambre que hubo que comerse el miedo.

Parquear en Calle 8 fue imposible. Varias cuadras antes ya se veían las caravanas. Miles de automóviles iban y venían con banderas, carteles, gente asomada por las ventanas haciendo el gesto de la libertad con los dedos. Gente a pie, gritando. Júbilo. La alegría de ver caras que de otra forma no habrían coincidido, por la agitada rutina con la que se vive de este lado, unidas en un solo clamor.

“Hoy sí se acaba esto. Tiene que ser el día”. Ese era el sentimiento general en Versailles, lugar siempre catalogado desde Cuba como el “epicentro de la gusanera”. Si lo que hace falta para ser un gusano top, es ir ahí, que nos vayan poniendo la medalla.

En el suelo, entre el calor y ese sudor pegajoso de un domingo ya a las 4:00 p.m., miles de cubanos agolpados con banderas de Estados Unidos y Cuba gritaban a viva voz todo lo que sentían. Es un momento de catarsis. Suenan las frases de moda, los “epítetos”, como dice Díaz-Canel.

Sube la intensidad cuando empiezan a llegar los reportes de la alocución del gobernante en la televisión. “Dijo que la orden de combate está dada, los quieren matar a todos”. Crece la indignación, se calienta la caldera.

Pero hubo una frase particular que, como consigna, quedó en mi cabeza. “Si Cuba está en la calle, Miami también”. Miami. Ciudad levantada por la comunidad cubana exiliada casi a la fuerza, gente que se fue y les quitaron hasta los dientes de oro. A algunos con edad suficiente los vimos ahí, al sol, con sus familias nacidas acá y unidos por una misma causa: la causa de la añoranza; la del deseo de no morir sin ver un cambio; de poder regresar bajo otras circunstancias a la tierra que los vio nacer.

En Miami se vio por una vez la unión de diferentes nacionalidades en un clamor por Cuba. Llegaron norteamericanos, venezola-

nos, nicaragüenses, pues su causa no es distinta de la nuestra. Y esas cosas llegan al corazón.

Lo de Miami el pasado 11 de julio, así como sucedió en Atlanta, Nueva York o Calgary, no fue más que la necesidad de hacer visible para el mundo que en Cuba está pasando algo, y que se debe hacer algún tipo de “contrapropaganda” a la tergiversación gubernamental cubana.

En Miami había gente llorando. No tanto por la emoción, sino también por la incertidumbre de lo que podría estar pasando en Cuba, sobre todo después de que suspendieron la comunicación por datos móviles, símbolo de que el Gobierno ya estaba tomando sus contramedidas para reprimir al pueblo.

Esta ciudad se unió ayer, incluso con el más puro deseo de agarrar un bote y plantarse en Cuba. Quienes tienen yates están reuniendo sus embarcaciones en diferentes marinas, porque quieren ir a Cuba para hacer lo que sea necesario. Así sea algo tan simbólico como pararse en el límite permitido con luces de esperanza. Así de grande es el deseo de estar en la Isla, junto a los nuestros.

Esta ciudad se vio unida, quizás por primera vez en un buen tiempo. Y fue, sobre todo, capaz de proteger a quienes expresaban su deseo de una Cuba Libre; sintió el abrazo de sus servidores públicos, que se personaron de una forma u otra para expresar apoyo, como lo hizo el jefe de la Policía.

Miami se bañó el domingo en un aguacero al son de “Patria y vida”, mientras nuestros hermanos y familiares en Cuba lanzaban piedras y daban la cara a los agentes de la represión. Miami ayer estuvo hasta bien tarde marcando el diapasón cardíaco de los cubanos emigrados, los que no podíamos hacer otra cosa que abrazar a nuestros hermanos en la distancia y gritar como ellos cerca de la Plaza: “Díaz-Canel, sal del poder” y “El pueblo puede”.

Porque al final somos pueblo. Somos del mismo pedazo de tierra, aunque algunos acá cobremos en dólares y tengamos un carro. Sentimos igual. Nunca dejaremos de hacerlo. Y mientras existan cubanos en las calles, luchando por su libertad y por un cambio, en Miami también estaremos apoyando ese reclamo, dispuestos a lo que sea. Porque lo que vivimos el domingo 11 de julio y seguimos viviendo hoy, no es cosa de un “golpe blando” ni de las triquiemañas de siempre. Es la voz de un pueblo cansado de la corrupción y el

hambre. Y desde acá, lo menos que podemos hacer, es ayudar a visibilizar la lucha de nuestro pueblo hoy. Esa es nuestra línea.

Miami late, Cuba. Con sangre de Holguín, La Habana, Santiago y Las Tunas. De Villa Clara, de Camagüey. Nos demostraste que se acabó el miedo. Que tu cautiverio no sería eterno. Ahora nos toca a nosotros seguir a tu lado. Y gritar, a tu son, ¡Libertad!

MADRE CORAJE, MADRE PAÍS

IVÁN DARIAS ALFONSO

La veo ahí, tal vez en la puerta de su casa, en una cuadra más bien desierta la mañana en la que sus compatriotas se han lanzado a las calles para expresar su descontento. Es el rostro de las protestas del 11 de julio en Cuba. Su cara denota el cansancio y la desesperanza, dos sentimientos que cualquiera puede haber experimentado en los últimos meses en la Isla, donde la pandemia ha despojado a los gobernantes de cualquier ilusión de autoridad. Son demasiados años de torpezas, de generaciones formadas en el “resolver hoy y mañana se verá”. Así no funciona un país, mucho menos un campamento militar.

Como muchos, quizá, la mujer de la foto ya no querrá que le mencionen el bloqueo como justificación para la ineficiencia. La retórica agota, desgasta, suprime a las palabras cualquier significado contundente. Ahora que la nación estaba más conectada, que sus dirigentes podían acceder sin las restricciones propias del ciudadano común a los reportes sobre el avance de la COVID-19 y valorar los aciertos y bandazos de los demás países en la contención del virus, ¿quién cree que no pudieron prepararse mejor?

La anciana de la fotografía probablemente no lo entiende, o peor, no lo cree ya. Está agotada y se nota. Y hay que darle el beneficio de la duda, aunque tal vez ya la estén localizando para acosarla y filmarla con declaraciones en las que se arrepienta de todo su gesto: esa mínima protesta, dos pedazos de metal para hacer sonar la inconformidad. Imaginémosla hace un año, temerosa como todos,

siguiendo las orientaciones del MINSAP, cuando se quedó en su casa, evitó las salidas hasta que le fue imposible y las escaseces cotidianas le hicieron perder la fe en la disciplina.

Le digo madre o abuela, porque también esas arrugas deben ser las marcas del desconsuelo por hijos o nietos en quienes puso todo su empeño, porque les tocara una sociedad mejor. Sin embargo, esa mejoría ya ni se concibe en las redes sociales, donde a diario hay una guerra despiadada por conformar la mejor viñeta a base de repetición, de anémicos “Me gusta”, y es posible que hijos y nietos estuvieran en la calle, en el mundo no virtual, increpando a las autoridades y clamando por ayuda; más conscientes que hace décadas de que “afuera” existen miles que pueden y desean asistírtelos en lo más agudo de la desgracia.

Me digo que hay una infinita ternura en esa expresión de “No doy más”. Si esta anciana-país, madre-coraje se viraliza, irán a por ella. Hurgarán en su existencia y no me sorprendería que la presenten como un ser humano despreciable; sería la reacción lógica en un país en el que nadie quiere admitir la debilidad, por miedo a que la manada de intransigentes le pase por encima. Sin embargo, ahora, ¿qué interesa?

La vuelvo a ver y me convenzo de que ella es Cuba, esa fragilidad y esa mirada angustiada. Ella es la nación, esa mujer que exhibe las huellas más visibles y ocultas de lo que ha sido la espera, ese transcurrir de un día tras otro que daña y torna a los cuerpos en armazones endebles, propensos a enfermedades tan incurables como la tristeza y el desaliento. Y, por supuesto, la espera también maltrata al cuerpo, lo erosiona; la mente va perdiendo la capacidad de advertir el paso del tiempo, hasta que un día alguien dice basta y el espejo le devuelve la certeza de que han pasado diez, veinte, sesenta años.

Para las autoridades nada de esto importa, no hay empatía, no hay valor en detenerse a pensar en la posibilidad de que exista el sufrimiento. El “ideal”, sea cual fuere, el de las llamadas izquierda o derecha, persiste, ciega, divide y vacía de humanidad a quienes desde el privilegio y el anonimato piden represión, violencia, sangre. Y mientras tanto, la pandemia arrasa en Cuba, los hospitales colapsan, los médicos... salvan como pueden; los cubanos tienen que salir a hacer colas como todos los días.

Me pregunto si la anciana de la foto habrá tenido electricidad para ver la desafortunada comparecencia del presidente cubano,

su nefasto llamado final. Quiero pensar en mi propia abuela, irónica y desafiante hasta que la demencia hizo su aparición fatal; en cuál sería su reacción ante el televisor, que seguramente pasaría a formar parte de la colección muy suya de frases cortantes contra Fidel Castro, cada vez que se adueñaba de los micrófonos de la Isla.

“Los revolucionarios, a la calle” ordenó Díaz-Canel. Y mi abuela, arrugada y débil, como la anciana de la foto, habría soltado con toda certeza: “Eso, cójanse las calles, eliminen los baches, asfalten, llenen de árboles las aceras, pero déjenos a nosotros el resto del país para vivir”.

CARTA ABIERTA A LOS JÓVENES CUBANOS

JUAN ABREU

Jóvenes cubanos, los veo en las calles reclamando libertad, pan y justicia y el fin de la dictadura de la familia Castro, y siento una extraña ternura.

No les diré que mi corazón está con ustedes, porque eso no es más que una frase hecha; de qué les serviría mi corazón cuando los criminales al servicio de los Castro los apaleen, encarcelen o los maten como los están apaleando, encarcelando y matando. De nada. Por eso, en vez de decirles frases hechas, les diré lo que creo que será más útil. Es lo siguiente: luchen. Vuestro país hoy no es Cuba, es la libertad. Defiéndanla. Esa parcela de libertad en la que ustedes, jóvenes cubanos, han convertido las calles de la Isla, defiéndanla al precio que sea; no se dejen engañar, la lucha pacífica es inútil si te enfrentas a una dictadura de izquierdas. Las dictaduras de izquierdas no se dejan arrebatar el poder si no es mediante la fuerza. Lo único que respetan es la fuerza.

En Cuba no hay Justicia ni Legalidad, la Justicia y la Legalidad no son más que mecanismos represivos al servicio de la familia Castro y su dictadura. No las acepten. No permitan que los esbirros castristas arresten a los cubanos libres. Impídanlo. Ustedes, jóvenes cubanos, son muchos más. Son la mayoría. Por cada esbirro hay miles de ustedes. El cubano que entre en un coche patrulla no regresará, no lo permitan. No salgan a la calle desarmados. Un palo, una piedra, una barra de hierro, un machete, cualquier cosa sirve. Conviertan las calles de las ciudades cubanas, en un infierno. Los cócteles molotov son armas muy baratas y efectivas.

Hay que atacar y quemar los edificios gubernamentales, las mansiones de los jerarcas, comenzando por la familia Castro, dueña de la finca en que han convertido Cuba.

Hay que invadir sus barrios exclusivos.

Pacíficamente, no se logrará derrotar la dictadura.

Hay que luchar.

Los esbirros, los cómplices y sus asesinos a sueldo (los famosos Boinas Negras) deben sentir que no están a salvo. Que no pueden matar y apalear impunemente, que tendrán que pagar un precio. Que sus vidas corren tanto peligro como las vidas de cualquier cubano. Hay que desalojar a las alimañas castristas de sus confortables, lujosos, cubiles. Durante sesenta años han condenado a los cubanos a la miseria y el envilecimiento moral que conlleva no ser libres. Luchen. Cualquiera que hable de dialogar con la familia Castro y sus genízaros es un traidor.

Es el momento de luchar en las calles de Cuba por la libertad que ustedes, jóvenes cubanos, nunca han conocido, pero añoran.

La Revolución de la que tanto les han hablado y mentido, no existe. Lo que hay en Cuba es una oligarquía totalitaria y asesina al servicio de la familia Castro, una de las familias más ricas del mundo. No es de extrañar, durante sesenta años han saqueado y ordeñado la Isla, y han arrebatado a los cubanos el producto de su trabajo.

Esas calles en las que hoy, jóvenes cubanos, ustedes se juegan la vida, son un campo de batalla y en él, deben saberlo, están solos. Nadie vendrá a ayudarlos. Los norteamericanos no enviarán ningún dron. Del exterior solo obtendrán palabras. Y traición. Los llamados países amigos los traicionarán, las organizaciones mundiales, la ONU, la Unión Europea, los puteros españoles, los traicionarán.

No voy a engañarles en un momento como este: están solos. La derrota de la dictadura, el progreso y la libertad anheladas, están en vuestras manos y solo en vuestras manos. Conquisténelas al fin. Es hora de poner fin a seis décadas de miseria, mentiras, represión y oprobio. Es ahora o nunca. Como ven, no tengo nada que ofrecerles salvo palabras, pero al menos no les he mentado.

Sangre, violencia, sudor y lágrimas, ese es el precio, jóvenes cubanos, de la Libertad. Suerte y cojones.

EL DISCURSO DEL ANHELO

JORGE DE ARMAS

Cuba es un país atrapado en promesas y preso de la esperanza.

Cuba es un proyecto que se escribe en futuro, que se piensa en futuro.

Cuba escapa de su presente, turbio y enfangado, poniendo su fe en promesas intangibles.

La nuestra es una historia de posibles. El anhelo martiano de una Patria “con todos y para el bien de todos”, donde la ley primera de la República fuera el culto a la dignidad plena del hombre, fue aprovechado por el discurso de republicanos de chambelona y comparsas de barbudos. Una Patria construida sobre ideales, apartada de la realidad y prostituida en consignas.

El cubano se harta de promesas incumplidas y grita; el cubano se hastía de apagones y colas y estalla; el cubano camina, sin saber bien a dónde, y el poder, una vez más, usa la misma carnada: el futuro luminoso al que no se puede llegar por el pretexto universal: el bloqueo, la mafia mayamense.

Es complicado responder si el embargo es positivo o negativo. Por una parte, enerva que la excusa medieval justifique a un gobierno que ha llegado a su nivel máximo de incompetencia, y por la otra, que algunas de sus restricciones afecten a mi pueblo. Lo cierto es que la excusa suena vacía, rota de tanto usarse.

El embargo del gobierno de los Estados Unidos no es responsable de que este 11 de julio los cubanos salieran a las calles a exigir libertad y democracia. El embargo no es responsable de un

gobierno autoritario y dictatorial; el embargo no es responsable de miles de fusilados; el embargo no es responsable de los miles de arrestos arbitrarios, condenas ajenas a derecho, secuestros y prisión domiciliaria que se han convertido en la cotidianidad de la Isla.

El embargo no es responsable de un sistema fallido que subsiste por la obcecación de una casta militar que se ha abrogado el derecho a decidir por todos los cubanos.

El proyecto socialista cubano en su diseño ha eliminado el concepto de ciudadano como gestor último de la voluntad de pueblo. El anhelo fundacional de “Patria y Libertad” fue sustituido por el de “Patria o Muerte”, el primero suma, el segundo excluye. El ciudadano es un apestado para una dictadura que tiene en los “compañeros y compañeras” a los súbditos fieles y esperanzados en la promesa eternamente incumplida de un futuro mejor.

La Historia reciente es rica en ejemplos de sus mentiras: más leche y queso que Holanda, el hombre nuevo, la termonuclear de Jaraguá, diez millones de toneladas de azúcar, un vasito de leche para cada cubano, el mercado paralelo, el plan milagro, alimentos subsidiados, ahora sí vamos a construir el socialismo, cuarteles en escuelas, la historia me absolverá, la moringa como fuente inagotable de riqueza, la microbrigada, los pedraplenes, los contingentes, los médicos de la familia, los mejores médicos del mundo, los mejores maestros, los mejores deportistas, el futuro luminoso de la Patria...

El anhelo como combustible de la dictadura tiene el atractivo de que su incumplimiento siempre puede ser culpa de un tercero, nunca de la incompetencia de quien lo ha prometido.

Las manifestaciones de este 11 de julio también son expresión de un anhelo, pero esta vez de cambio. Las promesas ya no pueden contener a quienes pasan hambre y sufren eternos cortes de una electricidad que pagan a un precio más elevado que el que pagamos en Miami. (Y que, además, en muchos casos, también pagamos desde Miami).

El discurso del anhelo trae consigo que el pueblo, sus emigrados, la oposición y el gobierno discursen en niveles paralelos que nunca se tocan. Conviven sin encontrarse, dialogan en la exclusividad de su propio nicho.

Díaz-Canel enarbola el discurso arcaico del castrismo, herencia envenenada de Castro Primero, con la esperanza de que funcione

en un sector del pueblo aún avasallado por las consignas y esclavo de su propia historia personal. El discurso oficial del régimen crea verdades emocionales sin asidero en la realidad.

La construcción del enemigo, a lo que tanto discurso dedicó el primer Castro, no caló únicamente en los defensores del régimen, también en quienes se oponen visceralmente a él. Una intervención militar, improbable en las actuales condiciones, es enarbolada en la Isla como elemento de unidad y reclamada en el exilio como solución de todos los males.

La postverdad, como estrategia de permanencia, no es tan reciente. El discurso del bloqueo, de las tropas yanquis listas para invadir y de la mafia anticubana de Miami, ha construido una relación macabra y emocional con la mentira, que la dictadura alimenta continuamente, usando sin pudor para este fin el sistema educativo y el monopolio que ejerce sobre los medios de comunicación.

Tan falso como el discurso del bloqueo ha sido el cúmulo de noticias falsas, sin importar la buena intención de las mismas. No hay tropas listas para intervenir saliendo de la Florida, tampoco se ocupó el ICRT. La desinformación no ayuda, por el contrario, se convierte en argumento valioso para la dictadura.

Y a Díaz-Canel le digo: no son grupos contrarrevolucionarios pagados ni “revolucionarios confundidos” es un pueblo cansado y dolido.

Hoy nada se parece más al discurso del bloqueo que las peticiones de intervención militar exigidas desde un sector de la oposición cubana. El primero se diluye en su uso justificativo por parte del régimen dictatorial y el segundo en su improbabilidad. Son narrativas ineficientes, construcciones abstractas que se muerden la cola.

Dentro del panorama discursivo a quien poca atención se presta es a ese sector colaborativo que se da en llamar “intelectualidad crítica”.

Existe, en la Isla, un grupo importante de intelectuales, periodistas, juristas y analistas extremadamente “críticos” que aún vive la promesa de una sociedad justa, perfeccionable, con errores, pero posible. Una vez más el discurso del anhelo rige el pensamiento, para este sector criticar no es oponerse, es esperar que la solución del problema cubano venga de los actuales dirigentes. La intelectualidad crítica no se opone al sistema, no disiente del mal estructural, lo justifica en su crítica, lo avala y perpetúa.

Su discurso se pone al lado del pueblo, protestan junto al pueblo, son parte de ese pueblo. Pero su adhesión al sistema, su confianza en sus gestores los hace cómplices dolosos de una dictadura que los usa y los desprecia.

El reformismo socialista deja en gestores de probada ineficiencia la solución de los problemas actuales, les exige mejoras y cambios, y como escudo protector, advierte que su crítica viene de sus profundas convicciones socialistas y de izquierda, sin tener en cuenta que el proyecto cubano nunca llegó a ser socialista y dudo que alguna vez fuera de izquierda.

Ni la riqueza se distribuye de manera igualitaria ni el acceso a los medios de producción está en manos del pueblo. Castro Segundo, además de militarizar el aparato estatal y las instituciones, las convirtió en chivos expiatorios y en su lugar, creo GAESA entidad supragubernamental que detenta todo el poder económico, político y militar en la Isla.

Las instituciones cubanas no responden a la lógica de sus propias reglas, no existe un sistema regulatorio que pueda enarbolarse como garante de derecho. El reformismo colaborativo cae constantemente en esa trampa y, aunque denuncia que en Cuba no se cumplen ni sus propias leyes, no entiende, o no parece entender, que una dictadura se caracteriza por la performatividad de su acción represiva.

Una joven sin delito, Karla Pérez, con ganas de ejercer su profesión, limpia de historias y de compromiso es desterrada e impedida de entrar a su propio país. Un joven sin delito, incisivo e inteligente, Hamlet Lavastida, es apresado por la policía política al llegar a su país y se le fabrica un proceso penal bajo una premisa insalvable. Muchos activistas llevan meses en prisión domiciliaria sin saber cuáles son los delitos que han cometido, sencillamente porque alguien ha decidido que las calles de su país les están prohibidas.

El 11 de julio es un llamado de atención, es la evidencia de una desesperación extrema. Sus causas son muchas: la acumulación de carencias, de dolores; absoluta precariedad e ineficiencia en el manejo de la pandemia, hospitales colapsados, fallecidos que superan la capacidad de los servicios funerarios; uso propagandístico de las brigadas médicas cubanas en el exterior y escasez de profesionales en el propio país.

Más allá de las razones coyunturales está, sobre todo, la crisis terminal de un modelo, el fracaso de una ideología y el agotamien-

to de un discurso. El futuro ha dejado de ser un anhelo para convertirse en una utopía.

Repito, el 11 de julio es un llamado de atención. Sus causas son muchas y también una sola: falta de libertad.

La ausencia de liderazgo no significa que en Cuba exista un vacío de poder. Díaz-Canel vive en el síndrome del vaivén, en la incapacidad absoluta de tomar decisiones. En sus intervenciones públicas recientes es evidente su miedo, su nerviosismo, su falta de seguridad, la necesidad de asirse a símbolos tardíos, extemporáneos y obsoletos. La incompetencia del presidente cubano no debe ser confundida con el poder real que radica en la cúpula militar y los herederos de la generación histórica de la Revolución del 59. El verdadero peligro está en ellos, en sus armas y en su capacidad para usarlas.

Algo ha cambiado, algunos despiertan de su silencio. Leo Brouwer y Chucho Valdés, quienes en 2003 estuvieron de acuerdo con fusilar a compatriotas, hoy se ponen del lado de los que sufren. La “generación de la lealtad”, como la llamara Eduardo Heras León, ya no es tan fiel.

Este estallido, espontáneo y sin líderes ni convocatoria, evidencia que el cubano está harto de promesas, de mentiras, de justificaciones. La verdad está en los videos y testimonios, en las madres llorando a las que nadie pagó desde Miami y en los policías —que sí reciben prebendas y dineros de la dictadura—, disparando y golpeando.

Cuba se rompe en mil pedazos mientras el discurso del odio se apodera de unos y otros. Las piedras y bofetadas se cruzan ante una misma necesidad. La catarsis no puede ser baldía, la violencia no debe ser la vía.

Por una vez el cubano asumió su derecho al grito y se manifestó en presente, dejando atrás la farsa de un pasado glorioso y de un futuro luminoso. Libertad, democracia, Patria y vida: reclamamos que encierran un anhelo que por primera vez ha puesto a temblar a una dictadura caduca y agonizante.

MI AMOR, SE CAYÓ ESTA PINGA

LEGNA RODRÍGUEZ IGLESIAS

He visto a mujeres y hombres llorando, riendo, cantando, cayendo en masa a una fosa común desproporcionada, donde todos esperan un milagro que no sucede nunca. El mismo milagro que los hizo irse como perros asustados o gusanos de Isla. Me gusta decir la palabra oruga, el gusano gordo que después se convierte en algo que vuela, autosuficiente. O que si no le da la gana, no vuela.

He visto, en foránea tierra, irse llenando un espacio del mismo tipo de gente que se llena en coterránea. El 11 de julio de 2021 y también al siguiente día, los portales del Versailles, restaurante de comida típica cubana frente a la calle Ocho, se llenaron del mismo tipo de gente que se llenaron las calles en todas las provincias, municipios-cabecera, calles principales y menos principales, barrios, parques, intersecciones, monumentos y semáforos de Cuba. Se llenaron de la misma manera, sin que nadie se pusiera de acuerdo, sin que nadie lo planeara.

Los portales del Versailles y la calle Ocho aledaña, ese perímetro específico, ha sido históricamente el lugar donde las personas naturales de Cuba se juntan si hay que juntarse. Se abrazan, vociferan y celebran, si hay que celebrar y vociferar (la muerte de un dictador); se abrazan, escandalizan y forman *complain*, si hay que vociferar y escandalizar y formar *complain*. La palabra *complain* expresa disconformidad.

Las personas naturales de Cuba reunidas el 11 de julio y también el 12, en espacio ancho, indelimitado ya por razones obvias

de masa inmensa, expresaron disconformidad con la forma de gobierno de su país de origen, una cosa muy turbia, muy engañosa y mentirosoide, llamada Dictadura. Sobre todo, expresaron apoyo hacia las personas naturales de Cuba que permanecen en fosa común desproporcionada, donde todos esperan un milagro que no sucede nunca: la caída.

El 11 de julio al mediodía lo que yo quería era lavar, pero ella me mandó un video de personas naturales de Cuba manifestándose en un barrio de Cuba en contra de la dictadura, pidiendo comida y medicina, pidiendo libertad. Yo estaba esperando a que se desocuparan las lavadoras y las secadoras del edificio, pero ella me mandó ese primer video impensable, que se expandió como ventolera por sobre todas las cabezas cubanas del mundo, paseándose así, sublime.

Después de ese video vinieron otros y otros y otros y otros, provenientes de distintos lugares de la Isla, también la falta de miedo se expandió como ventolera caribeña, vientos alisios, huracán categoría cinco de la escala del cansancio humano. Nada podía detenerlos, a los seres humanos natales de un país-cadáver, porque nadie merece ser cadáver.

Le dije que no saliera, impulsada por una preocupación que debe haber sido la preocupación de todas las novias y los novios separados de sus amores. Nadie quiere que le pase nada a esa persona que es lo que más desea y necesita uno, para ir juntas —o juntos— a esperar que las lavadoras y las secadoras se desocupen. Besarse por el pasillo, aguantarse de barandas, ennoviarse. Quererse así autosufientemente. Por eso le dije que no saliera, que yo iba a salir por ella, al Versailles. Lo único que al Versailles no es peligroso salir.

Dejé la ropa lavando y me fui al lugar donde las personas naturales de Cuba, como yo, se manifiestan históricamente. Nunca voy al Versailles, pero hace poco fui a conocer a Paola Fiterre, una de las fotógrafas cubanas más hermosas de la vida. La mesa estaba llena de fotografías. Yo estaba recién vacunada y casi no pude hablar, pero dije “Mucho gusto”.

Ayer, Paola me dijo: “Necesito ir a Cuba, estoy preguntándole a todo el mundo”. Yo también, ¿cómo vamos? “Tú tienes a Cemí, no puedes, de mí no depende nadie”. Pero es de pinga, Paola. “Si te enteras de vuelos que salgan de Miami o de donde sea, dímelo”. Yo

te aviso, Paola, ve y tráemela. “Dios mío, lloro”. Paola Fiterre llora y las personas naturales de Cuba lloran. Todas las lágrimas negras de todas las canciones famosas se derraman sobre la tierra caliente del verano de nuestras vidas. Todos lo sentimos tanto. ¿Por qué llegamos a esto?

Llegué al Versailles a las dos de la tarde o un poco antes y ya había bastantes personas ahí, naturales de una Isla más hermosa que Canaán y más muerta que sus víctimas fallecidas por Covid. Una Isla a la que han ido desollando poco a poco, a base de ideología. Una Isla exuberante, de miseria y decaimiento. Mi amor tiene decaimiento, mis amigos se refugian en poemas. Yo también voy pasando por un túnel.

Poco a poco se fue llenando, en poquísimos tiempo, el perímetro que ocupa el restaurante, sus aceras y proscenios. Siempre he visto al Versailles como eso, un gran escenario vernáculo, a veces incluso ridículo, pero el 11 de julio entendí que la única ridícula soy yo, si pienso eso. Había una muchacha con una pancarta grande, escrita a mano, que decía: “VIVA CUBA LIBRE, SE CAYÓ ESTA PINGA”. La pinga en la pancarta refiere a lo obsoleto.

Antes de llegar al Versailles, le mandé un mensaje al fotógrafo cubano Jorge Pérez para que nos encontráramos ahí y documentar de alguna forma el hecho histórico más importante de este año en la historia imperativa de Cuba, pero Jorge Pérez andaba lejos, pasando el domingo con sus hermanos. Que los cubanos dentro de Cuba hubiesen empezado a manifestarse solos, sin previa organización, sin líder, nos había cogido a todos por sorpresa. Esta vez, el límite de la precariedad, el límite de la atrocidad, era el líder de una manifestación encojonadamente masiva.

Mientras las calles de Cuba se llenaban de personas que no tienen nada que perder, porque ya lo perdieron todo, hasta el miedo, el Versailles también se llenaba de personas que salieron de la Isla como perros o como gusanos de Isla. Personas que pensaban diferente, pero que cantaban el Himno Nacional igual, con una amigdalitis crónica de desesperación y ansias.

A media tarde, presidente malhablado enunció discurso malnacido y vil. En ese discurso malhabló y susurró, escondido detrás de nasobuco parlante, pronunciando palabras que ni siquiera existen. Palabras como “habemos” y “revolucionarios”. Porque esos revolucionarios a los que él se refiere, en concepto equivocado de

revolución, no existen. De todas formas, dio la orden de combate, convirtiéndose en epíteto de sí mismo, como diría al día siguiente, con sus propias estúpidas palabras.

Para esa hora, regresé al edificio y cambié la secadora, para volver al Versailles de inmediato. Demoré cuarenta minutos en llegar desde Le Jeune, la avenida 42, hasta la esquina de La Carreta, frente al Versailles, donde doblé a mano derecha para parquear por ahí cerca. Por la calle Ocho era imposible transitar. Una masa contundente de personas naturales de Cuba inundaba el espacio, haciéndolo suyo. La policía del condado de Miami Dade, sin tener orden de permiso, apoyó deliberadamente nuestra manifestación. Al siguiente día, igual. Un apoyo y una protección salidos, estoy segura, del corazón natural del verano.

El fotógrafo Jorge Pérez se encontró conmigo en la puerta del baño de la cafetería del Versailles. Llevaba un rato haciendo fotos cuando llegué, por segunda vez. “Tengo que ir al baño”, le dije, “me estoy meando en los pantalones”. Nos fuimos juntos, después, a pararnos al lado de la tarima. La tarima era una camioneta con un micrófono donde cualquiera se subía y vociferaba, sin garganta ya, en apoyo a la libertad de Cuba, en apoyo a todos los cubanos que habían salido de sus casas sin miedo a expresarse y respirar; personas naturales del mismo país que yo, que habían salido de sus casas pacíficamente, sin armas, desprotegidos.

A esa gente la estaban reprimiendo, a golpe limpio, a balazo limpio. A esa gente la estaban desapareciendo. Sería una noche horrible en una Isla horrible, llena de desapariciones y personas moribundas. Sería una noche sin comunicación. Te extraño mucho. ¿Hace más de cuántas horas que no hablamos?

El fotógrafo Jorge Pérez y yo vimos a Rosa María subirse a la camioneta-tarima y hablar, en la manifestación del Versailles, a 90 millas de Cuba: “Este es el momento que estábamos esperando: la gente está en la calle reclamando Patria y Vida, Libertad; mi papá me lo dijo, él me dijo que la noche no será eterna; queremos ir, tenemos derecho a ayudar, queremos ayudar, queremos ayudar, queremos ayudar”.

He visto la lluvia lavando a Miami, cayendo diagonal sobre cabezas de hombres y mujeres levantados en apoyo a hombres y mujeres desamparados. La lluvia en ráfagas por toda la calle Ocho desde Le Jeune hasta Caballero Rivero. Un kilómetro de tramo físi-

co, emocional. Vi esa lluvia guarecida en mi automóvil, con mi hijo sentado detrás de mí, diciéndome que quería una bandera cubana. Yo también quería una bandera cubana.

Una semana antes empezó la fiebre. Me dijo que no podía ir al policlínico. Que si iba al policlínico se la iban a llevar para un centro de aislamiento. Le dije que no podía ir al policlínico. Que si iba al policlínico se la iban a llevar para un centro de aislamiento. Que no se la podían llevar para un centro de aislamiento porque la gente se muere ahí. Porque los centros de aislamientos eran campos de concentración. Porque los médicos estaban pidiendo la baja. Porque Cuba colapsó. Porque me muero si tú te mueres.

Una semana antes Soleida Ríos me mandó un poema. No me lo mandó escrito, sino leído. La voz de Soleida Ríos en mi buzón de WhatsApp siempre suena a sentencia, a cosa que necesito atender:

“La muerte describe un círculo brillante encima de este hombre

La muerte brilla dulcemente sobre su cabeza

La muerte sopla en la caña madura de sus brazos

La muerte galopa en la prisión como un caballo blanco

La muerte luce en la sombra como los ojos de los gatos

La muerte hipa como el agua bajo las rocas”.

Eso leía Soleida Ríos para mí. El poema de Aimé Césaire que quise recitar en el Versailles, si me hubiera subido a la tarima, con una bandera cubana y una pancarta escrita a mano.

NO, DÍAZ-CANEL, NO

CARLOS LECHUGA

Estoy haciendo el amor y de repente me empiezan a entrar mensajes. No logro la concentración para continuar y reviso el móvil. Así, como si nada, como si fuera posible cada día de la vida, el pueblo se ha lanzado a las calles a pedir por sus derechos. En un primer momento me alegro y recibo señales: la policía no está reprimiendo. Alguien dice que la policía está marchando al lado del pueblo.

Al rato, comienza la represión. Golpes, gases, palos y disparos. El día que empezaba cargado de amor, con imágenes de dos cuerpos entre sábanas, se fue convirtiendo en un horror de violencia y más violencia.

El presidente de la República, que no fue elegido por el pueblo, sale en la televisión y cometo el error de pensar que va a renunciar. Tiene la cara desencajada. Lamentablemente lo único que hace es culpar a los americanos, hablar de que la gente salió a la calle por unos pocos apagones, y llamar a la guerra. Sí. El presidente de la nación estaba dando permiso a que los cubanos salieran a matarse unos a otros. Así. Como si nada. En nombre de la Revolución, podías salir a matar. Normal. Le parecía normal.

Más allá de lo horroroso de la situación, lo cínico, ya que un gordo con una ropa que no tiene nada que ver con la del pueblo, sentado en una mesa con aire acondicionado, sin tener el valor de aparecer sin guardaespaldas en ningún lado, mandaba a la gente a dar golpes... visualmente todo iba contra él.

Sus guardaespaldas, como los Boinas Negras, tenían mejor constitución que el pueblo que estaba en las calles. Imagínate la alimentación que deben tener esos animales. Para no hablar de la rapidez con que sí había patrullas y carros represores mientras la escasez de ambulancias imperaba en el reino.

Era claro: para reprimir, para el aparato represivo, todo lo que haga falta. Para el pueblo nada.

Díaz-Canel, el pueblo no se tiró a las calles por unos pocos apagones. No, ciudadano, el pueblo se tiró a las calles porque no aguantó más. No aguantó ni una mentira más.

El pueblo de Cuba, que ha sido tan bondadoso con la cúpula castrista; que por años ha aguantado necesidades, faltas de respeto, violaciones diarias... Ese pueblo, que es el que los mantiene ahí, no los quiere más.

Ese pueblo no se cree más que el culpable de todo es el bloqueo. Nadie en las calles gritaba "Abajo el bloqueo". Gritaban "Abajo Díaz-Canel". Tras 60 años de opresión por todos lados, el pueblo, que no es tonto, ha tenido que ver cientos de imágenes de familiares de la cúpula castrista gozando y bailando. ¿Dónde está aquello que decía el Che del ejemplo? ¿Dónde?

¿Cómo carajo usted cree que come la gente en Cuba? ¿Lo sabe? ¿Cómo hace la gente para conseguir un dólar para entrar en una de las tiendas esas que inventaron ustedes? Para colmo, después la haces más difícil y ya el periplo para conseguir alimento es casi imposible.

No, Díaz-Canel, tú no puedes pedir más sangre. No sé qué tipo de persona eres, si se te ha olvidado tu infancia, tu familia, tu madre, tu barrio. No sé si las andadas por la capital o los consejos de Raúl te han convertido en un monstruo. No lo sé. No me interesa.

No puedes mandar a la calle a los revolucionarios. No puedes seguir dividiendo al pueblo. No eres nadie para quitar el Internet en la Isla y obligarnos a verte sentado hablando lo mismo. ¿Y sabes por qué no?

Porque la vida cambió. Después del día 11 la vida cambió para todos. Ya dejaste de ser un puesto a dedo para ser un asesino. Ya la izquierda del mundo va a pasar más trabajo para obviar lo que Cuba realmente es. Ya el pueblo vio a la policía disparando.

Ustedes no se preocupan por ningún intervencionismo norteamericano, ustedes solo están cuidando su bienestar. Pues les ten-

go una noticia: el pueblo se cansó, perdió el miedo y quiere aspirar a un poco de ese bienestar.

Díaz-Canel, la tranquilidad de la población no se mide con una vacuna. Todo el dinero ese que han gastado en promover que “Cuba salva”, deberían haberlo invertido en aspirinas, en medicamentos para la sarna, en comida para el pueblo.

En el año 2018 uno iba a un quiosco y compraba un pomo de aceite, un perrito caliente y un paquete de espaguetis, y regresaba a la casa quejándose de la necesidad. Hoy esto es un lujo. Desde que te pusieron en el poder todo ha empeorado drásticamente.

No, Díaz Canel, no has podido ser el líder que necesitaba el pueblo. Lo más triste de todo es que, por mucho que parezca que eres el que manda, nunca lo vamos a saber a ciencia cierta. Puede ser un López-Calleja, un Castro, un Ramiro Valdés, da igual. El objetivo es el mismo: oprimir al pueblo.

En un momento donde no hay turismo, ¿para quién siguen construyendo esos hoteles? ¿Para sus hijos? ¿Para dejarle algo a sus nietos? ¿Para el próximo Putin cubano que venga?

El mayor error de ustedes, opresores de pacotilla, fue abrir el Internet en esta Isla. Con ese gesto hicieron de cada ciudadano con celular un periodista. Se pusieron la soga al cuello, pero se la pusieron conscientemente; el dinero pudo más que lo demás. Preferieron seguir haciendo una fortuna, total, hay 60 años de tradición y técnicas para oprimir.

Ya el mundo entero ha visto las imágenes. Cuba no es Venezuela, acá no vamos a admitir policías de civil jugando a francotiradores. Después de disparar un arma, aplastar a un joven, golpear a una mujer, de nada vale poner una canción de Silvio. De nada vale brindar con un buen vino por Cubadebate. Toda la estructura en que se basa el escaso pensamiento ese de que “Por la Revolución todo...”, ya no sirve de nada.

Ya todos vimos como empujaron a alfabetizadoras, como golpearon a profesores, hirieron a curas, arrastraron a artistas.

Ya todos vimos como las instituciones culturales apoyaron el pedido de sangre.

Ya todos vimos quienes callaron. Quienes golpearon. Quienes pidieron más sangre.

No pongan más ninguna cancioncita de esas. La música con sangre no camina.

Las máscaras se cayeron al suelo.

Este 11 de julio, Cuba dejó de ser Cuba.

Díaz-Canel, tienes las manitos manchadas de sangre. Mételas debajo de la mesa y trata de limpiarlas en el mantel, mientras sonríes esperando la llamada de Raúl.

CONTRA EL TERROR:
POR EL PAN Y EL DERECHO A LA LENGUA, A LA VIDA

FRANCISCO MORÁN

Éxodo de Mariel, 1980. El acoso y la violencia contra las personas y las familias que se iban del país ocurrían a la luz del día. Las casas eran rodeadas por manifestantes que gritaban insultos, y tiraban huevos. Muchas personas fueron brutalmente apaleadas y golpeadas en la calle: la orden estaba dada.

En una escena de uno de los documentales de Santiago Álvarez sobre la “escoria”, aparece una flota de yates que salía de Cuba, y sobreimpuesta, una cita de Martí: “Hay que cargar los barcos con los insectos que le roen el hueso a la patria que los nutre”.

En el discurso en la escalinata de la Universidad de La Habana, Castro —lleno de furia y resentimiento— expresó: “¡Los que no tengan sangre revolucionaria, los que no tengan genes revolucionarios..., que se vayan! ¡No los queremos, no los necesitamos!”.

Oficialmente, Castro declaró así institucionalizado un nuevo racismo, absolutamente inédito en Cuba. La “identidad” revolucionaria era cuestión de sangre y de genes: se transmitía y se heredaba por la sangre y los genes de revolucionario a revolucionario. Por esta razón fue que la “Revolución” hizo del negro desafecto, bocón, la imagen misma de la abyección: era un traidor a su raza “revolucionaria”; y lo era por “desagradecido”.

Aquellas palabras de Castro en 1980 no estaban dirigidas a los intelectuales —aunque los hubo que se fueron entonces, o hasta escaparon, como Reinaldo Arenas— sino a todos los cubanos, a

lo que él llamaba el “pueblo”. Sin embargo, su brutalidad llevaba el mismo mensaje de aquellas otras, dichas en la Biblioteca Nacional en 1961 a los intelectuales: “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”. La frase, que no ha dejado de ser discutida e interpretada, eliminaba las áreas grises. Quedaba implícito que estar fuera significaba estar en contra, y perfiló así la imagen del enemigo total que proclamó en 1980.

Pero incluso antes, en marzo de 1959, el mensaje —y en un contexto inequívocamente racista— había quedado claro. A las preocupaciones de aquellos que temían que la Revolución los obligara a bailar —o sea, a socializar, pero la imagen del baile es reveladora— con los negros, Castro respondió que cada quien era libre de bailar con quien quisiera, pero que todos tendrían que bailar con la Revolución. La “Revolución” entra aquí, entonces, como la raza —el compañero de baile— con quien tendrían que bailar todos. Esa raza era, naturalmente, la suya —que era también la del macho blanco autoritario.

Miles de cubanos que temprano, y con alegría, comenzaron a llamarlo el Caballo, vivirían ellos, o sus hijos, o los hijos de sus hijos, para lamentarlo. El Caballo pasó sobre todo el país, y lo pateó duro con sus cascos; lo holló, lo desangró.

Hace muy poco, el gobierno de Díaz-Canel celebró con un otorgamiento de honores y medallas el 60 aniversario de las “Palabras a los intelectuales”. En la escena del crimen, Díaz-Canel enmedalló a algunas de las víctimas de aquellas “palabras” —unas más apaleadas que otras, pero en fin—, como Antón Arrufat y Eduardo Heras León, este último más conocido como el “balletómano artillero”, y que cuenta entre sus honores con una pistola que Castro le regaló por haber sido el primer expediente de la clase de artillería.

No sabemos si Alicia Alonso le habrá obsequiado alguna zapatilla por balletómano. De todas maneras, el compañero Heras se habría desempeñado estupendamente en el ballet artillero Avanzada, de Alicia Alonso.

Otros premiados fueron Víctor Fowler y Leonardo Padura. Fowler fue recompensado así por sus muchos servicios como “cuadro”, sobre todo por el destacado papel que jugó como “negro”, “intelectual” y “escritor”, apoyando la campaña racista contra el Movimiento de San Isidro. Todos ellos, y otros que quedan sin mencionar, se hicieron cómplices de la represión.

Ya sabemos lo que ocurrió el 11 de julio, y estamos al tanto de la continua apuesta del Estado al libreto de siempre: el bloqueo y el supuesto mercenarismo. El 11 de julio, sin embargo, no empezó el 11 de julio, sino el día en que los cubanos despertaron a la comprensión de que si el encierro los había estado estrangulando siempre ahí, sin poder ignorarlo, la solución también estaba a su alcance.

El credo del castrismo quedó resumido en la encerrona homicida, y patricida, de “¡PATRIA O MUERTE!”. Eso era lo que quería decir la oposición “DENTRO [O] CONTRA” de 1961. Y también lo que quería decir “SANGRE REVOLUCIONARIA VS. SANGRE CONTRARREVOLUCIONARIA” de 1980. En cada caso, el elemento intolerable, excluido, estaba también, por definición, condenado a MUERTE.

Entonces un día, cuando menos se lo esperaban, los cubanos cambiaron la señal. Fue un cambio revolucionario, y resultado de la intuición del oprimido. Cuando ripostaron al “¡Patria o Muerte!” con “¡PATRIA Y VIDA!”, destrancaron el dominó. ¡Y de qué manera!

La primera señal del fracaso del totalitarismo cubano fue su incompetencia para responder al desafío. Pero esto a su vez puso de manifiesto su compromiso con la MUERTE, iluminando así la verdadera razón —más allá de los innegables efectos del bloqueo— de las miserias, frustraciones y falta de libertades de los cubanos. Se dieron a la tarea de crear canciones-respuesta, todas las cuales fueron objeto de burla y cayeron en el olvido. Pero “¡PATRIA Y VIDA!” capturó la imaginación de los cubanos, y con ese grito, y el de libertad, se lanzaron a las calles en toda la Isla, el 11 de julio.

Cualquiera que simplemente se pregunte por qué “¡PATRIA Y VIDA!” ha enfurecido tanto al Estado cubano, no puede dejar de ver —a menos que se ciegue voluntariamente— el horror del castrismo en toda su “pureza”.

Por las dudas, ¿alguno de ustedes ha notado a qué poema recurrió Granma, justamente al día siguiente de las protestas?: “POR ESTA LIBERTAD”, de Fajad Jamís. Ese fue el poema que también Corín Tellado —perdón, Corina Mestre— declamó para los “trabajadores” de la UNEAC en un acto de respaldo a la dictadura.

El artículo de Granma se titula así, con un mandato totalitario:

“Por Cuba habrá que darlo todo”. La rescritura del título del poema —“Por esta libertad/Por Cuba”— sugiere que para los autores del artículo “libertad” y “Cuba” no son necesariamente lo mismo. Ellos pudieron titular el texto con el título del poema, pero decidieron cambiarlo. Una de las manos que cocinaron la poción infernal, escribió que muchas voces “desde la calle, agitaban la insignia del Movimiento 26 de Julio y repetían, cada vez más fuerte, cada vez más claro: ‘Aquí están Fidel, Raúl y Díaz-Canel’, ‘Patria o Muerte, Venceremos’”. Esto último —¡Patria o Muerte!— es lo que hace saltar al poema de Jamís:

“La escuché por Infanta, de boca en boca de mujeres y hombres, con más o menos años, todos con la misma convicción: un país como el nuestro, con muchos sueños y no pocos dolores, se defiende con uñas y con dientes, a sabiendas de que, como dijera el poeta, ‘por esta libertad/ bella como la vida/ habrá que darlo todo/ si fuere necesario/ hasta la sombra/ y nunca será suficiente’”.

¿Darlo todo? ¿Cómo pueden tener el cinismo de exigirles a los cubanos —a quienes se les ha arrebatado todo— que lo den todo? ¿Acaso “Cuba” y “libertad” pueden tener el mismo significado para todos? Por supuesto que no. De lo que se trata es de que estas definiciones fuertes sirven a las dictaduras y a los totalitarismos para legitimarse por la fuerza. Esa es la razón de que en el horizonte de esta ideología la muerte sea la razón de Estado. La muerte es la amenaza de exclusión total de la comunidad —el encierro, la marginación, la alienación— que espera a los que disientan; incluso a los que duden. Y es de notar la siniestra persistencia en la muerte que vemos en el artículo: “También se la oí decir a Alberto Bermúdez, un vecino de Infanta que, en medio de la algarabía, tarareaba, con un ‘piquete’ numeroso, “Yo me muero como viví”. Y más:

“Ella manifestó a Granma que estaba allí ‘para defender a la Revolución Cubana al costo que sea necesario, dispuesta a dar hasta mi sangre y darle la respuesta que se merecen esos gusanos’”.

“Me golpearon fuerte en la cabeza y terminé con una herida de siete puntos. Pero aquí estoy, con mi bandera manchada de san-

gre, dispuesto a seguir defendiendo la Revolución, porque morir por la Patria es vivir’, aseguraba sin detener el paso, al igual que Cuba, tierra de revolucionarios que no se amedrentan”.

Por esto les asusta “¡PATRIA Y VIDA!”. Aquí Patria se suma a la Vida —no se dice tampoco que sean lo mismo, y aquí hay que ponerse en guardia de cara al futuro—, la Y no nos obliga a escoger. La base del castrismo, y de las dictaduras, por el contrario —como he venido argumentando— es la disyuntiva que cancela la discusión y el debate. Es también el George W. Bush del 11 de septiembre, sus “Palabras”: “El que no está con nosotros está contra nosotros”. El en contra es el enemigo, a quien hay que destruir sin miramientos. Esto es lo que ha estado haciendo Humberto López.

Voy a hacer un aparte para hacer una aclaración. En el artículo hay más de una mención de personas que supuestamente fueron atacados por los “contrarrevolucionarios.” El más llamativo es el que acabo de citar: “Me golpearon fuerte en la cabeza y terminé con una herida de siete puntos...”. ¿Cómo nos explicamos que los periodistas, que están hablando con una “víctima” de la contrarrevolución, no lo fotografiaran como evidencia y lo incluyeran en el texto? En ninguna de las 4 fotos que muestran hay, ni heridos, ni señales de agresión contra los manifestantes a favor del Gobierno. Sin embargo, hay fotos y videos —muchos— en que vemos a supuestos ciudadanos reprimiendo junto con la policía.

De hecho, las imágenes de la represión castrista nos recuerdan las de la tiranía de Batista.

EN TIEMPOS DIFÍCILES

El primer poema de Fuera del juego (1968) se titula “En tiempos difíciles”. Aunque ganó el premio Julián del Casal de poesía de la UNEAC ese año, tanto el libro como su autor fueron etiquetados de contrarrevolucionarios. El resto, bueno, el resto fue el proceso estalinista a que fue sometido Padilla, lo que llegó a conocerse como el caso Padilla. El régimen cubano tiene a su haber un número considerable de “casos”.

El poema de Padilla tiene una curiosa relación con el de Fajad Jamís: ambos dicen lo mismo, pero difieren en la intención. “Por

esta libertad” sostiene, jubiloso, el impulso de muerte y dictatorial de esta “libertad” por la que habrá que morir, y despojarse de todo, hasta de la sombra.

En “Tiempos difíciles”, en lugar de exigir nada, la voz del poema meramente constata lo que le ocurre a un hombre al que le van pidiendo todo: su tiempo, los ojos, las manos, los labios “para afirmar, / para erigir, con cada afirmación, un sueño / (el-alto-sueño)”. También le pidieron las piernas para construir una trinchera. Luego le explicaron “que toda esta donación sería inútil / sin entregar la lengua” y, finalmente, que “echase a andar”.

Las “donaciones” en el poema de Padilla son, por supuesto, irónicas y sarcásticas. A este hombre se lo quitaron todo: en primer lugar, la conciencia y la libertad. La libertad que menciona Jamís se sostiene sobre el despojo y la muerte, y sus ansias devoradoras siempre quedarán insatisfechas. Su perversión última se nos ilumina en el poema de Padilla: al hombre al que se le pidieron las piernas, y la lengua, y los ojos, se le dice que eche a andar.

El 11 de julio los cubanos se levantaron contra esa “libertad”, poniendo en riesgo sus piernas y sus ojos, pero rechazando los supuestos derechos de propiedad sobre sus lenguas y sus conciencias. Ellos, ustedes, tuvieron y tienen el coraje que no tuve yo, ni tuvieron otras generaciones de cubanos antes que ustedes. Lo que han puesto en marcha, ya no lo para nadie.

¡PATRIA Y VIDA!

UN DÍA DE 48 HORAS

CLAUDIA MUÑIZ

El día amaneció tranquilo en Lavapiés. Yo mandando mensajes de amorcito a la muchacha, que se había ido a las islas a las 6:00 a.m., dejándome insomne. Siempre me pasa. Tengo el sueño delicado, quebradizo, y ella me lo roba a menudo. Otras veces es Cuba con sus dolores cíclicos, puntualísimos, como mi regla, que es normalmente el explote de todo lo que se viene cocinando durante el mes. El teléfono móvil se va llenando de notas... y ppppppttttsssss, la válvula de escape pitando duro, a modo de sangre y letricas en Arial, tamaño de fuente: 12.

Unas horas y cero siestas luego, veo en mi muro que el muchacho, desde la Sierra de Madrid, ha posteado imágenes de San Antonio de los Baños desbordado, honesto, lo más honesto que he visto salir de Cuba en los 35 años que llevo conociéndola. El corazón hecho un tambor removiendo todo por allá adentro. La sangre a mil. La sangre. ¡Palma Soriano, pinga! ¡Cárdenas se sumó al pary! ¡Palma Soriano, cojone! ¡Bonche en el Malecón! Hecha llama salgo para el bar de Malasaña donde trabajo.

“Ella va onfaya Embajadores arriba”, acoto mentalmente al guion de mi película particular. En el metro sigo viendo directas de Facebook. Es una fiebre. Pero en el bar todo es calma. Yo rompiéndome en mil emociones indefinidas, incendiarias todas, y ellos pidiendo Havana Club 7 años con Coca-Cola. Sacrilegio.

Llamada entrante. Es el muchacho. “Hay una manifestación en Sol”, me dice. Tambor a redoble en el pecho. Llamo a todos; envío mensajes a mi madre, que se preocupa.

Mensaje de voz de la muchacha. Lamenta la lejanía. Ese talento de ella para no estar en los momentos importantes... Abro un surco con mis pies en la parte de atrás del bar.

Ella agita la coctelera mientras ve en una directa la manifestación en Sol”, mi película particular se complica. Estoy dividida entre hacer esta caipiriña y abandonar todo, salir corriendo Ruiz abajo hasta llegar a Sol. Por suerte la calma persiste en el bar y puedo cerrar temprano. Corro, ahora sí, corro.

A la salida del metro en Sol, los veo. Son muchos. Somos. Solo llegar y ya soy parte. Un trago de cerveza caliente y el tambor se calma un poco. No del todo. Veo de lejos al muchacho, iluminando a alguien. Veo a Juls. Veo a otros. En sus rostros la expresión común que da tener el mismo cóctel de emociones recorriendo las venas. Sin abrir la boca, mirándolo fijo, le pregunto a Juls: “¿Puedes creer lo que estamos viviendo, biatch?”. Impensable hasta ayer noche una cosa así. El abrazo por fin.

Me acerco al muchacho. Lo saludo con una caricia en alguna parte de su cuerpo que ya no recuerdo. “Esta noche no se duerme”, pienso. “¡Esta noche no se duerme, pinga!”, digo. Las noticias, falsas y verdaderas, van cayendo. El hombre del micrófono las suelta: “Tres aviones misteriosos han abandonado la Isla... ¡Bajanda! Han tomado el ICRT. ¡Están disparándole a la gente, caballero! ¡¡¡Oye policía, pinga!!! Cachita está en la calle...”.

Todas las emociones juntas dando el berro. Se le va el audio a mi película por un momento. Todo se detiene. Aunque sigo viendo movimiento a mi alrededor he dejado de escuchar... Luego de un rato vuelvo. Aldo rimando en el altavoz, partiéndome el tímpano y el alma en igual medida: “Cuando yo diga Díaz-Canel, ustedes dicen: Singao!”. “¡Singao!” repito. “¡Singao!”

Mensaje de la muchacha que me pregunta cómo está todo desde una noria en un parque de atracciones de Lanzarote. No hay palabras, muchacha. Hoy no. Solo imágenes.

A mi lado, el muchacho hace una directa. Lanza el teléfono por el aire. Está consciente del poder de su arma y juega con ella. Le gusta jugar al muchacho.

“¡Italia! ¡Italia! ¡Italia!”, gritan los hinchas que celebran, también en Sol, su victoria en la Eurocopa. Se golpean entre ellos. Gritan, violentos, cosas que no entiendo en italiano. Viene la police y se los lleva. La energía de la police hace que nuestro corro se disperse.

Hay un último momento de comunión, reguetón, cerveza. Es tarde ya y el agua de las mangueras que limpian Sol termina de apagar la manifestación, pero este día sigue, larguísimo, partidor. Hoy no se duerme, pinga.

Hora: 9:00 a.m. El muchacho está tumbado en mi cama mientras mira su teléfono. “Están en la calle de nuevo. Esto sigue”, me dice. Salimos, un poco sin rumbo, para hacer tiempo y calmar el tambor en nuestros pechos hasta que sean las 7:00 p.m., que nos reuniremos frente al consulado de Cuba aquí en Madrid.

Un nardo, un girasol, un ave del paraíso. Compramos flores y desandamos por Los Austrias. Por momentos casi ni hablamos, cada uno en su teléfono, siguiendo el pulso de todo. Dando aullidos en Instagram.

Caminamos hasta Sol de nuevo. En Sol, el sol quemando la retina. La gente anda de un lado a otro, ajena a lo que hace solo unas horas era el vórtice de una energía demasiado hermosa. Nos metemos al metro. No sé él, pero aquí, en este vagón, siento que todos saben, que nos apoyan.

Llegamos, medio perdidos, al consulado. Entre que no permiten manifestarse delante del edificio y que todo está minado por la gente de VOX, se nos enrarece el aire e instintivamente ambos, sin decir mucho, nos vamos al final de la cola. Rocío Monasterio malbailando salsa es una imagen que quisiera borrar de todos mis archivos. Do you want to delete this file? FUCK YEAH!

Un sabor amargo reseca mi boca. “¿Y dónde está la izquierda?”, pregunto. No hay respuesta. Miro a mi alrededor. Esto nada tiene que ver con la fuerza nuclear que fue Sol. Nos piramos. Volvemos a Sol.

En la pantalla de mi teléfono el doble de gente, el doble de energía, el doble de euforia que la noche anterior. Mi girasol y mi nardo bailan entre carteles de reclamo por todas las libertades perdidas en Cuba. Le envío el video a la muchacha. “¡Maravilloso!”, me dice e imagino su pelo encrespado por el mar de las islas.

Nuevas noticias de Cuba siguen brotando del altavoz. No alcanzo a ver de quién es la voz metálica que las pronuncia hoy: “Cortaron el Internet. Bajandandanda... ¡Un muerto en la Guinera! ¡Un muerto, pinga! Hagamos un minuto de silencio... ¡De rodillas no!”.

Entiendo entonces que el día sigue, que no termina hoy. En mi película particular imagino que le digo al muchacho, toda épica yo:

“Por mí este día pudiera durar una semana, un año, toda la vida, si al final nos espera la bien luchada libertad”. Pero la realidad es que este largo día no hace sino engordar, agrandarse, y con él la incertidumbre densa por lo que vendrá.

ESE PRESIDENTE NO ES UN PRESIDENTE

AMANDA ROSA PÉREZ MORALES

“Sistema” y “Revolución” son dos términos que rechazo. Como bien diría Simone Weil, son conceptos vacíos, demasiado abstractos. ¿Qué es el Sistema? ¿Qué es la Revolución? ¿A quién sirven?

Es por ello que, para que ambos términos sirvan como medio de apropiación buscando comenzar una lucha, tienen que contextualizarse, deben tener una contundencia material y, a veces, física. Más prácticamente: debe haber algo a lo que podamos gritar; alguien a quien podamos culpar y reclamar; alguien que funja como chivo expiatorio. En este momento, el Sistema y la Revolución tienen un rostro para todos los cubanos: Miguel Díaz-Canel.

Sesenta y dos años de represión, de silencio, de velo de Maya, se encarnan en la figura de quien se presenta como la imagen actual de una “Revolución”, que en este caso se vuelve sinónimo de dictadura. Este, por lo menos, es mi sentir. Yo necesito un rostro a quien reclamarle las decisiones de Gobierno, y esta queja no me satisface vomitarla sobre policías, o militares, o agentes de la Seguridad del Estado vestidos de civil. Todos estos son abstracciones, conceptos vacíos, porque dentro de ellos hay una multiplicidad de seres humanos que responden a disímiles situaciones. Hemos visto en estos días, cómo muchos han sido forzados, han sido intimidados, les han enviado citaciones a su casa abogando por el Servicio Militar. Las acciones y actos represivos que han representado, se traducen en lo que un policía hizo, en lo que un militar hizo. Pero no hay nombres. No hay rostros concretos.

Quien sí es un rostro concreto y es una persona concreta para todos nosotros es “nuestro presidente”, capaz de salir en televisión nacional exhortando a los “revolucionarios” a tomar las calles, con el propósito de torturar, asesinar y amedrentar a la población. Un presidente que, supuestamente, desde que acepta el cargo deja de ser un ente individual para convertirse en un ser humano al servicio de su pueblo. Un ser humano con el compromiso moral de defender, proteger y apoyar a la nación. Un ser humano que debe velar por la seguridad y la armonía de su gente, pase lo que pase. Y este ser humano presidente que tenemos, exhorta a la guerra y a la muerte. Ello confirmó aún más mi idea del rostro a quien reclamarle.

Tras el anuncio hecho por el presidente, las manifestaciones se radicalizaron más y las peticiones se volvieron concretas y directas. El pueblo se lanzó a las calles porque tiene hambre, porque necesita medicinas, porque necesita que lo dejen de reprimir, porque necesita libertad de expresión. Todo eso recaía en la consigna “Díaz-Canel, deja el poder”.

La solución que ha encontrado él (y todo lo que encarna) ha sido cortar prácticamente todas las vías de comunicación existentes, para que no se pueda visibilizar lo que está ocurriendo. Esto, con el objetivo de desarticular las manifestaciones, bloquear el ímpetu y la solidaridad interna-externa.

Se ha dado cuenta de que la tecnología puede ser también un arma positiva, capaz de movilizar a millones de personas. Durante estos días, el cubano de Cuba no se ha sentido solo. Siente sobre sus hombros el amor, la empatía y el apoyo de la comunidad internacional. Eso llena de coraje a cualquiera. Entonces, la represión y la no-comunicación con el resto del mundo son las estrategias que durante tantos años ha usado el Consejo de Estado y que, una vez más, se muestran como las únicas soluciones al problema que tienen.

Incluso, con amenaza de intervención, el presidente decide ocultar lo que está pasando y no piensa en establecer un diálogo real con su pueblo. Más allá de las discrepancias que esto pueda traer, la posibilidad de que algo así ocurriera tampoco deja de ser posible. Una intervención puede provocar pérdidas de vidas, porque no distingue bandos. Una intervención siempre se ejecuta de forma violenta.

Por eso, encargo al presidente todas las muertes, accidentes y heridos que haya durante estos días de lucha. También la responsabilidad por los tiempos de hambruna y precariedad que se avecinan, si esto no genera un cambio contundente.

Encargo al presidente la culpa por la desilusión, la tristeza y la pobreza. Porque lo que está haciendo es matar a un pueblo en silencio. Y esas muertes serán las suyas, por ser quien representa toda la situación en la que se sume el país.

Aún habría tiempo de que el presidente recapacitara. Aún habría tiempo de que tomara las decisiones correctas. Aún habría tiempo de evitar un desastre mayor. Aún habría tiempo de que recordara su responsabilidad moral y vital con el pueblo. Aún habría tiempo de que al menos el presidente, pensando en todo el odio y el rencor que pesa sobre él, quisiera transformarse, limpiar su karma. Aún habría tiempo para que, de no saber qué hacer, de sentir que esto se le fue de las manos, se fuera en una balsa, o renunciara a pesar de las consecuencias para él. Esas serían formas de ayudarse tras todo lo que ha hecho y tras todo lo que ha dicho.

Aún podrían ocurrir esas cosas, pero no ocurrirán. No ocurrirán porque ese presidente que nosotros tenemos es un fante. Es un pusilánime. Ese presidente no es un presidente.

UN MAL PRESIDENTE

FRENCY FERNÁNDEZ ROSALES

Me propuse escuchar y ver, varias veces, la declaración donde Miguel Díaz-Canel intenta argumentar lo injustificable e incita, si no ordena, a la violencia y al enfrentamiento por parte de las fuerzas militares, paramilitares y del orden interior en Cuba. Tras esto, me dediqué a percibir el rosario de errores y engaños que intentan, de modo cada vez menos inteligente, velar la realidad real, no la inventada por la propaganda de un lado o de otro:

Dice “el puesto a dedo” cubano que el Gobierno se preocupa por darle a TODA su población salud (son demasiados los ejemplos que muchos podemos ofrecer de cómo esto es mentira); que trata de buscar bienestar para TODOS (¿cuánta gente vive sin un pan viejo que llevarse a la boca?); que en medio de “esta situación” es capaz de tener programas y políticas públicas en función de TODOS (los programas conocidos son de carácter restrictivo; los de desarrollo se fueron a bolina hace mucho); aspirando a vacunar a todos con una fórmula cubana, porque sabían que nadie les iba a vender vacunas (el Gobierno tiene programas e intercambios evidentes con la OPS y la OMS, que hasta han sido cómplices de la explotación-esclavización profesional del personal médico, y eso trasciende las presuntas restricciones tras las cuales siempre se escudan para argumentar sus incapacidades históricas como antisistema); y porque aduce que Cuba no tiene dinero para comprar en el mercado internacional otras vacunas (sin embargo, sí podemos producir armas y accesorios antimotines y de comandos élites —algo confirmado por el viceministro ruso hace poco).

Miguel Díaz-Canel dice que todo es parte de una feroz campaña mediática de desacreditación, cuando el descrédito cubano es histórico: engaños a empresarios, inversionistas, corporaciones extranjeras, países con tratados comerciales con Cuba; incumplimientos de acuerdos y un largo etcétera de falsas promesas por el desgobierno cubano.

Insinúa que existe una unidad entre Partido, Estado y pueblo, cuando se sabe que el primero determina al segundo, y ambos no escuchan ni representan al tercero.

Dice que el enemigo quiere asfixiar y acabar con la Revolución, que está realmente asfixiada y acabada hace mucho, tal vez casi desde su comienzo, por tener inoculado el germen de la traición a los principios que la impulsaban.

Todo enmascarado en una gran mentira repetida y repetida a la sociedad.

Díaz-Canel irrespeta al pueblo cubano al decir que es un pueblo posiblemente confundido. Es una expresión de menosprecio a la sociedad a la que se debería deber.

Por otra parte, minimiza —herencia del megalomaniaco Fidel— las protestas que se están dando. De pronto surge una especie de “password” salvador en la palabra “revolucionario”. Si no eres “revolucionario”, eres un criminal...

Tras todo, la mentira de haber enfrentado desde su puesto de gobernante a una parte de esa oposición y del pueblo —en referencia a su “performance” en San Antonio de los Baños—. Ni enfrentaron, ni discutieron, ni dialogaron con quienes tenían que dialogar. Todo fue parte de otra “mise en scène”, una mala copia de la que tuvo como figura principal a Fidel Castro cuando el “maleconazo” de 1994. Pero esta vez, incluso con otros recursos mediáticos, el patetismo y el engaño revelaban las costuras de otra mentira mal tejida.

Ya está claro que nada ha ocurrido por la acción de “pequeños grupos”, ni por “cuatro gatos”, ni por unos cientos: son miles, miles in crescendo. La sociedad se hartó.

Están equivocados este mal gobernante y la mafia a la que representa: la calle siempre ha sido del pueblo. Los mal llamados “revolucionarios” ni siquiera se interesan por pisarla, ya no caminarla, como cuando en los años noventa (actitud que no cambió nunca, a no ser por un teatro político montado) un personaje como

Jorge Lezcano, que dirigía en La Habana dijo: “Hay que tener los pies bien puestos en la tierra”, mientras estaba montado en su flamante Lada 2107 de matrícula blanca, de los intocables de la cla-que política cubana.

La voluntad política para discutir, argumentar, conocer los problemas, participar con el pueblo en la solución de los mismos, reconociendo la verdadera causa de estos, fue evidente: a través de la respuesta de sacar las tropas élites con armas y recursos, lo que ha demostrado que es una pelea de león contra mono amarrado. Ese es el diálogo puesto en práctica para con el pueblo.

Díaz-Canel plantea que esta oposición no quiere salud para Cuba. Pero acá se trata de algo que va más allá del problema de la COVID-19 y él lo sabe bien, aunque pretenda tapar el Sol con su dedo. Incluso, el problema pandémico de Cuba es propiciado por medidas unilaterales del desgobierno que él dice dirigir: todo para ganar más dinero con el turismo.

A diferencia de la presunta confusión del pueblo, este personaje sí pretende confundir a quien escuche sus erróneas referencias sobre lo neoliberal; cuando el sistema cubano, desde los noventa, practica una extraña forma de neoliberalismo expresado en recortes de los beneficios sociales, educativos, de salud, incremento de la inflación, entre otras estrategias de capitalización centralizada por parte del Estado, por encima de la libertad de la sociedad. De hecho, lo demuestra la realidad: la sociedad cubana desde hace años es un “sálvense quien pueda”: los que tienen dinero son los que pueden acceder a “resolver” la salud y otros llamados beneficios sociales.

En juego de palabras entrampado, el “puesto a dedo” plantea que no entregarán la soberanía ni la independencia del pueblo. ¡Claro! La poseen ellos secuestrada desde hace mucho, se creen sus dueños.

La sociedad cubana, expresada en quienes están saliendo a las calles, defiende la necesidad de un cambio; un cambio es una renovación; una renovación es una revolución. Por lo que este mal presidente —que perdió su posibilidad histórica de convertirse en el adalid de una transformación necesaria— está diciendo una verdad a la inversa: es el pueblo el que está diciendo con sus acciones que “por encima de sus cadáveres”, pues Díaz-Canel y los suyos no ponen ni un pie en la escena caliente donde se está expresando el pueblo.

Usted, mal presidente, no está en calle alguna. No son ustedes los que están combatiendo, sino los sabuesos que tienen para eso y todos esperamos que un día abran sus mentes y espíritus delante de lo horrendo que están haciendo con sus congéneres. Mientras, parecen muchos porque se mueven en turba, pero son una minoría en comparación con el pueblo al que se deberían unir.

Ya no es argumento de peso culpar a Estados Unidos de lo causado por años internamente, debido a un sistema que no funciona como el de Cuba.

Niega hasta a la historia cuando se refiere a las estrategias de subversión ideológica para provocar desestabilización. Porque Cuba, con su sistema, sí ha sido un agente desestabilizador: esta Isla hizo de las suyas para extenderse en el continente bajo la fachada de la solidaridad y la liberación.

Con disparates, entrapas lingüísticos, ideopolíticos, que en el fondo no pueden sostener esta mentira llamada “Revolución”, amenaza y autoriza el empleo de la violencia de una minoría que traicionó a su pueblo, sobre una mayoría que es la sociedad necesitada.

La realidad ha demostrado que no poseen decisión, ni firmeza ni valentía: son cerrados, débiles y cobardes. Usted, mal presidente Miguel Díaz-Canel, no sirve a su sociedad: llamó a la guerra contra los suyos, mintiendo respecto a la realidad de los problemas. Son ustedes los primeros anticubanos.

11J: EL ESTREMECIMIENTO DE UNA NACIÓN

ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

I.

Inéditas protestas iniciadas en Cuba el 11 de julio (11J), extendidas durante tres días, constituyen una manifestación nacional por el número de ciudadanos implicados, la diversa composición de estos —desde la mayoría de los indicadores posibles—, la cantidad de ciudades y pueblos donde ocurrieron, y la amplitud de las causas y el horizonte de los reclamos.

Ello, a su vez, resultó un ejercicio directo de la soberanía popular. La generalidad de los manifestantes dejaba claro que no sentían representación en las instituciones públicas, llamadas a canalizar su soberanía (puesto que ella radica en el pueblo, no en el Estado, quien solo debe servirle).

Las manifestaciones fueron pacíficas, si bien expresaban furor, lo cual puede formar parte de acontecimientos de esta naturaleza. Sin embargo, no faltaron hechos vandálicos, pero fueron actos minoritarios, aunque el oficialismo pretenda sugerir lo contrario.

Otra cosa: el enfrentamiento con policías y la embestida a vehículos del orden, etcétera, no fueron sucesos vandálicos, sino respuesta obvia a la represión por parte de fuerzas policiales, que respondía al mandato gubernamental de enfrentar a “revolucionarios” y “mercenarios” a manera de combate.

Esto último, en primer lugar, convirtió una manifestación nacional cívica en un estallido social; y, en segundo lugar, provocó que

una manifestación iniciada con hálito de furor, culminará asentando en el país un espíritu de odio. Craso error que costará caro.

II.

Desde hace mucho tiempo evolucionaban en Cuba las condiciones para una expresión social de este tipo. El país ha ido adentrándose en una espiral descendiente de pobreza, desigualdad, desesperanza, polarización y hemiplejía política. Ello, en buena medida, no ha sido producto directo de las políticas de confrontación que gestionan poderes estadounidenses, sino de los temores del poder a la libertad, si bien lo anterior afecta de modo significativo.

El Gobierno gestiona los asuntos, pero siempre velando que la satisfacción del bienestar social y las demandas ciudadanas no pongan en riesgo ciertos dogmas ideológicos fundamentalistas que, definitivamente, solo conceden todo el control al poder y limitan la autonomía y potencialidad de las personas, las ideas, las oportunidades.

Esto, además, ejecutado con impericia, ha instalado una especie de asfixia social, con intensas y prologadas —aunque también serenas y pacientes— alertas provenientes de diversos sectores sociales que el gobierno no atiende, a veces con procacidad, e incluso reprime, cuando esto no basta para silenciarlos; lo cual se ha escalado en el último año.

Como consecuencia, desde hace tiempo se gesta una consideración general de hecatombe endémica; la sociedad comparte un ansia de bienestar que progresivamente se convierte en opción social, y los mecanismos del Gobierno para sujetar la autonomía ciudadana ya no ofrecen los provechos de otrora, por el contrario; aunque al parecer, los gobernantes cubanos no lo comprenden o no desean comprenderlo. De este modo, el propio Estado ha ido instaurando un escenario político signado por la noción de “ellos o nosotros”.

El poder ha sido incapaz de comprender que su mayor peligro no está aceptar las políticas de cambios, sino en frenarlas, detenerlas, reprimirlas, desarticularlas. Esta es la causa eficiente de la manifestación cívica del 11J convertida en estallido social, y el riesgo más sensible que actualmente padece la República, la nación.

III.

La dimensión de tales protestas indica la apertura de una época política. Mas la convocatoria oficial al combate civil ubica la probabilidad de un alumbramiento marcado por el dolor, la rigidez, el odio, la agresión y la venganza.

Al menos las multitudes que protestaron no reconocen legitimidad al Gobierno. Este, por su parte, se moviliza, pero no atiende los reclamos. Solo anuncia menos carencia de electricidad y la conformidad para que los emigrados provean a sus familiares de medicinas y alimentos. Nada acerca de reformas a favor de las oportunidades económicas, sociales y políticas imprescindibles para lograr el bienestar de todos y cada uno.

También advierte el enjuiciamiento de manifestantes. Queda por observar si se refiere a quienes cometieron actos propiamente delictivos, o al respecto posee un criterio extendido e ilegítimo. Si fuera solo a los primeros, igualmente habría que encausar a quienes desde los grupos oficiales cometieron delitos de violencia desproporcionada, lo cual dudo que acontezca. A la vez, muchísimos ciudadanos todavía padecen arrestos arbitrarios o desapariciones, sin posibilidades de protección judicial.

Tal vez sobrevenga una senda que conduzca a un “infierno ardiente”, o por lo menos a un “pantano horrendo”. Debemos revertir ese peligro, so pena de quebrantar la patria, acaso para siempre. Pero ello sería arduo, al menos, por seis convicciones.

Primera convicción: El poder tendría que disponerse a una apertura, y ello no corresponde a su naturaleza.

Segunda convicción: La sociedad necesita una opción sociopolítica —varias opciones— con horizontes sólidos que puedan ser apreciados por los más variados y amplios sectores nacionales e internacionales, incluso por segmentos cercanos al oficialismo.

Tercera convicción: Debemos asumir el diálogo y la concertación como recursos fundamentales para cualquier cambio, a pesar de que ello resultó deslegitimado en Cuba porque el Gobierno ha despreciado y quebrado tantísimos nobles esfuerzos en este sentido. Pero sería posible reivindicarlo como procedimiento, no a modo de finalidad, para lograr los cambios sociopolíticos necesarios, los cuales sí serían el propósito de toda concertación.

Cuarta convicción: Lo anterior exige una racionalidad de la política que evite lo emocional. Esto no implica convertirla en mero

calculo oportunista, sino en eficacia. Lo cual resulta únicamente cuando la razón soslaya las exaltaciones de los instintos, pero ancla en esa fuerza humana que solo proviene del corazón.

Quinta convicción: La política suele reclamar la negociación, entendida como el compromiso necesario para conseguir de conjunto el beneficio de los más diversos intereses sociales y políticos. Ello no tiene que funcionar para cada asunto cotidiano, pero sí en relación con las cuestiones fundamentales, generales, trascendentales. En nuestro caso, por algún tiempo, debería ser una pauta casi ordinaria.

Sin embargo, y aquí la Sexta convicción, hago una salvedad en torno a la negociación como principio. Para que el diálogo y la negociación no se conviertan en un despreciable calculo oportunista, deben orientarse exclusivamente hacia la protección y desarrollo de los fundamentos primarios de toda política decente. Por ejemplo, la libertad y los derechos humanos, la democracia y el imperio de la ley, el bienestar y la paz. Estos sí han de ser innegociables.

LA GUERRA DEL PUEBLO CONTRA EL PUEBLO

JULIO LLÓPIZ-CASAL

Lo primero que suele visualizarse cuando se piensa en alguien cansado, es un desmayado, un desplomado inerte, imposibilitado de actividad muscular y mental. Menos común es visualizar a un cansado como un rabioso, como alguien que lanza un grito, que asume una posición como respuesta a un estado de cosas que lo agota, lo ahoga y que no lo deja participar de su realidad.

En la mañana del pasado 11 de julio, cientos de personas salieron a la calle en San Antonio de los Baños coreando “Patria y Vida”, y otras consignas que responden —desde cualquier tono— al sentimiento de desesperación, a la frustración ante la incapacidad del Gobierno cubano para gobernar.

Desde ahí se desató la reacción en cadena que llevó a muchos, en más lugares de la Isla, a protestar, a pasar por encima del miedo y exigir los derechos más elementales.

Desde La Habana, muchos de mis amigos coordinaban para hacer lo mismo. Una vez que quedó esclarecido el lugar de reunión, mi novia y yo nos alistamos y partimos. A menos de cien metros de la salida de nuestro edificio, nos alcanzó un agente de la Seguridad del Estado, que nos amenazó directamente con la patrulla. Ya la señal de Internet apenas funcionaba. Sabíamos que la iban a cortar. Decidimos regresar para evitar un suceso violento que implicaría nuestra detención. Pasamos algunos mensajes y compartimos algo de la información disponible con el último “jadeo” de datos que pudimos atrapar, activando y desactivando el “modo

avión”, hasta que interrumpieron la comunicación completamente y nos quedamos rumiando impotencia, angustia e incertidumbre en nuestro apartamento.

Alcanzamos a ver algunos videos y fotos donde las “fuerzas del orden” (policías, efectivos del Ejército, agentes vestidos de civil) reprimían directamente al pueblo.

Afortunadamente, se mantenía el servicio de telefonía móvil, aunque no tuviéramos Internet. Hablé con algunos amigos que lograron llegar a las calles y narraban la brutalidad de las autoridades y la desproporción numérica entre los hostigantes y los hostigados.

Un puñado de agentes de las tropas especiales se abalanzaron sobre un hombre solo y lo molieron a golpes y bastonazos, mientras un par de agentes de civil se sumaban a dar patadas y pisotones...

Policías, Boinas Rojas, y agentes de civil, entran a la fuerza en una casa. Un Boina Roja empuña una pistola y apunta a alguien...

Todo está en video.

La gente, por cientos y cientos, tomando la calle: en Artemisa, en Víbora Park, Cárdenas, en Bejucal, en Santiago. De pronto choco con la instantánea, en contrapicado, de un muchacho con una bandera cubana agitada y parado sobre una patrulla bocabajo, en plena calle.

Mientras, desde la televisión cubana, funcionarios, periodistas y algunos artistas, insisten de mil maneras en que estos actos fueron aislados, llevados a cabo por minorías, y alentados desde los Estados Unidos por organizaciones criminales, con amparo de ese Gobierno y mediante tecnología de punta a través de las redes sociales.

El presidente designado Miguel Díaz-Canel, autorizó a las fuerzas del orden a emplear todas sus herramientas en función de reprimir el clamor popular, e hizo un llamado a la guerra civil, usando expresiones como “perder la vida” y “la orden está dada”.

Son impresionantes y terroríficas las imágenes de hombres y mujeres de las Brigadas de Respuesta Rápida armados con palos: muchachones, tipos maduros de pelo canoso, mujeres corpulentas con biotipo de atleta. Cerca de ellos está el personal uniformado: los policías, los reclutas del Ejército, los hombres de negro con escudos antidisturbios y rifles, para complementarse unos a otros.

Aquel sintagma de “La guerra de todo el pueblo” (con el que Fidel Castro se refería al estado belicoso en que mantuvo a Cuba), se transformó en “La guerra del pueblo contra el pueblo” de un momento a otro.

Los policías, Avispas Negras, Boinas Rojas, los miembros de las Brigadas de Respuesta Rápida y los agentes de la Seguridad del Estado, son hombres y mujeres como cualquier cubano, pero que decidieron poner un muro entre sí y el resto de sus conciudadanos. Contra ese muro chocan los cubanos; vale decir que el muro no es estático y avanza contra la gente para aplastarla.

Del otro lado de ese muro hay padres, hijos, madres, hermanos, primas. Poco importa, porque son personas que decidieron atacar y reprimir a sus semejantes (tampoco importa a cambio de qué), sin someter sus actos al más mínimo proceso racional o emocional.

Eso es la guerra del pueblo contra el pueblo: unos cubanos cumpliendo la orden de atacar a otros cubanos sin pensar; y esos otros cubanos diciendo, alto y claro, cómo se sienten mientras son reprimidos por ellos.

Mientras, un gobernante no gobierna: intimida y hace un llamado a que estas cosas sucedan. Porque como bien escribió Paul Valéry: “La guerra es una masacre entre gente que no se conoce, para provecho de gente que sí se conoce, pero que no se masacra”.

SOCIALISMO Y BARBARIE

DANIEL DÍAZ MANTILLA

Habría preferido que las manifestaciones del 11 de julio hubiesen sido estrictamente pacíficas, sin actos de vandalismo ni violencia policial, sin piedras, ni palos, ni patrullas volcadas, ni periodistas heridos, ni llamados a la intervención militar de países extranjeros, ni artistas lanzados como sacos de escombros a la cama de un camión, ni jóvenes presos por protestar contra un gobierno que sistemáticamente se ha negado a escuchar.

Me habría encantado que quienes exigían libertad y gritaban “Patria y Vida” —tanto como quienes vitoreaban a los líderes históricos y actuales de su partido único— hubiesen marchado por las calles ante la mirada atenta pero serena de las tropas antidisturbios, que el Presidente de la República hubiese conminado a los agentes del orden a evitar en lo posible el uso de la fuerza e invitado a los manifestantes a expresar sus demandas con civismo.

Habría sido feliz si las fotos y los videos que han ilustrado la noticia en todo el mundo no hubiesen contenido las expresiones de intolerancia y odio que hemos visto, tan duras, tan difíciles de asimilar; si después de marchar hubiesen regresado todos a sus casas sin represalias, sin heridas, con la certeza de que su voz —la de cada parte— había sido oída en un ambiente civilizado.

Pero sé que algo así es casi imposible. No tanto por lo inusual que ha sido hasta ahora una manifestación de rechazo a los sucesivos gobiernos del “período revolucionario” —o contra alguna de sus decisiones—, sino por la intolerancia de esos gobiernos a

la protesta, aunque esta fuese tan pacífica y silenciosa como las que protagonizaban domingo tras domingo las Damas de Blanco. Actos menos disruptivos del orden público, como un cartel alzado por un par de menudas ciudadanas, jóvenes y cultas, han recibido respuestas desmedidas. Y a todos se los ha tratado como “contrarrevolucionarios”, que en este país significa poco menos que “alimañas que merecen exterminio”.

Por eso, cuando vi las primeras imágenes de la manifestación en San Antonio de los Baños, antes de que cortaran la Internet y el presidente apareciera ante las cámaras, supe que habría represión. Es lo habitual.

Nunca imaginé, sin embargo, que la manifestación se extendiera hacia todas las regiones del país y lograra sumar a tantas personas. Esa magnitud es absolutamente inusitada y no se explica solo con las causas que ha enumerado la prensa estatal: el contubernio entre empresas y políticos de la Florida, la manipulación automatizada de las redes sociales, un puñado de anexionistas autóctonos y el cruel bloqueo estadounidense. Otras causas internas, como las penurias y la falta de información de algunos “revolucionarios confundidos” tampoco alcanzan a explicarlo, si tenemos en cuenta que el reclamo general fue de libertad y que los principales insultos se dirigieron al Presidente de la República y a su gobierno.

No imaginé, tampoco, que las expresiones de violencia alcanzasen tal intensidad. Ya había visto, en 1994, el célebre “maleconazo” con el que se ha comparado este nuevo suceso. Entonces hubo también saqueo de tiendas a las que la población no tenía acceso, y brigadas de choque integradas por civiles —constructores del Contingente Blas Roca, diestro en fabricar hoteles y propinar golpizas a los revoltosos finiseculares— e instigadas con astucia por las autoridades para calzar el conveniente relato de “el pueblo trabajador contra un grupúsculo de gusanos”. Pero aquel evento fue localizado y la instigación no fue pública, sino que se hizo parecer espontánea, aunque no dejó de elogiarse. Esta vez, por el contrario, el llamado fue a través de los medios masivos, con transmisión en cadena y reproducción en todas las plataformas informativas bajo control del partido: “La orden de combate está dada —dijo Díaz-Canel—, a la calle los revolucionarios”.

Y a la calle salió, a combatir contra la parte desafecta del pueblo, esa otra parte siempre leal al Gobierno, armada con palos y

pedras, junto a policías y brigadas especiales entrenadas en el arte de la guerra.

Lo que ocurrió después es todavía confuso. El escenario fue múltiple, simultáneo y no en todos los lugares el choque alcanzó igual intensidad. Poco a poco irá armándose el rompecabezas, si es que logra armarse totalmente. En cualquier caso, la reyerta de 1994 no es comparable en gravedad ni extensión con los enfrentamientos del pasado 11 de julio, ni estuvo precedida por meses de conflictos, llamados al diálogo y a la insurrección, alianzas y desavenencias, escaramuzas y detenciones, debates públicos y campañas mediáticas, como lo estuvo este. Tampoco es plausible que la salida de la crisis actual sea, como lo fue entonces, una apertura de la frontera y un éxodo masivo, aunque también ahora tenemos balseros. En cualquier caso, el éxodo demorará unos meses mientras la pandemia limita la movilidad.

Todos los medios del aparato propagandístico del Estado coinciden en el reproche de que las manifestaciones no fueron pacíficas y muestran los actos violentos de algunos delincuentes como si estos hubiesen sido la norma y no la excepción. Ninguno de esos medios se atreve a exhibir a las turbas de falsos revolucionarios apaleando a sus compatriotas. Aunque el NTV ha difundido sin asomo de vergüenza los testimonios de quienes salieron en pandilla a lanzar piedras en nombre de Fidel, hombres que muestran sus heridas como pruebas de heroísmo, convencidos de la legalidad de sus actos y dispuestos a volver a hacerlo porque “las calles son de los revolucionarios”. Nadie ha visto mal esa violencia.

Los peritos buscan a los instigadores del gran crimen, interrogan, hurgan en las redes sociales, en las cámaras, pero nadie fija su vista en quien dio la orden de combate. ¿Cuán pacífica puede ser una manifestación en esas circunstancias? Y todavía hoy los sindicatos han salido a recabar la lealtad incondicional de los trabajadores al gobierno. “Pa lo que sea”, dicen e intentan reactivar las Brigadas de Respuesta Rápida ante la posibilidad de nuevas protestas. Pero nadie se pregunta qué defienden, cuál es la distinción entre socialismo y barbarie.

Atónito, con dolor, incrédulo, leo las noticias, miro los videos, oigo los cuentos de primera o segunda mano que me llegan, advierto cómo se van posicionando ante este hecho inédito de nuestra historia las celebridades, los políticos del orbe, los vecinos del

barrio. Mi lealtad es con el pueblo, me digo, pero el pueblo está dividido. Mi lealtad es con el pueblo, pero ¿incluso con esos que descargaron un garrote contra el cuerpo de otro y se ufanan?, ¿incluso con aquellos que aprovecharon la ocasión para robar, o que dieron rienda suelta a su frustración lanzando piedras contra el cederista que también es pueblo? Mi lealtad es con todos ellos, sí, aunque no apruebe su actuación, y me desgarran: con los marginales y los doctores en leyes, con las madres que lloran por sus hijos detenidos y las que rezan por sus hijos policías. Cómo es posible ser leal a todos ellos, no sé, pero es posible de algún modo doloroso. Lo que no me es posible, lo que no quiero ni puedo hacer, es apoyar a esos que sin pudor echaron a pelear a unos contra otros para mantener su privilegio en la cumbre, y luego hablan de amor, de justicia, de distanciamiento para evitar el contagio.

Díaz-Canel ha declarado que “la Revolución no ofrecerá la otra mejilla” y me pregunto a qué mejilla se refiere, cuál ofreció alguna vez, de qué habla con imposturas de Cristo rencoroso, contra quién. Pido luz para mi pueblo y también para él, pero ni él ni su partido excluyente tendrán mi apoyo. Mi lealtad es con el pueblo.

DECAPÍTALO MADRE, TE PRESTO EL HACHA

RAY VEIRO

Hablaré desde la impotencia con la que cargo desde que nací, la misma que en los últimos días se ha vuelto insostenible. No tengo una mezcla de sentimientos, solo tengo esa impotencia que revienta mi presión arterial, mi cabeza, mi corazón.

Hablaré por última vez sin temor a los exégetas del hambre y a los arlequines de la justicia social.

Hablaré hasta por los codos porque uno ha pasado por mil cosas, como todos los cubanos de “a pie”, y termina explotando torpemente contra todo.

El 11 de julio salí en medio de la confusión con la única convicción de no quedarme en el alquiler, pasara lo que pasará: la calle era el lugar. Caminamos por San Lázaro en medio de un ambiente extraño, sabiendo que ellos estaban entre nosotros y en cualquier momento te podían cargar en una patrulla. Pasó un P5, desviado, con diez muchachos gritando “¡Libertad!”. Mi cuerpo solo atinó a aplaudir, como los demás cuerpos que vieron aquella belleza. La gente gritaba desde los balcones y se iban uniendo. Cuando llegamos a Galiano y Neptuno nos estaba esperando una turba al ritmo de “Yo soy Fidel”, y a quien no fuera “él”, le iban arriba con una rabia absurda.

No hablaré de la vergüenza que me produjo aquello; hablaré de la vergüenza que me ha producido todo lo que ha venido después. Yo siento vergüenza de ser cubano, cada día de este mundo. Sueño con irme a un lugar de la tierra donde no se hable de Cuba. Lo

siento, país, has hecho mucho daño, has desgastado cuerpos en la rutina del terror cotidiano.

Uno sale a la calle porque no tiene nada, absolutamente nada que perder. Que digan que eran delincuentes, que eran borrachos, que eran vagos, que eran sucios, negros y cochinos. Que se muerdan la lengua cada vez que lo digan porque ese es el único pueblo que conozco, el que trabaja más de ocho horas diarias, el que sostiene los privilegios de los “normales” que aún pueden ser felices en Cuba. Siento odio, sí. Es humano sentir odio cuando te han negado la dignidad hasta para morir.

En la calle, pensaba en la cantidad de veces que muchos cubanos decían de dientes para adentro que lo que hacía falta era romper las tiendas en MLC. Y ese día las rompieron, como rompieron los negocios en Chile y Colombia contra las dictaduras de derecha. No importa para qué lado sople el viento, las dictaduras aniquilan la h”umanidad. Y hasta donde he llegado a conocerme, aún soy humano. Las personas que rompieron las tiendas, lo hicieron solo después de que el presidente designado Miguel Díaz-Canel Bermúdez diera la orden de combate entre cubanos. No importa si tú eres comunista y yo soy anticomunista: las dictaduras, repito, aniquilan la humanidad.

En la calle, pensaba en la cantidad de veces que mi mamá dice que está cansada de trabajar; “Total para nada”, me dice siempre. Mi madre siempre quiso terminar su casa y aunque trabaja todos los días, hasta algunos domingos, el salario le seguía sin alcanzar para comprar un saco de cemento. La casa nunca acabará de construirse, estoy seguro. Ya mi madre está muy agotada. Ella me llamó en medio de la protesta, presintiendo esas cosas que imaginan las madres, no le contesté por temor a que no pudiera soportarlo. Y ahí llegaron ellos con palos, tonfas, armas cortas, armas largas; almas que se fueron al más allá, aunque digan que fue solo uno. Hay mil maneras de morir y una bala en una ciudad basta para destruirlo todo.

Corrimos, como Laura Pausini: alejándonos de todo, escapando del tormento.

Cuando llegamos a la casa empezaron a contarse los detenidos. No se sabía dónde estaba la gente; las estaciones policiales no daban información y aún se desconoce el paradero de algunos. Amigos, conocidos, amigos de amigos, de casi todas las provincias, desde menores de edad hasta mayores, sufrieron la violencia policial.

Mientras la gente compartía parrafadas sobre el bloqueo, injurias contra los “actos vandálicos” de los manifestantes y moralismos malsanos hacia los “disturbios”, yo solo podía mirarle la cara a esos muchachos que vi en un collage, la mayoría de mi edad. Tampoco me concentré demasiado en lo que decían los famosos y los académicos, porque no fueron ellos los que sintieron la necesidad de explotar en la calle. No necesito una autoridad que me diga que hay o no violencia en Cuba, yo lo veo todos los días aquí.

Algunos hablaban de esos “vándalos” delincuentes, yo solo miraba la cara de los presos, entre ellos la cara de dos muchachas: Neife Rigau y Nai Rodríguez. El testimonio de esta última, estudiante de FAMCA, todavía me deja sin habla:

“Yo estoy detenida desde temprano, en una especie de sala de juicio, junto con unas treinta personas, algunos heridos. La policía me esposó y me aguantó para que una mujer me diera golpe, (...) me metieron en la patrulla. La mujer es de estatura mediana, pelo negro, piel trigueña y tenía un pullover de la campaña de vacunación Abdala. Por si alguien ve a la tipa esa en un video o la identifica”.

Para mí no hay más o menos violencia aquí que en la Conchinchina. No hablo de ninguna otra realidad que no viva, desde la que cada día habito en Cuba puedo afirmar que hay violencia. Decir que en otros lugares hay más y minimizar la nuestra, como lo hace Bruno Rodríguez Parrilla, me parece cínico. Por otro lado, hay personas que puede que sepan toda la mierda que se vive en Cuba, pero no la viven: son cosas totalmente distintas. Una cosa te lleva a la frialdad, el romanticismo y la serenidad; la otra a la conmoción y a la desesperación.

Todos han hablado sobre lo que estuvo bien o estuvo mal el #11J en Cuba. Todos se han pronunciado, contratacado o guardado silencio (que también es una forma de comunicación). Sin embargo, el pueblo sigue burlado. El Estado jugó a la desinformación y ganó. Ahora dicen que los emigrados pueden entrar medicinas e insumos al país, como si no fuera suficiente cinismo después de tantos reclamos a los que hicieron oídos sordos. ¿Y los que murieron sin medicamentos antes de que se abriera esa brecha? ¿Y los que murieron por la soberbia del régimen?

Para colmo, al finalizar el día tengo que soportar que un familiar me diga que él salió a repartir palos a la calle. Un familiar que me dice que está feliz de que hayan ganado, que dice que todo el que no esté de acuerdo con la Revolución de Fidel debería irse del país. Respeto su opinión, aunque él nunca respete la mía, pero le pido que no se me acerque. Hablaba con mi mamá sobre esto y era muy difícil explicarle que el Estado me violaba. Tal vez si fuera un padrastro o un tío, mi madre sabría reaccionar a la violación: decapitando al abusador, como me lo juró tantas veces de pequeño. Pero ante el Estado la dejo desprotegida. Quiero que entienda que no es tan difícil.

Decapítalo madre, te presto el hacha.

A los que aún saben entender, sin aleccionar.

LA CUBA RELICARIO: SUSPENDER EL SILENCIO

MARIO RUFER

Me eliminaron ayer de un grupo de chat de colegas solo por decir que “el caso es más complejo y deberíamos tener respeto por eso que livianamente llamamos ‘pueblo cubano’, porque parece que es menos caricaturesco de lo que pensamos”.

Eso puse. No me avisaron y me sacaron. En ese grupo, claro, no hay ningún cubanx. Pero parece que fui un irrespetuoso de la Revolución (la que solo admite mayúsculas): la imaginada siempre de este lado. No me sorprende.

Hace rato que Cuba ha pasado a ser la vía de expiación de las culpas latinoamericanas, el relicario de lo que en nosotros mismos fracasó. Así ha funcionado parte de la izquierda dogmática continental: en sus cabezas Cuba aparece como reliquia (sin acceso a la historia), mientras en sus vidas el habitus del capital es experiencia cotidiana.

¿No hay otra forma de actualizar el proceso revolucionario? ¿Un proceso vivo y plural que denuncia al poder cuando este exige ante todo la voluntad de obediencia? ¿No nos enseñaron que esa era la diferencia entre Marx y Weber en sus teorías del poder, con tanta pasión, varios de nuestros profesores que tuvieron que exiliarse para no perder la vida y que veían en Cuba una esperanza? Era una esperanza. Porque en Cuba la única obediencia admitida era a la coherencia ideológica y no a la voluntad de poder ni a las rapiñas de la clase. ¿Qué pasa ahora que parece haber un amplio sector cubano, desarmado y pacífico, que sale a decir “señores, esto ha perdido la coherencia”?

Revisemos. Escuchen. ¡Escuchen! ¿Se nos olvidaron las teorías del poder en mano? ¿Les alcanzó a esos protestantes la falsa conciencia que ya habíamos arrojado al bote de los conceptos dogmáticos porque “el pueblo nunca es estúpido”?

Los mismos que nos enseñaron a pensar que todo hecho está multideterminado y que ningún acontecimiento admite un solo relato, ahora, antes de ver, antes de detenerse a revisar el paso de la historia por la teoría, expelen como autómatas: “es el bloqueo”. Punto. La respuesta antecede a cualquier imaginación. Un bloqueo que existe y que es un oprobio. Un bloqueo que es la muestra clara de que la deshumanización y la violencia constantes provienen del corazón del liberalismo. La muestra patente de la rapiña del mundo occidental y de los avatares del imperio (que por supuesto es tangible y nos condena diariamente). Un bloqueo que debemos seguir denunciando sin cansancio. Todo esto es innegable.

Pero esa respuesta que repite “es el bloqueo”, cuando no admite contradicción ni fisura, es también una respuesta que condensa, semióticamente, el bloqueo a la imaginación. Porque a menos de que acordemos que esa gente pacífica y desarmada son títeres del imperio, cuatro gatos que salieron porque sí, decenas de zombis que por una falla en el sistema crecieron a la sombra de la Revolución y se tornaron súbitamente imperialistas abyectos, a menos que aceptemos eso y sobre todo, aceptemos que en ellos, sobre sus cuerpos, la represión es “cosita menor”, a menos que aceptemos eso (y ojalá no), deberíamos hacernos cargo de algunas cosas: de que el conflicto interno cubano existe y ha sido desoído sistemáticamente por muchos de nosotros desde hace años; de que la que escasez y la depauperización en Cuba son flagrantes; de que quienes salieron a las calles no son el “devenir gusano” de una parte de la fruta, sino una de las expresiones históricas de la misma Revolución que defendemos y decimos respetar, una parte que ahora parece tener “algo para decir”.

Un algo que sostiene la diferencia y nos exige el interrogante. Hacernos cargo de que si enseñamos que la vocación política nace de un “venimos a contradecir”, quizás haya algunas cosas que debamos escuchar; hacernos cargo de que el bloqueo ominoso no puede ya ser el argumento comodín para un sistema que se apoya en prácticas autoritarias bastante conocidas y clásicas, las mismas que hoy merecen, por razones inconfesables, el revés de rostro de gran parte de la lucidez intelectual latinoamericana de izquierda.

¿El imperio está con las fauces abiertas esperando la caída de nuestro relicario? No tengo dudas.

¿El bloqueo impide la política soberana de una nación? Sería absurdo negarlo. Pero los que tenemos el hábito tozudo de soñar por las noches, sabemos que la imagen onírica no perdura a fuerza de nuestro deseo: ella se escapa porque enfrente está el Otro, que no se deja capturar. Lo primero que exige Cuba es no ser ya la reliquia estampada en la captura de nuestros sueños recurrentes. El pueblo cubano lo merece y la (r)evolución también.

¿Qué quiere decir hoy “Hasta la Victoria Siempre”? Frase potente y como diría Cortázar, gastada a veces por la repetición sin esfuerzo, por el letargo sin trabajo. Su uso liviano me recuerda al cuento de Tanjain, “Hagan silencio”: “(..) en el horizonte estoy poniendo el optimismo y la ceguera, mientras a mi lado sucede todo aquello por lo cual juré morir para evitarlo y denunciarlo. Pero me callo, respiro. El horizonte ciega, se ve allá lejos y convoca. Es rojo como un atardecer promisorio. Allí hay algo y sonrío. Hay algo allá. Hagan silencio, avancen”.

Si la metáfora espacial en la pregunta “de qué lado estás” aún es decidora, yo, como persona, como maestro en una universidad pública, como sujeto político de un espectro de las izquierdas, como varón homosexual, quisiera ponerme del lado que exige no hacer silencio, no repetir las consignas letárgicas sin el trabajo de resignificarlas, escuchar las protestas populares, pero no solo las que tranquilizan el costado oneroso de la culpa, algo tan habitual entre nosotros. Interrogar siempre, siempre.

“Pan sin terror” era un voto de la Revolución, nos recordaba en estos días Julio César Guanche. Y también nos recordó que esa promesa se ha roto. No quiero callar ante la represión en ninguna de sus advocaciones técnicas, por más roja y con R mayúscula de machos con que se pondere. La represión no admite atenuantes. No para mí. El llanto de una madre por su hijo desaparecido, tampoco. No lo admite en México y tampoco en Cuba.

Ahí la tibieza es hipocresía y mirar para otro lado es imperdonable. En todo caso prefiero defender la actualización de esa promesa revolucionaria, con r minúscula, con r bajita de popular, como un deber sustantivo de la política: quisiera ocupar la imaginación solidaria en estos momentos, la que escucha y la que duda, más que sostener los anacronismos que tranquilizan y el silencio que redime.

CUBA: ¿REVOLUCIÓN QUE SE VA A BOLINA?

HANS CARRILLO GUACH

Cuba ha sido noticia en todos los medios de comunicación a nivel global. Y es que las fuertes y masivas manifestaciones que se iniciaron el 11 de julio, tomaron por sorpresa a una buena parte de los/as ciudadanos/as de este mundo.

Preguntas recurrentes que me han hecho en estos días acá en Brasil, han sido:

¿Cuáles factores desencadenaron estas protestas en Cuba?

¿Qué futuro esperar después de estas manifestaciones y de la violencia incitada por el totalitarismo cubano para reprimirlas?

Intelectuales y académicos/as se han respondido tales interrogantes. Algunos, con argumentos desgastados donde el decano de toda esta crisis es el embargo o bloqueo norteamericano, como quieran llamarlo (me niego a reproducir esta miopía, dada la poca transparencia en datos económicos que puedan facilitar mejores evaluaciones de esta realidad en Cuba).

Otras tipologías de intelectuales y académicos/as también han ofrecido lucidas lecturas sobre las distintas realidades que encendieron la llama de estas protestas. Protestas que muchos/as cubanos y cubanas hoy vemos desde diferentes latitudes geográficas, pero ancorados/as en sentimientos comunes, mezclados, contradictorios: rabia, alegría, preocupación, miedo, impotencia, tristeza, etc.

Varios son los factores reconocidos por este último grupo de intelectuales y/o académicos/as cubanos/as. Otros factores también pueden ser acrecentados. Valen resaltar:

1. Sistemáticos controles punitivos y represivos de la sociedad civil.
2. Descontentos acumulados por décadas, relacionados a varias esferas de la vida cotidiana (participación social, educación, salud, transporte público, alimentación, vivienda).
3. Dolarización del acceso a bienes básicos de consumo y reajuste de precios en medio de la pandemia, lo que acentuó la desigualdad, la pobreza y las dificultades de la vida cotidiana.
4. No flexibilización de importación de insumos básicos, a pesar de la escasez existente en el país de estos productos.
5. Inversión en sectores inmobiliarios en detrimento de gastos sociales.
6. Desatención a políticas de apoyo a empresas de producción no estatal.
7. Mayor acceso de la población a Internet y a vías alternativas de información.
8. Pésima gestión gubernamental en la pandemia que, además de no negociar dosis con aliados como Rusia y China y rechazar participación en el mecanismo Covax [para distribución de vacunas a naciones con menores recursos], también desatendió la inversión en otras necesidades como insumos, infraestructura, y profesionales del sistema público de salud.
9. El colapso del sistema sanitario contrastó los discursos triunfalistas sobre la salud en Cuba.

Junto a todos esos factores, me gustaría poner en discusión otro elemento que me parece relevante, desde su condición complementaria e, inclusive, transversal a los mencionados detonantes. Este elemento es el acentuado desgaste de la legitimidad del gobierno autocrático cubano, entendida esta, básicamente, como fuerte convicción interna de la validez moral e ideológica del régimen y sus autoridades.

No es un secreto que el difunto Fidel Castro tenía grandes habilidades orales. Podríamos decir que era hábil para ejercer lo que desde la sociología clásica weberiana se conoce como “dominación carismática” (Weber, 1979). De hecho, estas habilidades pueden considerarse al menos uno de los factores comprensivos de los significados, los

usos, las delimitaciones de conceptos o consignas que, relacionados a ciertos contextos, tenían una fuerza aglutinadora (desgraciadamente, al menos para mí). Me refiero a conceptos y consignas como “revolucionario” y “Patria o Muerte”, por solo citar algunos.

Lo “revolucionario”, por ejemplo, entendido desde la perspectiva de los discursos oficialistas cubanos —no desde los enfoques de algunos intelectuales en la Isla— que, en la práctica, reducen el término al apoyo incondicional al régimen autoritario, durante mucho tiempo ha sido esencial para ejercer formas de dominación en Cuba. Una dominación que, aunque anclada de manera compleja en diferentes mecanismos, ha tenido objetivos comunes y cierta constancia en sus materializaciones: disciplinar los cuerpos y las mentes, mostrar el lugar de exclusión al que estarías condenado si andas a contramano de lo establecido. Hacerte creer que era normal-natural que te condenaran a ese lugar.

Pasaron los años y todavía veo las estrategias de dominación de los/as autócratas cubanos/as mediante el uso de las palabras “Revolución”, “revolucionarios”, etc.

¿Cuántos/as docentes, estudiantes, han sido expulsados/as de escuelas y universidades bajo esta farsante consigna?

¿Cuántas personas competentes han sido impedidas de ejercer trabajos y contribuir para el desarrollo de la sociedad, solo porque no se ajustan a lo que los tiranos entienden por revolucionario?

¿Qué decir del uso de esta palabra por parte del presidente/dictador Díaz-Canel para, violando la propia Constitución, incitar ataques contra el pueblo soberano que salió a protestar por la precariedad y la falta de libertades a las que ha estado sometido, mientras ve a sus gobernantes engordar cada día?

Las palabras “Revolución” y/o “revolucionarios” han sido utilizadas tan repetitivamente, que eran prácticamente incuestionables. Han sido eficientes herramientas para legitimar y orientar formas cotidianas de interacción social. En algún momento, estas expresaron lo que muchas personas pensaban, experimentaban y/o querían comunicar. O, en ocasiones, lo que muchas personas sabían que debían comunicar. Y aquellas para las cuales las mismas no tenían el menor sentido, por lo general eran discretas en la manifestación de esta realidad. Porque estas palabras cristalizaban historias colectivas que coaccionaban comportamientos. Lo “revolucionario” ofrecía posibilidades de uso respaldadas socialmente.

Sin embargo, la sobrevivencia de los conceptos y sus usos pasa por diversos procesos. Uno de ellos es la pérdida de sus valores existenciales y, en el caso de las palabras en cuestión, dicha realidad es notable.

Lo “revolucionario” hoy no sobrevive de la misma manera que en el pasado en buena parte de la sociedad, porque no retiene valor existencial. Esta expresión no mantiene sólidos vínculos con las funciones y experiencias cotidianas de ese pueblo cubano “de a pie”, que decidió gritar el 11 de julio de 2021. Para estas personas, la palabra “Revolución” ya no tiene la misma fuerza aglutinadora, porque contrasta con las cotidianas realidades. Y este contraste, que se produce entre la vida cotidiana de esa parte del pueblo indignada, y las realidades que se cristalizan al usar los términos “Revolución”, “revolucionario”, es una de las esencias del quiebre de la legitimidad con la que había contado el régimen. Esta legitimidad facilitaba que dichas palabras tuvieran sentido práctico y orientaran comportamientos, disciplinaran cuerpos en función de un apoyo a los modelos de sociedad defendidos desde arriba, pero no vividos allá arriba.

Algo cambió en la subjetividad de esa masa de cubanos y cubanas, y no soy el único que siente estas otras brisas. La autocracia cubana también las ha sentido. Algunos/as intelectuales y académicos/as cubanos/as también las han sentido y, por demás, han percibido que el totalitarismo igualmente las ha notado. Pero de la misma manera en que este ha sentido estos cambios, en cuanto señales anticipadas de un estallido social, también los ha ignorado, dicen algunos de estos/as intelectuales cubanos/as.

Yo discrepo muy respetuosamente de este punto de vista.

El régimen no ignoró esas señales. Apenas les interesó perfeccionar las estrategias de represión que pudieran pacificar cualquier estallido social, porque reconocer esas señales de la manera propuesta por muchos intelectuales, implicaría “abrir el dominó”. ¿Para qué escuchar esas señales y sugerencias de cambios si, en definitiva, tenemos el monopolio de fuerzas esenciales para ejercer el poder? “¿Tenemos capitales legislativos, judiciales, medios de comunicación, de producción, armas, apoyo del sector militar, gran masa de “selectorados influyentes” (Mesquita y Smith 2011), etc.!”; dirían los autócratas del Partido/Estado “comunista”. Apostaron a perfeccionar las capacidades de control y represión, en

detrimento de construir capacidades democráticas de resolución de conflictos y de desarrollo del país.

Esas apuestas, son las que explican los artículos 4, 5, 49, 56 de la armadilla constitucional de 2019. Son las que explican los recursos invertidos en las fuerzas represivas que atacaron el pueblo cubano (ropas, armas, carros), mientras la escasez de ambulancias y oxígeno en plena pandemia matan a cubanos y cubanas, entre estos, mi tío Pipo. Son las que explican la falta de combustible para el transporte público (y las propias ambulancias), pero no para los carros de los esbirros y los burócratas demagogos del Partido Comunista.

También, en el plano cultural, estas apuestas explican las desesperadas ordenanzas dadas a artistas de dentro de la Isla para crear canciones ridículas, en respuesta al éxito de la canción “Patria y Vida”. Una canción que incomodó porque percibieron que hacía mellas en dicha apuesta. Una canción que ha sido viral porque canalizó realidades que tienen sentido para una parte no desdeñable de la población cubana. Cumple más adecuadamente funciones existenciales.

La cúpula política sintió que le arrebataban, con una “cancioncita”, esas construcciones simbólicas que organizaban socialmente los sentidos y las emociones en torno a una realidad fértil para la reproducción de la hipócrita premisa del “hombre nuevo”. Digo hipócrita, porque esos hombres y mujeres de la burocracia cubana, que construirían la “Revolución” y que, ajenos/as a actitudes burguesas, antepondrían los intereses colectivos sobre los individuales, jamás han vivido esta realidad después del 59. Las familias de estos/as menos todavía.

En resumen, muchas dimensiones o realidades pueden ser consideradas para analizar las manifestaciones en Cuba. Pero el vacío en la legitimización de la autocracia cubana, debe ser una de ellas. No es posible entender estas protestas solo desde sus elementos prácticos y estructurales, sin pensar en las interdependencias de estos con elementos subjetivos. Estos elementos son importantes, incluso, para entender pasadas conductas del pueblo cubano y el régimen en general. También para entender lo que pudiera venir. ¿Cuáles son los habitus (Bourdieu, 1997) o figuraciones (Elias, 2008) que han configurado estos sucesos? Esta es una pregunta que tiene su tumbao, queridos/as amiguitos/as.

Y los más cómico-trágico de este asunto es que en dicha deslegitimación el propio régimen ha tenido un papel esencial, mediante discursos y gestiones que contrastan con la realidad.

Claro que las palabritas “Revolución” y “revolucionarios”, desde los sentidos oficialistas, todavía tienen un cierto poder sobre el comportamiento permisivamente autocrático de algunos grupos sociales, sea por coacción, conveniencia o estúpida convicción. Al parecer, demorará un poco para que Cuba pueda librarse de los Eichmann (Arendt, 2014) y los selectorados influyentes (Mesquita y Smith 2011) antillanos. Pero, al menos, ya es una ventaja este desgaste de las capacidades del totalitarismo cubano para inducir un proyecto hegemónico de la sociedad cubana.

Ese pueblo cubano que ha estado en las calles, armado únicamente con sus genuinas razones, podrá ser derrotado por las fuerzas represivas del Estado/Partido autoritario cubano; podrá, este Estado, conservar el orden autocrático e intentar calmar los ánimos con “pan y circo” (como parece estar haciendo con la liberación de importaciones de alimentos y medicinas sin fines comerciales); podrá, incluso, aferrarse al palo más cercano que les queda, que es gobernar con puño de hierro en una realidad donde, la Revolución que ellos invocan, ya era, como se dice en Brasil. No obstante, en adelante, serán tiempos de otras revoluciones. Serán tiempos de diferentes tipos de disputas entre posibles y diversos proyectos de la sociedad cubana, en medio de contextos de profundización de las acciones represivas por parte de ese totalitarismo cubano, traidor del soberano, de la Patria y de los propios ideales de libertad y democracia que cínicamente enarbolan.

Estos contextos existirán porque ya no les queda otra alternativa. El totalitarismo cubano ya no cuenta con la legitimidad que en algún momento tuvo entre masas significativas y diversas de la población. Ya no les funcionan correctamente las ideologías, la Historia, cualquier carisma, los procedimientos seudodemocráticos o la identidad nacional que pretenden fortalecer con un “Patria o Muerte”, para convencer a la población de que esos totalitarios son idóneos y de que el modelo que proponen es viable.

Por tanto, eso que hoy la cúpula oficialista llama “Revolución”, en sus sentidos simbólicos, afectivos y existenciales, que alguna vez aglutinaron a hombres y a mujeres, ya se fue a bolina para una parte sustancial de la nación cubana.

REFERENCIAS:

- Arendt, H. (2014). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo.
- Bourdieu, Pierre. (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Elias, Norbert. (2008). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Mesquita, Bruce B. y Smith, Alastair. (2011). *The Dictator's Handbook*. New York: PublicAffairs.
- Weber, Max. (1979). *Economía y Sociedad*. Tomo I. La Habana: Ciencias Sociales.

MIS PALABRAS A LOS CUBANOS

PEDRO MANUEL GONZÁLEZ REINOSO

Si pudiera dirigirme públicamente a algunos atentos coterráneos (de esos con los que convivo en esta Isla querida, y también a los que hallaron hogar fuera de ella), les diría pocas cosas que ya no supieran, o, al cabo (¡y hasta la punta!), supusieran.

Porque juntos —y revueltos— hemos transitado por períodos más o menos irrelevantes, escabrosos, y sumamente conspicuos. Todo ha sido cuestión de tiempos compartidos.

Hemos bregado, asimismo, desunidos y abrasados (con “s”), entre muy efímeras estancias terrenales, bajo el gris-populista del candor, o el flam(e)ante “sendero luminoso” que sin escrúpulos escogimos.

Hemos ido, de periplo en íterin, entablando polémicas succulentas, tendiendo a coloquialismos enrevesados, volatilizando puentes —“fermosos”, otrora construidos— con herrumbrosas disputas, e imponiendo sin ninguna sutileza jerarquías autárquicas tras repetidos descalabros.

¿De quién será la culpa —la culpita y la culpona? O mejor: ¿de quiénes?

Hemos venido confrontando, desde ópticas distintas, algunos intereses (los mediáticos, incluso) a veces lo bastante desencontrados (y sí; ¿por qué no?) e irreconciliables, como para hacerlos perdurar sin bastos enconos. ¡Miopes que somos!

Quizá, porque el suelo precisamente es el proveedor excepcional de la simiente nutricia, lo sabe bien el verdugo del hacha que cercenará los cuellos cuando le parezca útil u oportuno hacerlo; y

lo sabe además el que disiente de todas las ilusiones perdidas en el paraíso recobrado de esta feria de las vanidades, donde pocas horas restarán al laborioso ser común, siempre cabizbajo en su obsesión por hallar mendrugo, como para andarlas dilapidando en el cabrón firmamento.

Ante todo, y porque antepongo *matria* a *patria* —en mi afán psicodélico de equilibrar lo que han, con patriotero ardor, quebrado—, dividiría en grupos de coetáneos a los receptores de estos mensajes, por obvias razones de entendimiento.

I.

A los mayores habría poco que aportarles, dados sus vastos currículos personales; empero los más avezados, seguramente, ya andarán reajustando mentes y puliendo herramientas con las miras puestas en las transiciones inexorables que se avizoran.

Enfilados hacia estratos superiores del “adulto *modus vivendi*”, y puestos de conjunto en banderola (pero en la retaguardia), incluirán sin falta al sempiterno “factor esquivo” (vulgarmente conocido como “tipo corcho”), que adelantaría niveles de supervivencia individual en cualquier parte donde se someta a lupa, en cuanto el mero hecho de existir no haya devenido acto de desafío constante al poder investido atávicamente de “justicia social” y demás charlatanerías.

Máxime si se tratara, como hoy es el caso, de explorar el ocaso de una generación cuasi entera, desperdiciada miserablemente en vida. Por ende, indigna de descansar en paz sin haberse enmendado.

Pero los entes menos “normales”, así marcados por exhibir rasgos diferenciadores que no excluyen nunca a la inclusión despreciativa, echarán una revisadita —si es que aún pueden hacerlo— al tiempo en que sus sueños no les alcanzó para experimentar un proyecto alternativo que les cambiara radicalmente las perspectivas y la existencia misma.

E intentarán en masa “rectificar errores”, tal cual fuera el dictado inicu de quienes con negatividad tendenciosa desvalijaron al pueblo del más sencillo placer, con el cual solo se pretendía la sabrosa diversión. (Sin desvestirse por pundonor, aclaro, ni “cuquear” a la ideología).

Porque al final, todo se puede arreglar si se desea. Hasta el prestigio macerado por mandarnos a parar.

Les recordaría, además, que la historia ha hecho catarsis de cuando en vez frente a semejantes caprichos, pasajes “innecesarios” de la adusta contemporaneidad, en que los de abajo (dominados) des-enmascararon de un tirón a los de arriba (dominadores), revelando las ruindades de cierta “postura decisorial”, así como las ambiciones desmedidas que para con el resto de los mortales depararon aquellos “seres supremos” a pesar de haber alcanzado, mediante argucias, astucias —e ingenuas apoyaturas—, tan soberbia altura.

Ahí estarán, sin embargo (o precisamente con él), emancipados ya de múltiples crueldades y brillando para toda la eternidad: el político pacifista (Mahatma) Ghandi, desde la ultrajada, lejana y ajena Asia; el abogado Benito Juárez, de pie sobre nuestra cercana, hermana y sentida América; el sindicalista Lech Walesa, alentando a los braceros vejados en los muelles de la aún no-colonizada Europa; y más recientemente Madiba (Nelson Mandela), al centro del sa(n)grado corazón de la madre África, quien demostró a sus captores, con elegancia discreta, el valor de la verdadera independencia, invitándolos a yantar y gobernar con él, después de haberlo largamente masacrado.

Yo sé que es difícil superar a estos mártires de la honestidad y la valentía. Y también sé que se perdieron —o extraviaron momentáneamente— las míticas palabras “compasión, piedad, misericordia”, que antaño enseñoreaban el léxico del patio.

Pues mucho —o acaso poco— costaría intentar sacudir definitivamente el largo historial de dictaduras impuestas que ha sufrido esta isleta en tan breve curso, cual nave finita de madera aún verde, si no fuera por el ansia de aprovechar toda experiencia y convertirla en ganancia neta para el mañana. Labor de sabidichosos conserjes entrenados.

Para que nunca más se repita, sin doblar la página, ni ponerla en blanco, o borrarla concienzudamente, como algunos extremistas sugieren.

Porque mentándola a ratos, con la picardía típica de quien ha logrado superarla sin grandes traumas ni complejos, hará que el hastío que arrastre consigo el acto soberano de retrotraer hechos vergonzosos en nuestras vidas idas, funcione bien y consiga desdorarla, y hasta valga el goce.

Una pregunta final que invito a hacerse al conglomerado mayor de todos sería: ¿Dónde/cuándo/cómo fue que perdieron ustedes el innato

espíritu de rebeldía, en una nación urticantemente incómoda a cualquier tipo de autoridad despótica, para que luego en masa se adocenaran?

La enuncio porque conocidos y seguidores de la estirpe honrosa, se devanan hoy los sesos tratando de entender esta regresión a la apatía y al acomodo ramplón de las multitudes, cual suerte de oprobiosa cobardía.

A esos adultos moribundos les digo —yo, que no debiera por agnóstico hacerlo— que para llegar hasta este punto de inflexión impostergable, tuvieron que leerse panfletos anodinos y folletines a montones, indeseados o selectos, así que antes de terminar vuestro paseo por aquí debajo, creo que deberían de echarle una miradita furtiva al libro más antiguo del mundo: la Biblia (aquel presuntamente postergado por causas de proscipciones absurdas y urgencias fieles al dogma rudo; no existe constructo más antiguo y abarcador que ese). Por tanto: denle taller

Porque en él, con visión creacionista, se detalla la matriz utilitaria de las razas y las especies, pero a la par se desmenuza (minuciosamente) la artera calaña descuarejengadora que nos acompañaría por los siglos subsiguientes, disfrazada de humanitarismos y filantropías casi desde el principio también de las muy insulares eras imaginarias.

De él apre(he)nderían las (altas y bajas) pasiones, divinamente descritas, y del precio invaluable de ser liberados —al fin— de tanto prejuicio barato bajo opresiones fortuitas.

Ergo, de sostener que la familia fuera eterna e irrompible, se encargó a los dictadores, turnados aquí, el acto de demostrar lo contrario. Sin Palabras, pero con Hechos, tal cual aparecen sucintamente relatados en aquel compendio por capítulos.

O sea; “con la venia de la sala”(ción), que es lo mismo que blandir objetivo del aparato terrorífico creado para el control ciudadano, agazapado e indemne tras la escandalosa ilegalidad de un sistema grosero que imbrica lo económico-político-social en un todo que no pervivirá a perpetuidad aunque rezaran, porque ineluctablemente ya se autofagió.

II.

A los jóvenes y adolescentes les repito lo que, en modo insulso, les machacó zorrunamente la última de las dictaduras que padecemos por cuanta vía tuvo a mano: “No crean, lean”.

Si algo debiera ser defendido “hasta con los dientes” (y me guía desde lo alto el puñetero cliché) sería el derecho a vivir en plenitud, y con total civilidad, desmilitarizadamente.

Motivo de que unos cobardes frustrados antepondrían vi(cí-s)os tiránicos a “nosotros, los indiferentes”, sumidos en obras, tan sañudamente, que alardearían contentos de poseer armas cual medio de intimidación y burla típica de falanges ególatras. No lo permitan jamás; a ustedes tocarán preclaras auroras.

Quien nazca con vocación guerrerista, porque de seguro los habrá, que se agencie campo de tiro privado. Para que la fuerza armada esté regulada por lo civil y rinda cuentas.

El resto, desarmable y progresista, que vigile bien al enfermo de potenciales sanguinolencias y evite el venírsele encima de improviso, que no escape a su aire de esa área insurrecta limitada, ni salpique con su virulencia a alguien lelo, ajeno al zafarrancho.

El cuento de que las guerras y el predominio (auto)otorgado establecen la disciplina, mantienen la ley y el orden, ha resultado pavoroso, la excusa imperfecta para que cohechen el crimen y los odios, no a la raya, sino en plena guardarraya nacional, bajo la truculenta mentira de que son las ideologías totalitarias las que (al amparo de un irrisorio eufemismo) no hacen florecer a la corrupción y la desidia. Qué va.

Igual al teque del embargo, si no es el propio.

Los ejércitos son las plataformas que la ambición brutal forjó para lanzar a pelear al resto de los hombres (salvando el pellejo y guardándose las ganancias, aunque fuesen pírricas).

Son ellas las impulsoras de la bestialidad adquirida a fuerza de reiterar escuelas falsarias e importar impersonales doctrinas.

Si el “maldito dinero”, como lo nombrara en un rapto de sinceridad hipócrita el luego antimarxista Carlos Marx, siguiera siendo “la base de todo”, pues no olviden al connacional Eduardo Chibás, cuando, transido de llaneza y hartado de fomentar denuncias hueras frente a sus represores, les antepuso la vergüenza.

III.

A los niños, esa dulce entelequia, creciendo imparables en el mismo campo de las primaveras y los criollos ciclones, les recomiendo lo que no por trillado parecerá baldío:

Refúgiense en *La Edad de Oro*, de José Martí, no solo cuando sientan flaquear la esperanza que seguirán siendo, muy a su pesar.

Ni siquiera se detengan en *Abdala*, la obra teatral que no nos preservará de cierta compulsión a la revancha y el rencor. Inútil, por demás.

O al periódico *Patria*, el de los manifiestos defectuosos e impracticables pactos, aunque les vapuleen el alma con la enjundia triste de ocasión.

Quiéranse bien, déjense querer, y fustiguen sin tembar, con verbo límpido y la verdad delante, a quienes intenten coartar tales querereres.

Satisfagan la avidez del conocimiento devorando aquella revista contemporánea y universal que les recomiendo, aunque al hacerlo coincida con algunos diletantes elitarios u oficialistas, porque ella no fue pensada para confundir a esa infancia de biberones vacíos y pañales apestosos, sino alentarla con pluma y lumbre olorosas (de las que además alguna cabeza cochambrosa ha pretendido apoderarse).

Luego ya sabrán de otras obras descomunales y planetarias. Pero primero, Martí.

Si acaso, busquen más tarde camino a la pubertad, los artículos inflamados y jingoístas del “apóstol”, cuando andaba al frente de un partido soñador, siendo a la par miembro de otra secta plagada de preceptos éticos felices, dicho en el mejor sentido práctico, y sin ánimos de ofender a nadie.

Porque tempranamente han de sentir sobre sus cuerpecitos el peso terrible del patriarcado que nos ha acompañado desde la escritura misma del primer versículo y la ejecución de la primera estafa colectiva.

Lleguen a imberbes, si lo logran, políticamente desintoxicados de sus padres. Presérvense impolutos y campantes, tal cual arribaron a este mundo, y de ser plausible, propugnen empuñar algunas anarquías sin dejar morir las utopías.

Nadie es propietario de la verdad (excepto la menos absoluta) y nuestras presencias no alcanzarán para seguir a un único dogma. No digamos pues, a un líder enfermo de yerros y protagonismos bufos.

Déjense llevar por instintos naturales y sean todo lo aptos que se les permita, o lo que sean capaces de inventarse en el trayecto. Recuerden que lo mínimo vale.

No abandonen nunca el apego a los juegos y a fantasear de lo lindo... y también háganle espacio a lo feo. Que existe belleza en ello.

Porque esta será, de veras, la única oportunidad de elegir “llegar a ser”, de hallar lo aparentemente inalcanzable sobre la nave que, sin cesar, gira, gira...

Y va. (¡Oh! Federico Fellini).

Y seguirá. Y llegará. Adonde quieran ustedes.

No lo duden.

De corazón, les digo.

YO NO ESTOY CONFUNDIDA

JANE SCOTT

Me despertaron en pie de guerra, habían dado los primeros gritos en San Antonio de los Baños. La gente obstinada de la represión llenó las calles. Sus voces me erizaban, hablaban sin temor, con el llanto y la miseria de un país entero. Se empezó a sumar gente, saltó Palma Soriano, Bauta, Regla, todos esos barrios llenos de gente que vive hacinada. El país entero se hizo un reverbero, parecía surrealista. Mi abuelo tendrá que perdonarme, pero no creo en la Revolución por la que él juró su vida. Yo soy una más que dobla el lomo.

No puedo quedarme callada, no puedo sumarme a esa turba de silencio. Si tengo voz, tiene que servir para algo, más allá de cualquier convicción política. Cuba es mi tierra, mi país son los cubanos. Esos alzados, los que el Gobierno condenó como mercenarios, los “delincuentes” universitarios, la prole que no pudo resistir, los ninguneados, la voz que jamás se había escuchado en la historia, esos que están haciendo justicia.

Yo veo correr la sangre, siento madres llorando.

Una generación bulliciosa se está gestando.

Los jóvenes no tenemos miedo, fuimos directo a la transgresión.

Se nos sumaron ancianos, que también despertaron de tanto tragar a diario.

Después de tantos años de adoctrinamiento, por fin tenemos la respuesta que necesitábamos: sí podemos.

Aun siendo mudos, con todo el país sin acceso a Internet, las calles militarizadas, seguimos gritando por la libertad de aquellos desapare-

cidos. Yo misma me uní a la causa de Dina y Ariel, que ni los conozco, ni sé quiénes son en la vida real, pero me es suficiente saber que ellos hicieron lo que hicieron, sin que nadie los instigara. Ellos gritaron por mi libertad de expresión, es justo que yo grite por ellos ahora.

Nos queda claro que estamos desamparados, sin nadie que nos asegure protección, sin más líder que la rabia y el amor por la tierra donde hemos crecido.

Me queda claro que no veré a Cuba libre ahora, porque ninguna tiranía se derroca en dos días, mucho menos esta, que ha enseñado generación tras generación el culto a la cultura del disfraz. Hemos tenido sesenta años de murmullos. Sesenta años de gente que habla bajito, que no se ve apenas. Sesenta años de represión, por si las paredes escuchan y mañana no nos encuentran en ningún sitio. Hemos tenido suficientes tergiversaciones y violaciones a los derechos humanos.

Ya basta, me rindo. No quiero ser una más que se quede con el miedo en la garganta y por tal de proteger sus pequeñas conquistas, no saque las uñas por su gente.

No quiero que me obliguen a salvar una causa que no pedí. Como diría un buen amigo: "Una cosa es defender tus ideales, otra cosa es defender lo indefendible". Basta de cinismo, no puedo continuar el circo. El mundo entero vio como nos lanzaron contra armas y avasallaron nuestra Patria.

Nos enfrentamos a una enorme ola de desinformación y mucho ruido, donde el desgaste emocional ha sido devastador para muchos. No saber qué hacer después nos ha hecho flaquear en algún punto. Aquí muchos no sabemos de violencia, jamás hemos visto un arma, no sabemos qué reacción tener ante una agresión tan brutal como se ha visto en las calles. Aquí a todos nos ha comido los huesos el pánico, sí. En algún momento de soledad, las lágrimas han sido testigos de nuestra impotencia, sí.

Pero hemos sido tan valientes como para mantener en alto nuestro ideal. Nadie ha cedido, aunque cada vez cierran más el cerco.

Y sigo escribiendo a media luz, en esta ciudad sedienta. Que pide a gritos un poco de oxígeno. La Habana está ahogándose y yo estoy en la frontera, es un intento desesperado de encontrar mi libertad. Me voy moviendo por sus venas ácidas y corroídas. Y lloro en silencio. Yo no estoy confundida. Yo exijo verdad.

TRES VISIONES DESDE MIAMI SOBRE LAS PROTESTAS EN CUBA

GABRIEL GARCÍA GALANO

Hemos vivido en estos días momentos convulsos. Momentos en los que hemos elegido qué creer y qué no. Nos ha dolido y ha sido complicado asimilar no solo la respuesta desmedida del Gobierno ante el reclamo de un pueblo, sino como se han empeñado en camuflarlo todo en las redes.

La pandemia de la COVID-19, de la mano del embargo, aparecen como los principales culpables según la prensa oficial, a la que la prensa internacional ha comenzado lentamente a hacerle el juego. Ante el apagón de Internet, hacerle caso al Gobierno parece lo más “sensato”.

LA GENTE GRITABA “LIBERTAD”, NO “COMIDA”.

I. EL ALMUERZO

Me disponía a almorzar. Me quede rezagado por culpa de la lluvia y los tranques del Palmetto, donde concentraciones de cubanos estaban ejerciendo su derecho pacífico de presionar al gobierno de la ciudad y Estados Unidos para que se pronunciara sobre Cuba.

Pensé que iba a comer solo. Pero por esas cosas del momento, no fue así. Al lado mío se sentó ella. Blanca, pelo negro. Unos 40, quizás 40 y tantos. La resaca de una conversación grupal en el comedor nos embargó a los rezagados.

“De madre lo que están haciendo esa gente. No creen en nadie”. “No es fácil”, respondo en medio de un bocado; saber lo que otros piensan me apasiona, pero tampoco deseo hurgar en el dolor de la gente. No tuve que presionar demasiado.

“A causa de ellos no pude ver a mi padre más nunca con vida. La última vez que lo vi, estaba subiendo por las escalerillas del avión. Murió y no pude decirle adiós”, se arregla los espejuelos mientras se da un bocado.

Le comento que este estallido social (no pidiendo medicinas, sino clamando por el cansancio de tantos años), les ha tumbado la careta. Cada vez les será más complicado mostrarse como un país indefenso, cuando a palos defendieron su “derecho” a permanecer en el poder.

“Así es. Yo saqué a todos mis familiares; allá no me queda nadie. Han sido años muy duros”, dijo, y agregó otras cosas que no voy a reproducir porque sabemos cómo pueden calentarse estos temas, donde se habla con el corazón, sin medias tintas. Con la voz medio rajada, volvió a asegurar que no perdonaría jamás la separación de su padre.

Eso es lo que han logrado. Dividir familias. El dolor embarga a muchos a causa de una fractura creada que no se puede resolver ahora con curitas. Una herida que se suma como otra gota a las tantas que se han producido en estos días cuando se dio la “orden de combate”.

II. PALMETTO, COMANDO SUR, HOMESTEAD Y BRICKELL

Versailles no sería la única muestra de solidaridad con Cuba. A lo largo de la semana, muchas personas convocarían diversas muestras de apoyo en distintos puntos del Condado de Dade. Todos con un objetivo común: abrazar en la distancia a sus hermanos en la Isla.

Por esto, los que menos creen les dirán hipócritas, y el ejército de cibercombatientes les dará caza en las redes, para solo retirarse con el rabo entre las piernas cuando la respuesta, con evidencias de la represión, no se hace esperar.

Nos dirán que no nos duele, que de lejos se ve más bonito, como decía Habana Abierta. Pero se ha asumido que es la única manera de hacer. Protestar, solidarizarnos. Así se cerró una de las principales *expressway* de todo Miami. Bajo la lluvia. Mojados y descalzos. Ya luego se lidiará con los catarros. El llamado de atención a lo que pasa en Cuba, es más importante.

La misión de la comunidad cubana fuera y de quienes apoyan la causa de nuestro pueblo se hace evidente. Ante la negación por parte de La Habana de lo que está ocurriendo, incluso cuando sus aliados de Venezuela dicen que “la gente celebraba la Copa América”, hacer presión para visibilizar lo que está pasando es lo menos que se puede hacer. Muchos se han unido para ello. Muchos están perdiendo su voz para dársela a los que a 90 millas están presos, desaparecidos o sufriendo.

Sobre el tema del apoyo, una salvedad. Se está manejando mucho el tema de la intervención militar. Es uno de los mensajes que, en mi opinión, transmitió la concentración en la sede del Comando Sur y lo que muchos han gritado en Washington.

Ojo con esto: a pesar de que con la actitud que ha asumido el gobierno de Díaz-Canel, la sangre nos hierve a todos y quisiéramos que un misil desintegrara el Comité Central, deberíamos pensar en dos cosas: 1) la amenaza de intervenir le estaría regalando a la cúpula la excusa necesaria para poner en práctica el llanto de siempre en la ONU y seguir justificando la retórica de que Estados Unidos es el vecino “malo malo”; y 2) por una vez, hay que pensar en el pueblo y nuestras familias.

Hay quien no tiene nada que perder..., pero para muchos no es el caso. Y ese mismo misil que acabaría de un trazo con un edificio gubernamental, también caerá sobre la casa de un civil o un hospital. Más hacia adentro, tenemos familia en Cuba. Piensen en eso.

No obstante, hacer presión para que la comunidad internacional llame a contar a Díaz-Canel y los suyos, no tiene nada de criminal. Ya hemos visto de sobra su pataleta hacia afuera, mientras apalean hacia dentro. Ayer, volvieron a burlarse de los cubanos en todas partes: se acabaron los límites y aranceles. Y me pregunto si eso no podía haberse hecho antes, en vez de esperar a que el pueblo cansado saltara a las calles. Una muestra más de cinismo por la que deberían pagar.

La libertad de un pueblo, no cabe en una maleta de 70 kilogramos.

III. LA CONCORDIA, LA PAZ Y LA UNIDAD

Muchas cosas se han roto en Cuba durante estos días. No solo el silencio, las caras o las cabezas. Sino algo más hacia interior: se está rompiendo la sociedad cubana. Se están quebrando nuestros lazos.

Díaz-Canel dio la “orden de combate” y mandó a la calle al “pueblo revolucionario”. Su pueblo, el del señor gobernante, no fue más que un ejército de Boinas Rojas y Boinas Negras, apoyados por Brigadas de Respuesta Rápida armadas con palos y cintos.

Ahí, puso a padres contra hijos, a tíos contra sobrinos, a vecinos contra vecinos, y a colegas de trabajo a agredirse unos a otros. Una orden dada en televisión nacional, con todo el descaro del mundo, mientras se intentaban esconder las golpizas a capa y espada...

Luego salió llamando a la no violencia y el entendimiento, cuando demostró al mundo que el único diálogo que está dispuesto a ofrecer es el de la mentira y los palos. En su debido momento deberá responder por esto. Porque el pueblo no se debería olvidar de semejante traición.

Moler a palos a un pueblo desarmado, por orden de su dirigente, un pueblo que no tiene derechos en su propia casa y lucha por ellos, no es más que traicionar los ideales que luego levantan para suturar las heridas de las tonfas policiales. Martí los mira con pena.

Más allá de la ruptura de cualquier tipo de empatía pueblo-gobierno, esto solo ha ayudado a fraccionar más las relaciones entre la emigración y los que permanecen en la Isla. Los silencios, las estupideces y lo pasional, impulsados por el sufrimiento y la falta de cultura política de un pueblo al que se le enseñó a obedecer y no ha pensar, son los aliados de turno del Gobierno, que nuevamente parece acomodarse después de la violenta sacudida.

No olvidemos que en Cuba hay gente con miedo. Gente amenazada. Gente que tiene trabajos y cargos que cuidar porque son el único sostén de sus hogares, y gente que, simplemente “no está para nada”, porque prefieren que otros echen la pelea por ellos. Pero esa misma gente deberían tener un ápice de decencia y decir NO cuando los manden a golpear a sus coterráneos. Deberían tener al menos dos dedos de frente para no negar lo que ha sucedido, y achacarlo a “bandas de delincuentes”, porque sabemos que no ha sido así. Y ver a conocidos haciendo estas cosas, no ha ayudado en nada a ninguno de los dos lados del charco.

Es el momento de unirnos, eso sí. Unirnos los de allá y de acá por el objetivo común. Piensen en el video del hombre que, respaldado por un pueblo, va contra el cordón policial y dice que “nadie lo va a tocar porque el va para su casa”, y nadie lo toca. Nosotros somos el pueblo, y Cuba es nuestra casa. Unámonos y vayamos a ella.

LA FAMILIA CUBANA TRAS EL 11J

CARLOS LECHUGA

Amanezco con un mensaje de mi prima pidiéndome que borre el post en donde le digo asesino a Díaz-Canel. Al mismo tiempo, mi tía me escribe porque están recogiendo a la gente en sus casas por lo que dicen y por la manera en que lo dicen. Enseguida las bloqueo a las dos de todas mis redes sociales.

Un socio me recoge en su carro y nos vamos para Playa. En el camino me encuentro a uno de los jóvenes que estuvo en la sentada del ICRT y paramos el carro. Me bajo, le doy un abrazo, conversamos. El chico viene acompañado de su madre y su hermana. Me imagino la preocupación que deben sentir. Seguro que van rumbo al mar. A coger un poco de aire.

Volvemos al carro y mi socio me dice que se le había olvidado, pero que tiene que llevarle un medidor de la presión a una amiga de su mamá. Acabamos visitando a una mujer de unos 60 años, que nos recibe con mucha calma y que nos hace pasar a una casita que parece un jardín botánico.

Nos sentamos en unas sillitas rodeados de helechos y cactus. La mujer, poco a poco, empieza a perder la calma y se altera. Habla con mi socio sin mirarme. Está muy preocupada: tiene una hija en Camagüey a la que pueden botar del trabajo por participar en el estallido, y su hijo varón, acá, salió a la calle con un cartel y ahora no para de poner cosas en Facebook.

Mi socio trata de calmarla, pero la mujer se pone muy mal. Los ojos se le mojan y la voz se le rasga. Ella no entiende como su hijo

defiende a la gente que le lanzó piedras al hospital infantil. Enseguida me doy cuenta de que la mujer se cree todo lo que dice la televisión nacional. Como a muchos padres y a muchas madres, le han lavado un poco el cerebro. Hay una cuestión generacional también. La señora nos dice que no quiere ver a su hijo (que por suerte lleva días sin pasar por ahí), porque cuando lo vea le va a entrar a golpes, como si tuviera cinco años.

Intervengo, le digo que todas las madres están muy preocupadas, pero le pido calma: tiene que ser inteligente, en este momento su hijo la necesita, ella no le puede dar la espalda. La mujer no entiende, se levanta y niega, no puede meterse en la cabeza como es posible que su hijo la ponga en riesgo a ella y a su esposo.

Ellos no son nadie. Son dos obreros. Gente trabajadora que no tienen ningún tipo de palanca ni conocido en el Estado. Si el gobierno decide ir contra ellos se les jode la vida. Ella no entiende como su hijo puede hacerles eso. Es una especie de traición. Ella sigue hablando y nos dice que no tiene problema con que se haya manifestado, pero que ya, que no ponga más nada en las redes.

Por un momento no la escucho más y me pongo a mirar el entorno. Miro un helecho, el cactus, me imagino al hijo de la mujer. Un muchacho con menos de 30 años, que quizá está quedándose en el alquiler de algún otro amigo. Un muchacho que está claro con lo que pasa. Que quizá no tiene la paciencia o la forma para explicarle a la madre qué es lo que realmente ocurre. Un muchacho que cuando regrese a su casa se va a sentir más solo.

Este chico cuando toque a su puerta no va a recibir un abrazo. No. Se va a tener que enfrentar al miedo, la incomprensión y cierta rabia de su madre, que no entiende porque está haciendo todo esto. Tendrá que luchar contra su propia rabia. Su malestar por ver a su madre que no tiene ni un peso, que no tiene donde caerse muerta, y que así y todo sigue defendiendo esto y creyéndose lo que dice el Gobierno en la televisión.

Regreso a la realidad y veo a la mujer y a mi amigo hablando de las posibles repercusiones de todo esto. Nunca pensé que esto pudiera pasar así. Por años uno ha pensado en cómo sería el momento del cambio, pero el día 11, esto nos sorprendió a todos. ¿Qué es lo que viene ahora? Una solución es irse del país.

¿Qué va a hacer este muchacho si no encuentra refugio ni siquiera en su hogar? ¿Cómo regresar de todo esto que se ha visto

sin odiar? Después del día 11 es difícil seguir viendo el país como antes. Es difícil confiar en el bodeguero, en el vecino. No sabes quien dio golpe y quien no.

Este muchacho y su madre tienen un camino complicado por delante. No es fácil sentarse a hablar, y un quiebre total puede ser desgarrador. Me lo imagino de aquí a unos años afuera, en un lugar nevado, recibiendo la noticia de que su madre murió.

¿Qué hace que una madre no entienda de esa manera a un hijo?
¿El miedo?

Prendo el teléfono a ver si volvió el Internet y veo varios comentarios: “Le dije a mi viejo asesino. Mi mamá se quedó atrás. Todo lo que veo a mi alrededor es separación y más separación”.

Después de aquello de hace mil años de que a los familiares en el extranjero no se les escribe. O lo otro de que si tenías un padre religioso tenías que contarle en el Partido. Después de esos cuentos del pasado, no imaginé que la familia cubana se podía separar aún más.

Mi táctica con mi madre es bien sencilla: cuando la escucho hablando de cosas del noticiero, trato de corregirla, de contarle lo que realmente pasa, de enseñarle otra visión. No creo que yo tenga más razón que ella, pero lo que sí no puedo permitir es que alguien que no conviva con nosotros nos separe.

Le dejamos el aparato de la presión a la señora. Ella le pide a mi amigo que la ayude y le tome la presión.

Veo a mi socio tomándole la presión. La mujer sin su hijo. Me imagino al hijo, bajo este sol, caminando en la calle buscando una caja de cigarros o algo para comer. El hijo sin su madre.

En la televisión, el discurso victorioso continúa. La Revolución no fue mancillada por el enemigo imperial. Estados Unidos perdió esta vez.

No entiendo qué se celebra. El peor enemigo que tiene la familia cubana en este instante es el propio Estado.

La única intervención militar fue la del Estado contra su pueblo.

Ahora nos espera una larga resaca, donde la poca humanidad que nos quedaba va a ser puesta a prueba una vez más.

Afuera el sol quema. La calle árida y reseca me deja ver unos espectros. Una especie de seres humanos. Pueden ser hijos, pueden ser padres. Algo se ha roto bien fuerte.

El Gobierno puede salir en la televisión diciendo que el cielo es de terciopelo y que la calle está llena de diamantes y, así y todo,

la gente se lo va a creer. No todos. Pero algunos sí. Es más fácil seguir las órdenes que ponerse a pensar, que disentir.

Al final, la mayoría de la gente lo que quiere es eso, no meterse en ni un problema más y esperar a que pase el tiempo. Da igual si la familia se destruye. Da igual si no tienes una certeza con la comida, con la salud.

Por suerte mucha gente si está atenta. Uno de los objetivos más importantes que los cubanos y las cubanas tenemos en este momento es no dejarnos separar más.

No podemos permitir eso. Hay que luchar cada día y cada segundo por romper esa brecha generacional. Porque el abrazo materno todavía esté al alcance de la mano. Porque nada ni nadie, ni ninguna amenaza o miedo, nos separe de nuestros viejos.

Si logramos eso, ya vencimos.

LA ORDEN ESTÁ DADA

TED A. HENKEN

Existe una batalla en curso por el futuro de Cuba en sus calles, fruto de otra más larga, que comenzó *online* y continúa hoy, a pesar del apagón virtual de Internet por el Gobierno en días posteriores a las protestas del 11 de julio.

¿Quién controlará la revolución digital de Cuba?

El presidente cubano Miguel Díaz-Canel, como una reacción a la ola sin precedentes de protestas callejeras antigubernamentales (originadas por años de represión política, falta de libertades fundamentales, escasez de alimentos, medicinas, y un elevado índice de infecciones y muertes por la Covid-19), se lanzó a la Televisión Nacional, donde catalogó a los manifestantes como “mercenarios”, “contrarrevolucionarios” y “gusanos” que actuaron a instancias del gobierno de los Estados Unidos. Asimismo, declaró que “en Cuba, las calles son de los revolucionarios”, y que los manifestantes “tienen que pasar por encima de nuestros cadáveres para conseguir sus propósitos”.

Por si este lenguaje incendiario no fuese suficiente, el sucesor “puesto a dedo” de los hermanos Castro, quien fuera considerado en algún momento como una figura moderna, con visión de futuro por su relativa juventud (61 años, frente a los 90 de Raúl Castro), hizo saber a los “revolucionarios” cubanos que tenían su respaldo. Incitando de esta forma a la violencia y alentándolos a enfrentarse con los manifestantes en las calles: “Estamos

dispuestos a todo para detenerlos”, dijo, y prosiguió iracundo: “estaremos en las calles combatiendo”, “estamos convocando a todos los revolucionarios del país, a todos los comunistas, a que salgan a las calles. La orden de combate está dada. ¡A la calle los revolucionarios!”.

Las marchas del domingo, las confrontaciones con la policía, los gritos de “Libertad”, “Abajo la dictadura” y “Patria y Vida”, han sido el foco principal de la cobertura mediática. Pero si queremos comprender mejor lo ocurrido y cómo llegó a pasar, debemos mirar —además de las calles— las redes sociales y —además del espacio público— el ciberespacio. Es en esta intersección donde yacen las raíces y posibles frutos del levantamiento cubano.

Por supuesto, hablar del potencial “democratizador” o “revolucionario” de Internet pasó de moda en la mayoría de las democracias occidentales, debido a la absorción de grandes franjas de la web por las compañías tecnológicas, acompañado de un modelo de negocios que se basa en la minería de datos personales para el enriquecimiento privado, y sirve como plataforma irresponsable para *fake news*, distracción cívica y desconexión, así como para la polarización política.

Sin embargo, en contextos autoritarios como Cuba, donde el Gobierno ha monopolizado por décadas los medios de comunicación y convirtió el periodismo en propaganda, un acceso a canales de información y comunicación sin filtros, puede realmente inclinar la balanza de poder en formas pequeñas, pero poderosas.

Sí, me refiero a los gigantes de las redes sociales Facebook, YouTube, Twitter e Instagram, que si bien están plagados de pseudociencia antivacunas, videos de mascotas y *selfies*, también permiten las “directas” (término cubano para transmisiones en vivo), verdaderas “culpables” detrás de la viralización de las protestas en Cuba a partir del 11 de julio, sin necesidad de que mediara una organización o autoridad coordinadora central.

Igual de importantes son las plataformas de mensajería directa como Facebook, Messenger, WhatsApp, Signal y Telegram. De hecho, en los últimos meses, activistas y periodistas independientes cubanos han migrado de Messenger hacia estas otras tres aplicaciones, debido a que su encriptación permite

una comunicación más privada y una coordinación imposible de rastrear.

El uso innovador que han hecho los cubanos de estas plataformas digitales en dos años y medio (desde que ganaron acceso por primera vez a los planes de datos móviles en diciembre de 2018), cargó las comunicaciones horizontales, conectándolas ampliamente al descontento ciudadano y a la emergencia de grupos de la sociedad civil como el Movimiento San Isidro (#MSI) y el 27 de Noviembre (#27N). Erosionando así, los dos pilares claves para el control de la información, esenciales para la supervivencia de regímenes totalitarios: miedo de las consecuencias de decir la verdad al poder, y el aislamiento de otros que albergan frustraciones similares.

Lo que presenciamos en Cuba es, en efecto, más complejo y dinámico que cualquier mal llamada “Revolución” (o contrarrevolución) de Facebook y Twitter. Pero el elemento que más la distingue, permitiendo que las demandas y frustraciones ciudadanas largamente acumuladas estallaran en las calles de más de 30 ciudades y pueblos cubanos, es la existencia de un catalizador digital ampliamente disponible: el acceso al Internet móvil que permite la comunicación en cualquier lugar/momento y coordinación directa en tiempo real entre cubanos en la Isla.

Es decir, aunque el papel del Internet de conectar a Cuba con el mundo y en especial con la diáspora es importante, el hecho de permitir una comunicación horizontal entre cubanos en la Isla, como quedó demostrado por la magnitud de las protestas, es fundamental.

Esto explica por qué Etecsa, el monopolio de telecomunicaciones del Gobierno, una vez más ha desconectado temporalmente el servicio de Internet, como ha hecho en repetidas ocasiones este último año: para prevenir la propagación del virus del desafiante disenso público entre los 4.2 millones de cubanos (40 % de la población) que ahora tienen acceso a las redes a través de teléfonos móviles. Y además, para lograr desactivar movimientos de protesta más pequeños, pero cada vez más desafiantes e inflamables, como por ejemplo, las dos reuniones masivas de artistas e intelectuales jóvenes frente al Ministerio de Cultura de Cuba los pasados 27 de noviembre de 2020 y 27 de enero de 2021.

Estas protestas tienen como antecedente en 2019 la marcha independiente a favor de los derechos LGBT y una protesta en defensa de la SNET (#YoSoySNET), comunidad organizada de redes locales de *gamers*, coordinadas también a través de redes sociales.

De hecho, luego de la marcha LGBT en mayo de 2019, Norges Rodríguez, director de la revista digital independiente *Yucabyte*, declaró al *Washington Post*: “Cuando las autoridades empezaron a arrestar personas, estaban buscando un líder”. En esta fecha, seis meses luego de su lanzamiento, alrededor de 2.2 millones de cubanos ya accedían al servicio de Internet móvil, lo que constituyó un “gran paso adelante que está dando lugar a una nueva clase de internautas, que se están organizando alrededor de causas y movimientos sociales de una manera que no se veía desde la revolución cubana”.

Reportes de la prensa independiente cubana, indican que mientras algunos han logrado acceder a Internet de manera intermitente desde Nauta Hogar o un punto Wi-Fi, en las 48 horas posteriores a que el Internet fuera cortado, justo después de las 4:00 p.m. del 11 de julio, los datos móviles (forma de conexión más dinámica, extendida, y la más amenazante para el Gobierno) no están disponibles. De hecho, mis repetidos intentos en días recientes de contactar con un número destacado de periodistas independientes dentro de la Isla, quienes aún no habían sido detenidos por la policía, resultó en un inusitado silencio radial.

Un reportero autodidacta, que se las ingenió para responderme usando un punto Wi-Fi desde un parque público en La Habana, me advirtió:

“Tan pronto como la dictadura se oriente, van a empezar a cazarnos uno por uno. Tienen patrullas pasando por los parques con Wi-Fi en las noches para que nadie se conecte. Por favor, no nos abandonen”.

Además, un *blogger* de tecnología desde Santiago de Cuba utilizó Twitter para enviarme este mensaje:

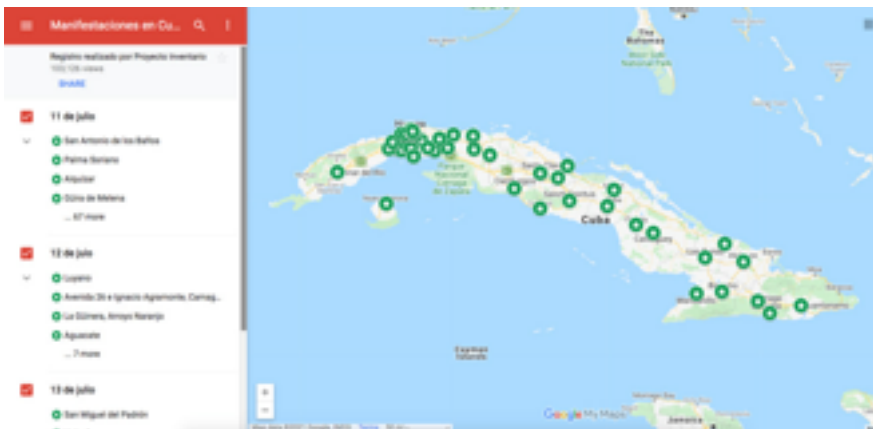
“Aún hoy hay cortes de Internet en todo el país, se necesita VPN para acceder a cuentas sociales, era de esperarse. Sucede cuando el Estado es dueño de la única empresa de telecomunicaciones. ¿Alguien más duda de que aquí se vive en dictadura?”.

Y cerró su mensaje con el siguiente gráfico que capturó de la página de monitoreo de tráfico de internet Kentik:



Otro periodista independiente, que ahora trabaja desde Miami para [Inventario](#) (un innovador proyecto de periodismo de datos que sigue la pista a la represión del Gobierno cubano y a los cortes en el tráfico de Internet), indicó que el apagón lo separó de sus colegas en la Isla. “Lo peor ahora mismo”, lamentó, “es que tenemos muy poca información acerca de lo que está ocurriendo dentro de Cuba y casi cero acceso a nuestras fuentes”.

Aun así, él y sus colegas, trabajando diligentemente en las últimas 48 horas con los videos publicados en Facebook y YouTube desde Cuba antes del apagón, consiguieron producir este mapa interactivo de los alrededores de 100 lugares a lo largo de la Isla donde ocurrieron protestas filmadas.



En la década que ha transcurrido desde la Primavera Árabe, los gobiernos autoritarios desarrollaron un arsenal de respuestas insidiosas para contrarrestar el desarrollo de lo que Zeynep Tufekci acuñara como “esfera pública digital” en su libro *Twitter and Tear Gas: The Power and Fragility of Networked Protest* (2017).

Simultáneamente poderosas y frágiles, dada la ausencia de una estructura o autoridad, su naturaleza distribuida y su base en vínculos débiles, los movimientos sociales organizados en Internet confrontan regímenes que usan la naturaleza caótica, abierta, y “libre” del Internet contra sí mismos.

Con un flujo de información no verificada y potenciales *fake news*, los gobiernos autoritarios como el cubano pueden mutar de formas tradicionales de censura que buscan bloquear noticias o sitios con información contraria al régimen (como hace sistemáticamente el Gobierno cubano) hacia una nueva estrategia enfocada en “convertir la información disponible en información inservible”.

De acuerdo con Tufekci, estas estrategias incluyen:

“Demonizar medios digitales, movilizar ejércitos de partidarios o empleados pagados que enturbian las aguas virtuales con desinformación, saturación de información, duda, confusión, acoso y distracción, dificultando para las personas navegar en la esfera pública digital, y distinguir entre hechos y ficción, verdad y engaños”.

El periodista cubano José Raúl Gallego, radicado en México, ha hecho grandes esfuerzos para demostrar la naturaleza falsa de un seductor rumor de Internet de que la provincia de Camagüey se había declarado libre, luego de que los manifestantes de la cabecera provincial capturaran al líder del Partido Comunista en la provincia, y la policía se quitase el uniforme para unirse a las protestas. “La estrategia de apagar las comunicaciones,” escribe Gallego, “no solo es una táctica del régimen para evitar la salida de la información y la articulación de la gente, sino también para favorecer el surgimiento de noticias falsas que creen confusión y desánimo una vez que se desmienten”.

Wael Ghonim, el empleado egipcio de Google que comenzó de manera anónima la página de Facebook *We are all Khaled Said*, relata en sus memorias publicadas en 2012, con el título *Revolution 2.0*, cómo su uso de las redes sociales ayudó a lanzar la revolución de la Plaza Tahrir, derrocar el régimen de Hosni Mubarak, y lanzar la Primavera Árabe a principios de 2011.

No obstante, dada la polarización extrema y el regreso del régimen autoritario que siguió a esta llamada “revolución de Facebook”, Ghonim se ha vuelto mucho más cauto en lo que respecta a las bendiciones (y maldiciones) de las redes sociales.

Ciertamente, su convicción inicial simplista de que “si quieres liberar a una sociedad, todo lo que necesitas es el Internet”, resultó ser totalmente equivocada. Desde entonces, Ghonim ha entendido que mientras las redes sociales pueden ser efectivas para romper cosas, a menudo son incapaces de construir cosas, como nuevos regímenes democráticos que requieren de consensos, compromisos, vínculos fuertes, jerarquías y entendimiento profundo.

Cuando los movimientos sociales organizados en Internet son capaces de debilitar exitosamente las estructuras represivas del *statu quo*, también enfrentan una crisis existencial en la medida en que carecen frecuentemente de un liderazgo claro, unidad de propósito y una estructura organizativa jerárquica que les permitiría llenar el vacío que deja tras de sí el colapso del *ancien régime*.

Mientras los cubanos celebran su pérdida colectiva del miedo la mañana del domingo 11 de julio, deberían reconocer el papel *sine qua non* que jugó el acceso al Internet móvil en facilitar ese alzamiento sin precedentes (y demandar su inmediata restauración), y a la vez comprender, junto a Ghonim, que en su lucha por liberar y reconstruir la sociedad cubana sustentada en un Estado de derecho, equidad política y el ejercicio pleno de libertades civiles y derechos políticos, necesitarán mucho más que eso.

LA REVOLUCIÓN CUBANA HA MUERTO

JULIO LORENTE

El entusiasmo que genera toda revolución —Kant lo apuntaba en su Filosofía de la Historia—, hace tiempo se le acabó a la Revolución cubana. Y se le acabó porque la misma ha ido agotando minuciosamente su reserva simbólica: su compromiso social.

El pueblo pasó de figura tangible a decorado retórico, y cae sobre ese olvido-coerción no solo la “parte disensa” del pueblo, sino el pueblo en su generalidad. Las reformas implementadas en la llamada “Tarea Ordenamiento” han ido, una tras otra, cometiendo todo tipo de errores que, por ser tan inconcebibles para una economía hecha trizas, se podría pensar que son *a priori*. No se ha pensado ni medianamente en solucionar los problemas inmediatos de la gente, sino en entorpecer la vida del ciudadano de a pie, y todo esto en medio de una pandemia. De ese desespero colectivo nace el 11 de julio.

Es primera vez, en los 62 años de retórica populista de la Revolución cubana, que el régimen castrista ha tenido que enfrentar un levantamiento popular a tal escala. Y lo hecho al más puro estilo totalitario: violencia pura y dura. Los mecanismos de represión habían sido, casi siempre, sinuosos, puntuales y profilácticos. Pero el repertorio mostrado ante cada cámara de celular fluctúa entre sórdidas imágenes de jovencitos del servicio militar asustados y con palos en la mano, hasta policías con una indumentaria futurista y temeraria. Disparos, sangre, piedras, consignas de un lado y verdades desgarradas del otro; la ilustración más acabada de la

cubanidad inoculada por el castrismo: división y odio.

Díaz-Canel perdió la oportunidad de ser un Gorbachov tropical y eligió ser una prolongación dócil y mezquina en manos del pináculo del poder real en Cuba; léase Raúl Castro. Eligió seguir definiendo la cubanidad como una categoría política, por eso “la calle es de los revolucionarios”, de ahí en fuera no existen los demás, y como no existen son fácilmente desechables. Pareciera retumbar la ecuación estalinista: la muerte de un hombre es una tragedia, la de un millón una estadística.

Después de este baño de sangre tan hiperreal, después de estos encarcelamientos y desapariciones, no será posible ninguna “rectificación”, ese término tan comunista y demodé utilizado en la Rusia sóviet de Stalin, la China de Mao y la Cuba de Fidel/Díaz-Canel. Y no será posible porque la Revolución, como cruel Uróboros, se ha mordido su propia cola, esa cola que siempre fue su estratégico leitmotiv: el pueblo.

Cuando el lenguaje político gravita hacia la nada y necesita jalar el gatillo para ser creíble, el evento revolucionario ha terminado. Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que la Revolución cubana ha muerto. Solo le queda que custodien su cadáver sus tropas de asalto, antes de que otro estallido social la borre del mapa histórico. Es cuestión de tiempo.

DEJEN QUE TODOS OPINEN

CÉSAR VARGAS

Primero, antes que todo, quiero que quede muy claro que soy escritor por el amor que le tengo a la gente —no por ninguna fascinación por conceptos abstractos. Hablo de seres humanos.

Segundo, no conozco a otra persona que le tenga tanto odio al imperialismo como yo. Me ha dado un gran dolor de cabeza, que ninguna clase de medicina ha podido disminuir; me ha creado una profunda y larga cicatriz que no se cierra; me ha causado un trauma debilitador que tengo una vida entera buscando su cura. Créanme.

Y tercero, mis hermanas/os cubanos me otorgaron el honor de escribir estas palabras.

Así como le tengo cólera a la discriminación —sea sexismo, racismo, clasismo, xenofobia, homofobia, transfobia, etc.—, le tengo tremendo rencor a los que abusan del pueblo, de los más inofensivos y los más explotados, aquellos que no tienen nada más que sus voces contra la opresión.

Me interesa poco discutir la eficacia de sistemas de gobernación. Hay muchos políticos filósofos que agarran y arrancan cualquier micrófono que encuentran para pontificar. La mayoría tiene un ego que los hace incapaces de preocuparse por el bienestar de los demás. Eso incluye a los políticos cubanos. Esas familias blancas que se hacen las víctimas del imperialismo, mientras viven muy bien por el pellejo de los negros y mulatos cubanos. Señores, no se dejen engañar. El imperialismo es culpable de mucho sufrimiento,

pero también lo es la corrupción y la supremacía blanca de los que están en el poder en la Isla.

En Cuba, como en todo el mundo, hay una gran discriminación contra los negros. Que exista en todo el mundo no es excusa para Cuba: la utopía imaginada por los izquierdistas del imperio y los que tienen las barrigas llenas de alimento, que idolatran a hombres violentos que matan dizque por el amor que les tienen a los demás. ¡Qué cosa más absurda y contradictoria!

Muchos dicen que Fidel y compañía lucharon por la liberación de países negros en África, pero les pregunto: “¿Y los negros de Cuba no importan?”.

¿Quién gobierna en Cuba al fin? Los mismos blancos elitistas que dicen que luchan para y por el pueblo. Ellos sí viven como reyes y al pueblo que se lo lleve el diablo.

Pero quisiera saber si su pueblo es tan hambriento, ¿cómo tienen los fondos para ayudar a otros países? Le propuse a mis colegas que todo eso es promoción, propaganda, pero se hacen los sordomudos solo porque, dizque, supuestamente, son los enemigos mortales de los Estados Unidos, del imperialismo. Les prometo que el enemigo de nuestro enemigo no es nuestro amigo. La cosa no es tan simple, amigas/os.

No todos estamos influenciados por los gringos, menos contratados o amenazados por la CIA. Esas son acusaciones ridículas, estúpidas.

Otra cosa, ¿acaso el pueblo cubano no es diverso? ¿Me van a decir que todos piensan igual? He leído que hasta aquellos que estaban con la Revolución están contra el Gobierno cubano. Muchos existen, más de los que creen, en Cuba, donde muchos de ustedes visitan para tirarse fotos, para bailar y cantar con esos negros que les abren sus brazos y les brindan mil sonrisas. Son unos bárbaros.

Siempre pensé que a los negros que hablan español los odiaban más en las Américas. A los dominicanos, a los de Costa Rica, a los de Honduras, a los de Belice. Pero estos últimos días me han demostrado que sí, que tengo toda la razón. Porque a los negros cubanos los tenían por las nubes, y ahora me doy cuenta de que lo ven con un binario muy feo: sumamente inocentes o sumamente traicioneros de sus compatriotas. Así como muchos hombres ven a las mujeres: con el complejo Virgen-Prostituta (Madonna-Whore complex). ¿No les da vergüenza la hipocresía? ¿Nunca se han autocuestionado?

El imperialismo al que le tengo tanto odio incluye el embargo que sí, también está asfixiando al país, pero no solo el imperialismo está ahogando a los cubanos. Un Gobierno corrupto y autoritario también tiene sus manos apretando el cuello del pueblo cubano. Le apagan el Internet cuando protestan para que el mundo no vea las atrocidades. Apresan y persiguen a los jóvenes, a los artistas, a las negras y negros y sus familiares cuando se quejan. Ponen al pueblo contra el pueblo en vez de decirles que se sienten, que dejen que todos opinen. Pero ya una parte de ellos han hablado por 60 años. Pregúntense, ¿por qué no puede hablar la otra?

A mí nadie me patrocina. A mí nadie me manda. Hasta los que me han dado contrato por mi trabajo saben muy bien que algún día los criticaré si hacen lo que creo que está mal. A mí mismo constantemente me atormento si lo que digo o hago hace daño. Lo juro.

Estoy con el pueblo de Cuba. En su tierra y en el extranjero. Repito, apoyo a las negras y los negros del mundo, a las mujeres, a los artistas, a las maestras y maestros, a la comunidad LGBTQ+, a los atropellados por cualquier clase de discriminación y opresión, a mis hermanas y hermanos en Cuba que se lanzaron a las calles porque ya están cansados de tanto abuso.

Esa es mi palabra sincera. Sin motivos ulteriores. ¿Qué gano yo con hacer más enemigos?

No *ombe*, no.

DEL ODIO Y EL TONTO ÚTIL

JORGE DE ARMAS

El discurso del odio está tipificado como una de las formas de minorización de un sector determinado de la sociedad. En Cuba, el racismo, la homofobia, la xenofobia y cualquier forma discriminatoria, están precedidos por la creación de las nociones culturales que definen la segregación. Los victimarios encierran en conceptos como nacionalismo, patria o revolución, la idea emocional de que cualquier tipo de crítica es en sí un acto contrario a dichos conceptos.

En la sociedad cubana, los grupos de vulnerabilidad son aquellos que buscan expresar un pensamiento diferente. No tienen que oponerse al sistema para ser catalogados como tal, da igual que sean ambientalistas o provida, defensores del bienestar animal o activistas a favor de los derechos de comunidades excluidas. El discurso del odio afecta a todos aquellos que de forma implícita o explícita manifiestan una verdad contraria a la narrativa de enfrentamiento del oficialismo.

La dictadura cubana ha utilizado el sentimiento de pertenencia para fomentar el odio por exclusión. Todo lo que se oponga es considerado enemigo y los procesos de manipulación de la conciencia han permeado casi todos los niveles del discurso público.

Se dice que Lenin se burlaba de los *pallezniy*, aquellos simpatizantes del régimen que, críticos o no, ponían toda su fe en la viabilidad del sistema, aunque eran profundamente despreciados por las élites. La actitud del *pallezniy* favorece las formas de control

dictatorial, las refrenda con su discurso y propicia la supresión de derechos y libertades fundamentales.

La traducción más cercana del *palleznyi* leninista es la de “tonto útil”.

El proyecto socialista cubano ha disfrutado de un ejército de tontos útiles que van desde Jean Paul Sartre al movimiento Black Live Matters, pasando por García Márquez y no se sabe ya cuántos. Pero más allá del apoyo externo, el colaboracionismo interno es muchísimo más peligroso porque bajo ciertas circunstancias es capaz de manifestar apoyo a la dictadura a la que supuestamente se opone.

Dentro del panorama intelectual cubano es muy común la participación de un sector colaborativo atrapado en las referencias simbólicas y emocionales que utiliza el discurso oficial. En Cuba, conceptos como soberanía, imperio, o bloqueo se han constituido como baluartes de pensamiento colectivo, desprovistos de todo vínculo con la realidad, pero afincados en la conducta social.

Ante dichos conceptos se nubla el cuestionamiento, no hay análisis, se dan por válidos e inamovibles. Una intervención militar desde los Estados Unidos no ha sido contemplada al menos por las últimas ocho administraciones, sin embargo, el discurso de la dictadura ha calado tan profundamente que, incluso en la diáspora, unos la demandan mientras otros la condenan. El supuesto no existe, no ha lugar, está vacío, quien lo enarbola le hace el juego al régimen, con mejores o peores intenciones.

La narrativa de la dictadura tiene en la soberanía otro de sus pilares de odio. Es curioso que un país que entregó su soberanía económica al “campo socialista”, que no ha logrado la independencia productiva y que ha cedido constantemente espacios de decisión en virtud de los vaivenes políticos, enarbole el concepto ante cualquier fisura en la supuesta unidad del pueblo. Unidad es también otro concepto vacío: “con todos y para el bien de todos”, la frase martiana, ya descubre la pluralidad de nuestro pueblo.

El Gobierno cubano ha cedido su responsabilidad y ha delegado el ejercicio pleno de la soberanía nacional a que los Estados Unidos de América eliminen el embargo. La dictadura cubana ha dejado en manos de las sucesivas administraciones estadounidenses el futuro de la Isla. Este discurso, eje de la política de hostilidad hacia la tierra de acogida de millones de cubanos, justifica la incompetencia de la cúpula inescrupulosa que hoy manda en Cuba.

Las diásporas se construyen desde la gratitud a la tierra de acogida, sin despreciar ni renunciar a la de origen. La cubanía no se mide por la adhesión a una ideología, nace del compromiso personal con el país en el que has nacido.

La emigración ha sido relegada al papel de suministradores de efectivo; cualquier otra iniciativa es vetada por defecto. En medio de la pandemia, la dictadura cubana ha impedido deliberadamente que la ayuda recogida por la emigración llegue al pueblo de Cuba que vive en condiciones de precariedad sanitaria. Antes, en enero de 2019, hizo lo mismo cuando un terrible tornado afectó parte de la capital cubana.

El ejercicio de discriminación de la dictadura hacia la emigración ha logrado que una parte de la conciencia popular nos prive del derecho al patriotismo. En uno de los muchísimos mensajes que he recibido de amigos en la Isla, uno de ellos me ha estremecido: “No se puede ser patriota del otro lado del mar”.

Nadie se pregunta por qué no vivimos allí.

“Estoy con mi pueblo”, hoy no es suficiente. Pueblo es otro de los conceptos vacíos como consecuencia de la manipulación del aparato propagandístico de la dictadura. Yo también estoy al lado de mi pueblo, junto a los que se manifestaron en toda Cuba gritando “¡Libertad!” y “¡Patria y Vida!”, en contra de los verdaderos asalariados del odio: la policía política, los esbirros y la dictadura.

Los tontos útiles de la dictadura salen a justificar lo que ha pasado y se adhieren al discurso del odio que nos ha lastimado por más de 60 años. La ambigüedad y la equidistancia son colaborativas y el régimen lo sabe. No será suficiente en el futuro decir que han sido engañados, o que recibieron presiones. Los manifestantes del 11 de julio no midieron consecuencias, pusieron garganta y pecho frente a los antimotines.

No es la diáspora la que presiona y limita las libertades del pueblo cubano. La mano que tendemos es siempre cortada, negada y estigmatizada. Nos une el mismo dolor y la misma esperanza.

No fueron emigrados cubanos quienes dieron la orden y fusilaron a miles de compatriotas.

El exilio y la diáspora no crearon las UMAP.

No fueron los homosexuales humillados en los setenta y los intelectuales enviados a cortar caña quienes inventaron el odio entre cubanos.

No fueron las madres y abuelas en Miami las que les impidieron conseguir trabajo a los cubanos en Cuba, solo porque su familia residía en el exterior.

No fue la Iglesia quien reprimió a los creyentes, únicamente por creer en Dios.

No fueron los marielitos quienes dividieron a la familia cubana.

No fueron los cubanos que tomaron las calles el 5 de agosto de 1994 quienes fracturaron al país.

No fueron los Hermanos al Rescate quienes derribaron dos aviones, provocando la muerte de cuatro hermanos cubanos.

No fue la madre de Diubis Laurencio Tejeda quien asesinó a su hijo.

CUBA Y/O LA NOCHE

HUGO GARCÍA GONZÁLEZ

El estallido social ocurrido en Cuba el 11 de julio de 2021 tendrá por fuerza propia que entrar en la larga historia de protestas y rebeliones de la población cubana, desde la época colonial hasta el momento. Tanto es así que muchísimos medios de prensa del mundo, independientemente del idioma en que transmiten y de su perfil político, han llamado a lo que pasó en Cuba “la más grande de las protestas en seis décadas”. Y con toda razón.

A los cubanos dispersos por el mundo nos ha sorprendido todo lo que ha ocurrido. En primer lugar porque, quienes conocen la Historia de Cuba saben de la trampa que, desde la colonización misma, la geografía ha tendido a los pobladores de la Isla. Esa forma alargada y arqueada siempre obstaculizó la comunicación interna y provocó el desarrollo de la navegación de cabotaje como alternativa colonial para evitar las contrariedades del viaje por una tierra estrecha y poco poblada, a lo que se añadía la posibilidad del encuentro con bandidos de camino y/o con esclavos cimarrones.

Pero la navegación entre tres puntos esenciales del sur —Batabanó, Casilda y Santiago de Cuba—, no resolvió nunca esa escisión insular tan fuerte que ha provocado que entre el este y el oeste —que los cubanos seguimos llamando, a la antigua, “oriente” y “occidente”—, se desarrollaran identidades culturales diferenciadas, que llegan hasta los terrenos de la lingüística. Esas trabas que pone la misma geografía fueron usadas durante el siglo XIX por el poder colonial como estrategia militar para intentar que, durante

las guerras de independencia de España, las fuerzas libertadoras extendieran protestas y batallas por toda la Isla.

Durante los años finales del último período de mandato de Fulgencio Batista (10 de marzo de 1952–31 de diciembre de 1958), cuando el gobernar la nación se le salía de las manos, la estrategia de cercenar la geografía tomó nueva relevancia en el intento de que la rebeldía del oriente —el Ejército Rebelde que comandaba Fidel Castro en las montañas—, no llegara al occidente.

Sabiendo esto, quienes andamos dispersos por el planeta, pero llevamos a Cuba por pupila, nos seguimos preguntando: ¿cómo pudo ser que una protesta popular, sin un líder ni plataforma, haya logrado sortear ese obstáculo que ha sido siempre la geografía incómoda de la Isla para hacer de esta protesta un hecho literalmente nacional? ¿Estamos asistiendo al inicio de una revolución popular?



Portada del single “Patria y vida”. Yotuel, Descemer Bueno, Gente de Zona, Maykel Osorbo y El Funky.

“Patria y vida” ha sido el lema que ha animado las protestas y ha venido a demostrar nuevamente la centralidad y polifuncionalidad de la música en el acervo cultural cubano. El lema de “Patria y Vida”, que ha reverberado como hashtag de cientos de miles de mensajes en las redes sociales, ha sido un rechazo al lema de “Patria o Muerte”, impuesto por la oficialidad como brújula del destino de la nación desde que el 4 de marzo de 1960 fuera pronunciado por Fidel Castro en la despedida del duelo de las víctimas de la explosión de La Coubre. Y aunque poco más tarde, el 7 de ju-

nio del mismo año, en el Congreso de la Federación Nacional de Trabajadores de Barberías y Peluquerías, el mismo Fidel Castro le añadió el “Venceremos” al final de la frase original, la consigna ya era demasiado contundente como para aceptar apéndices.

Uno de los grandes errores del Gobierno cubano¹ ha sido el perder de vista los límites de la condición humana de la población. “Patria o Muerte” es un grito de guerra de un momento histórico que nada tiene que ver con las condiciones del 2021. Porque no hay pueblo que esté dispuesto a vivir eternamente en guerra ni que pueda ser forzado a reducir mansamente su existencia a una disyuntiva del nivel de catastrofismo en que la muerte es una opción omnipresente.

La sustitución de “Patria o Muerte” con “Patria y Vida” es el reclamo natural de una nación a tener esperanza e ilusión de futuro. Y, por sobre todas las cosas, la exigencia popular a tener más de una opción. Si el traer la vida al centro y escribirla sobre la muerte es relevante, no menos lo es el desechar la “o” para poner en su lugar la “y”. En la simpleza aparente del cambio de conjunción está una de las claves para explicarnos, al menos en parte, las protestas del 11J.

Cuba ha tenido por siglos un potencial humano que no se ha conformado con su condición de isla subtropical que la reduciría únicamente a balneario; los sueños y los deseos han volado alto al menos desde el siglo XVIII, con la misma sacarocracia que era en buena medida leal a la Corona, pero a la misma vez se enfrentaba a las regulaciones impuestas desde el centro metropolitano español porque la asfixiaban como clase, le frenaban la industrialización y la consiguiente elevación de la producción azucarera de la que dependían. Esos mismos vuelos animaron la República, al punto de que la población de la Isla se reconoce como “cubana” y difícilmente comulgue con la etiqueta de “caribeña” porque ha intentado siempre exorcizar las connotaciones de pintoresquismo tropical con que se mira desde lejos al Caribe.

1 Utilizo el término “Gobierno” y no “Revolución” porque lo que se llama “Revolución cubana” es una autodenominación que el Gobierno cubano ha tomado para sí y ha compelido a todos a enunciarlo, no es más que un oxímoron. A los efectos de la pesquisa que este artículo intenta, la Revolución existió, pero terminó el primero de enero de 1959 con la instauración del nuevo Gobierno; el mismo que se mantiene hasta hoy. Y no es la única “Revolución cubana”, pues antes ya habían existido otras revoluciones, desde 1868.

Al triunfar la Revolución en 1959 e instaurarse el nuevo Gobierno, una de las grandes ideas fue industrializar la nación, tarea del Ministerio de Industria que el Che Guevara dirigió entre 1961 y 1965. Pero... ¿cómo se puede industrializar una isla abundante en playas, arenas blancas y sol, pero muy escasa en yacimientos minerales y recursos hidráulicos con capacidad para producir energía?

Necesariamente Cuba tendría que continuar siendo un satélite de alguna nación mayor con los recursos que el Caribe no ofrece. En la despavorida carrera por probar al mundo la efectividad del nuevo Gobierno y del sistema socialista, se carga al pueblo con la eterna tarea de alcanzar de alguna manera ese “Venceremos” que se le añadiera al “Patria o Muerte”.

Luego de 62 años, podemos determinar que la forma de gobierno que se instaura en Cuba a partir de 1959 se ha caracterizado por describir una especie de bipolaridad política, que se demuestra en la toma de decisiones que le han otorgado a la dirección de la nación un recorrido pendular tanto en la política exterior como en la interior. Pongamos por caso los siguientes ejemplos: se elimina por completo el turismo internacional y unos años más tarde se fomenta a toda costa ese mismo turismo; se le da la tierra a los campesinos en pequeñas parcelas por la Ley de Reforma Agraria (1959) y luego se les presiona para que las devuelvan y se integren a trabajar en cooperativas; se nacionaliza y se expropia al punto de eliminar hasta la más insignificante propiedad privada y luego se le vende media isla a personas naturales y/o jurídicas, siempre y cuando sean extranjeras; se asocia la Isla incondicionalmente a la URSS y luego de un hiato a la Rusia actual, que más que capitalista es neozarista; de las UMAP a las que se llevaban a los sospechosos de homosexualidad a la “Cruzada contra homofobia”...

Este constante ir de un extremo al otro ha generado una polarización incómoda, que se entronca perfectamente con esa dicotomía de “Patria o Muerte” que ha puesto a la población de la Isla a vivir bajo un nivel de estrés que es muy relevante, porque se ha aplicado también a cada uno de los sujetos.

Sin que intentemos agotar el tema, por evidentes razones de espacio y tiempo, veamos de forma rápida el fomento de esos niveles de presión y responsabilidad que han contribuido a los hechos del 11J.

Vayamos por un momento a Princeton University, a ese 20 de abril de 1959, cuando Fidel Castro, que entonces estaba de visita en los Estados Unidos, le explica al auditorio lo que está ocurriendo en Cuba con las siguientes palabras: “Esta revolución fue hecha sin odio de clases; nuestras prédicas, nuestros discursos, nuestras palabras nunca fueron discursos para dividir a las clases, una de la otra”.

La idea de la cancelación clasista de la sociedad, especialmente enunciada dentro de uno de los más significativos países capitalistas, tomaría cada vez mayor relevancia en la presentación de Cuba en el concierto internacional de naciones, según transcurría la década del 60 y se llegaba a la del 70. Esta declaración de la eliminación de las pugnas internas que se le atribuye a la convivencia de diferentes clases sociales, ya pavimentaba el camino hacia la declaración del carácter marxista de “la Revolución” —es decir, “del Gobierno”—, y la adherencia de Cuba al campo socialista. Entretanto, buena parte de la opinión pública internacional, al parecer, entendía que la única división que podía experimentarse al centro de una nación era la de las clases, y no queda muy claro si esa parte del mundo que miraba a Cuba como ejemplo se haya preguntado sobre la posible existencia de otras fragmentaciones internas más allá de la clase social.

Al año siguiente, el mismo Fidel Castro, en su discurso del primero de mayo de 1960, en la entonces Plaza Cívica —luego rebautizada como Plaza de la Revolución—, hacía referencia crítica a otra división social que de alguna manera apuntalaba la división de clases y enfatizaba los males de la República (1902-1958). Dijo en su discurso que (cursivas añadidas):

“antes, la táctica de los que regían nuestros destinos consistía en separar y en enfrentar fuerzas. Y enfrentaban al soldado al campesino, y enfrentaban los intereses de los campesinos con los intereses de los obreros, y enfrentaban al pueblo entre sí... enfrentaban a los sectores del pueblo unos contra otros para servir al sector de los privilegios; enfrentaban hasta los sectores humildes entre sí y hacían de un campesino un soldado, de un campesino pobre hacían un soldado, corrompían a ese soldado y lo hacían un enemigo del obrero y del campesino. Y debilitaban al pueblo

con la táctica de enfrentar a unos sectores humildes contra otros sectores humildes, y dividían al pueblo en partidos politiqueros que no traían ningún mensaje a la nación; dividían al pueblo, al pueblo ignorante y engañado, lo dividían entre simpatizantes de políticos sin escrúpulos y ambiciosos. Y así debilitaban al pueblo, así confundían al pueblo”.

Muy poco después, esas mismas divisiones internas venían a ser practicadas de otra manera: “recicladas”, podríamos decir en términos del siglo XXI. Al enemigo externo real se le hicieron dos favores: caracterizarlo de forma hiperbólica con poderes ficticios que se aunaban a los reales y, sobre todo, otorgarle una masa de seguidores que iría conformada por todo el que dentro de la población cubana residente en Cuba externalizara una mínima inconformidad con el estado de la nación. La población residente en Cuba fue forzada a entrar en dos espacios ideológicos cerrados y excluyentes entre sí: los revolucionarios y los contrarrevolucionarios; una relación en la que toda inconformidad era disidencia y toda disidencia era “gusano”.



Primera plana del periódico Revolución con la noticia del discurso de Fidel Castro en la ceremonia de premiación del concurso de

canciones afines a la Revolución, celebrado en el entonces Teatro García Lorca, el 19 de septiembre de 1961.

Quienes en 1980 vivimos de cerca los hechos de la Embajada del Perú y el éxodo de más de 125 000 cubanos por el puerto de Mariel, conocimos de la cúspide en la curva de esas divisiones internas. Entre abril y octubre de 1980 en Cuba se dieron los tristemente célebres “actos de repudio” como pruebas del daño que puede hacer el forzar a un pueblo a elegir una única vía y llamar a que todo el que tome la opción no considerada por la oficialidad sea insultado, humillado, golpeado...

El primero de mayo de 1980, en plena crisis del Mariel, el mismo Fidel Castro pronuncia un discurso en la Plaza de la Revolución en el que delinea un mapa verbal de la ciudadanía cubana diciendo que

“no hay una sociedad con un ambiente moral más sano que el de nuestra sociedad en todo este hemisferio; no hay una sociedad con más valores morales que los que ha alcanzado esta sociedad nuestra al cabo de 21 años de revolución, con un sentido de la justicia, con un sentido del honor, con un sentido de la dignidad, con un aprecio y una admiración por el mérito, por el trabajo, por el sacrificio. . . al imperialismo no le quedaban aliados aquí. Al principio tenía a los burgueses, los terratenientes; tenía elementos vacilantes de la clase media, incluso de la pequeña burguesía; pero ahora, ¿en quién van a encontrar aliados? ¿En los obreros? ¿En los campesinos? ¿En los estudiantes? ¿Van a encontrar aliados en nuestros honestos trabajadores manuales e intelectuales ¡No! Al principio buscaban aquellas clases porque existían como clases explotadoras en nuestro país y eran sus aliados, ahora les queda solo el lumpen, es el único aliado potencial del imperialismo; y algunos que tienen mentalidad de lumpen o se confunden con el lumpen, sencillamente; pero es el único aliado potencial que le queda al imperialismo, y de ahí es de donde tienen que empezar a inventar sus refugiados, sus asilados, sus disidentes” (cursivas añadidas).

El discurso pronunciado desde “lo sano” generaba una parte otra de la sociedad, bajo una dualidad de sano/lumpen. Esto equivale a que hay una sola opción.

Desde entonces, lumpen/gusano/escoria fue la trinidad de una denominación escatológica lanzada desde la oficialidad durante la década del 60 como nomenclatura para toda disconformidad; denominación que se afianzó en el imaginario ideológico de la nación. Esa trilogía selló la existencia de un segundo tipo de ciudadano que quedaría instalado en una geografía social abyecta. Estas dos calidades de ciudadanos respondían a una polarización que se presentaba como eco del lema “Patria o Muerte”, ahora desdoblado para llegar hasta el alma misma de la nación, los hogares y las familias. La fórmula del maniqueísmo político llevaba un alto componente de violencia en tanto que filtro que neutralizaría toda disconformidad.

Por otro lado, el último discurso a que me he referido se hace relevante también porque Fidel Castro, al mencionar a los que se alojaron en la Embajada del Perú y/o que abandonaban el país por el puente del puerto del Mariel, dice que:

“Lumpen... fue el tipo de elemento que constituía la inmensa mayoría de los que se alojaron en la embajada de Perú... Algún flojito como dijo alguien, algún descarado que estaba tapadito. Ustedes lo saben, los Comités [de Defensa de la Revolución] saben eso bien, mejor que nadie, saben que alguna gente de esa se coló también, que por cierto, son los que producen más irritación, los simuladores” (cursivas añadidas).

Una realidad ya era desbordante, y era la doble moral que genera el forzar a un pueblo, cualquiera que sea, a vivir una eterna dicotomía de “nosotros” y “el enemigo”. Al parecer esta sección del discurso intentaba crear un puente ante toda la retórica anterior de un país entero a favor de toda decisión gubernamental y el estallido migratorio de miles y miles que vienen a poner en tela de juicio todo ese imaginario gubernamental anterior a 1980.

Cuba, junto a Puerto Rico, tiene el récord del más extendido estatus colonial hispanoamericano; estaba muy adaptada al “acato pero no cumplo” y el “más vale parecer que ser” como lemas de toda sociedad colonial, especialmente porque el modelo de gobierno del imperio español para con sus territorios coloniales se caracterizó por la mano dura y el monopolizar la mayoría de las funciones político-económicas.

El ejercicio diario de las “tretas del débil”, que bien define Josefina Ludmer —si se me permite extender la conceptualización más allá del feminismo—, es un componente medular de la cultura cubana desde los mismos inicios de la colonización: Judíos que cruzaban el Atlántico para huir de la represión y en La Habana cocinaban chuletas de puerco que eran en realidad de pan, o bien colocaban un puerco cocinado sobre la mesa y abrían las ventanas a la calle para que oliera y se viera; religiosos recién llegados de España con dudosas cartas de presentación y un hábito comprado, y que vivían en un convento en que realizaban todos los ritos católicos y cobraban hasta que desaparecían sin dejar rastro; elegantes damas sobre quitrines y volantas, con rostros empolvados de cáscara de huevo antes del paseo por el Prado, por aquello del “pasando por blanco hasta que me descubran” que, de tanto practicarse, llegó a entronizarse en el dicharachero popular hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, en respuesta a los buenos días de algún buen amigo o vecino; personajes de los altos círculos de la política y/o la cultura de la época republicana que miraban de reojo lo que oliera a religión africana, pero tenían a Elegguá dentro de algún mueble de la sala próximo a la puerta y la bandera roja y blanca que le mandó a poner Changó en la casa, convertida en una vistosa cortina o en un dosel de tales colores; y así hasta llegar a abril de 1980 y a Guadalupe, mi maestra de matemáticas de séptimo grado, dirigente del núcleo de la UJC (Unión de Jóvenes Comunistas) de los trabajadores de aquella escuela secundaria, quien nunca llegara aquel lunes de abril en que no tuvimos clase porque se había ido en una lancha por el Mariel.

Es nuestro barroquismo, que a falta de grandes fachadas o elaborados interiores de templos, se desborda en las múltiples formas del vivir teatral que han sido en Cuba, y siguen siendo, una necesidad.

Es un eterno rompimiento de las delimitaciones, el constante entrar y salir de la rigidez de las delimitaciones y de los espacios vedados impuestos por la reproducción del poder dentro de la estructura social.

Si el Gobierno que se inaugura en 1959 realmente logró abolir o no la segmentación clasista de la sociedad cubana, es un tema cuya complejidad rebasaría estas ideas que aquí se hilvanan. De lo que sí podemos hablar con certeza, especialmente los que crecimos en ese contexto, es que la recreación de esa otra partición in-

terna sigue dando pruebas de su efectividad. Hoy, cuando el mundo entero ha visto las protestas en Cuba, nos encontramos que la llamada es la misma: violencia.

El mundo entero ha visto a Díaz-Canel, a quien no se puede acusar de elocuencia, salir en televisión con la siguiente arenga: “Estamos convocando a todos los revolucionarios del país, a todos los comunistas a que salgan a las calles en cualquiera de los lugares donde se vayan a producir estas provocaciones. Hoy, desde ahora y en todos estos días. Y enfrentarla con decisión, con firmeza y con valentía” (transcripción mía a partir del video de youtube.com).

La solución oficial de Cuba parecer hacerse eco del antiguo dicho castizo de sal en la herida. En lugar de sanar la polaridad interna, la estrategia ha sido hacer extender la distancia entre ambas partes, obligando siempre a tomar partido. Donde debían ir el entendimiento y la cordialidad ciudadana, se han puesto la descalificación categórica y el verbo incendiario. Esa alteridad, marcada por esos ánimos viscerales, ha sido una constante que dividió a las familias, física y espiritualmente, porque nunca más fue permitido que dentro del mismo grupo familiar y/o de los círculos de allegados de cada cual, pudieran convivir las diferencias de pensamiento e ideales políticos. Entre ese “antes” que pronuncia Fidel Castro en el discurso de 1960 y el ahora que finalmente ha visto el mundo entero, se abre el espacio de un adverbio.

Ese sistema de clasificación del sujeto, ejercido a todos los niveles —hasta llegar al eje mismo de los afectos humanos, al interior del núcleo máspreciado para cualquier sociedad: la familia—, ha puesto un enorme peso sobre los cubanos que aún viven en la Isla. Ese vivir eternamente frente a una frontera, como un juego infantil de policías y ladrones que se volviera pesadilla de adultos, con un enemigo eterno que de tanto que se le repite se les comienza a aparecer por todas las hendidias y asomarse por todas las ventanas, y también —dado que cada emigrado es enemigo—, aparecerse en el plato de comida que un pariente provee desde lejos, en el frasco de medicamento imposible de conseguir en territorio amigo, en el bastón en que se apoya el abuelo, en el alivio de la remesa de dinero, en la recarga telefónica...; ese enemigo moldeado en la dicotomía del verbo hace mucho que es un misterio a definir.

Y todo ello, dentro de un contexto nacional encauzado siempre por la práctica oficial de lo perentorio, del parche constante en

forma de “tarea de choque” que ha ido acumulando una experiencia ciudadana como palimpsesto de eterna inestabilidad en la que el ciudadano de cada día —ese que tiene que salir a hacer colas de horas, que no tiene transporte, que se le cae la casa y que tiene que enmascarar su descontento—, ha sentido la vida como el eterno calafateo de una nave que nunca logra alejarse de la costa. Esas ramificaciones del “Patria o Muerte” como única forma de experimentar la vida son las mismas que parecen haber llegado a desecar el abrevadero donde solían paecer la resignación y la esperanza.

La experiencia sociopolítica de generaciones que hemos nacido, crecido y envejecido en la estrechez ideológica de dos extremos, sin espacio para la convivencia de la diferencia ni admisión de posible pluralidad, ha generado la vehemencia de las pasiones que se le atribuyen a la comunidad exiliada, en particular en Miami, que sigue siendo la diáspora más extendida de cubanos. Y es que aún la inmensa mayoría de los ciudadanos cubanos que han logrado abordar un avión o una embarcación, y los que se han montado en una balsa y han logrado atravesar el mar con vida, quedan marcados por la herida interna de aquello que pudo ser patria y nunca fue, y de lo que debió ser familia, pero se convirtió en rocío de cuerpos distantes y almas de poco o ningún contacto. Esos ánimos enconados ante las cosas que pasan en Cuba, que montados en ondas electromagnéticas van a anidar en los televisores de medio mundo, tienen una comunión tácita con un Martí que no se ve, ni se lee, sino que se ha aprehendido desde siempre.

Los cubanos que crecimos y nos educamos en Cuba, antes del triunfo de la Revolución de 1959 y después, al menos hasta finales del siglo XX, tuvimos todos, en cada aula, un enorme cuadro que era una reproducción coloreada de una fotografía de José Martí niño con una medalla prendida en la solapa. Ese niño ejemplar lo tenía de frente todo estudiante de primaria hasta terminar el sexto grado. Ese cuadro era parte de la parafernalia educativo-patriótica que al inaugurarse el Gobierno de 1959 ya estaba en esas mismas aulas, porque servía para encaminar los primeros pasos del ciudadano hacia ese espíritu republicano que hizo de Martí el “Apóstol de la Independencia” y lo situó como eje modélico del pensamiento patriótico.



Fotografía de José Martí niño. Secretaría de Obras Públicas y Bellas Artes. Tomada de *Wikimedia Commons*.

A ese niño nos señalaba la maestra, o el maestro, cada vez que la más mínima alteración ocurría en clase —como un comentario entre alumnos, una disputa entre niños, etc.

Con esa imagen se nos marcaba la disciplina. A ese cuadro me señaló una vez mi maestra de primer grado cuando se viró de la pizarra porque sintió mi voz, porque yo le estaba diciendo no sé que tontería de muchachos a Marcial, mi compañero de aula, cuyo pupitre estaba a mi derecha. Ese día de 1973 casi muero de vergüenza porque ya sabíamos lo que significaba ese señalamiento a la imagen de Martí. Con mirarme a mí y apuntar el índice de la mano derecha a Martí, yo sabía que me estaban diciendo “aquí estamos para ser así y no aceptamos menos”. Después de Ana Rosa Ríos, aquella maestra normalista a la que le debo hasta el rigor de escribir con buena letra y sin borrones ni suciedades, venían otras/os detrás que te seguían apuntando a Martí mientras iban grabando para siempre en tu memoria el “ser cultos para ser libres”; “la patria es ara, no pedestal” y; sobre todo, ese fragmento de *Abdala*:

*“El amor, madre, a la patria
no es el amor ridículo a la tierra,
ni a la yerba que pisan nuestras plantas;*

*es el odio invencible a quien la oprime,
es el rencor eterno a quien la ataca.*

Al pasar de los años te percatas de que es la única vez que se nos ha puesto en palabras qué es patriotismo y cómo funciona, y cuales son las cuerdas que se tensan entre el pecho y la patria. Y así lo asumimos desde la infancia. La ejemplaridad de aquel niño, en toda la corrección que nos emanaba desde la antigua cromolitografía fijada a la pared, se transformaba cuando de patria se trataba. Y era capaz de rencor y de odio, sentimientos y vocablos difíciles de encontrar en toda la obra martiana.

Al pueblo cubano, como a ese Martí, le han tocado la fibra que detonaría el odio y el rencor.

Como mismo Martí pone en boca del joven Abdala el rechazo a entender la patria como suelo y yerba, al cubano que vive en Cuba le preocupa ese vivir eterno en campaña bélica con el constante gravamen de un principio de existencia de tono castrense. Esa dicotomía que fuerza a tomar partido donde hay una única posibilidad real, ha venido acompañada de sustituciones múltiples: de Gobierno donde antes había patria; de tachar nación y poner Revolución; de construir alteridades donde antes había identificación. Son heridas que nunca han sanado porque no se han hecho sanar, por el contrario, han ido pudriendo por dentro.

Ese dinamitar la sociedad hasta su célula más pequeña y valiosa es lo que ha generado ese rencor eterno que inunda el aire. Ni en tiempos de Martí ni hoy los enemigos de la patria han sido ni son únicamente externos. No hay acción rotunda contra una sociedad que no genere una reacción de la misma magnitud.

Entre tanto, los traumas internos de las familias y los daños psicológicos que todo eso ha creado nunca serán suficientemente valorados. Difícilmente será conocido el número de cubanos que durante los últimos 62 años han encontrado la muerte en su intento por buscar un pequeño espacio donde plantar su pequeñita patria, más allá de la estrechez que le sofocaba. Mucho menos, porque no cabe en números, podrá saberse con certeza la profundidad del daño de la división de las familias, tanto en lo geográfico como en lo ideológico.

Desde mi caso personal, por ejemplo, puedo decir que de haberse dado cabida en Cuba a la pluralidad y la cordialidad desde

el inicio de la instauración del Gobierno revolucionario en 1959, yo no habría crecido solo, sino con los integrantes de mi familia que comparten mi generación que tuvieron que nacer en el extranjero; también habría conocido los primos segundos que emigraron siendo niños, unos meses antes de que yo naciera; el tío que era a la vez padrino lo habría podido conocer desde siempre, en vez de verlo por primera a mis 26 años; y todos los de mi familia que murieron dispersos por el mundo antes de que pudiera conocerlos y/o antes de verlos nuevamente, dependiendo de la fecha en que habían salido, los habría visto morir; y, más importante, los habría visto vivir. Ya han pasado muchas décadas y esos detalles no poco importantes se han escapado del radar de los estudios y los estudiosos.

Como si fuera poco, aquella figura mítica de Fidel Castro desapareció. Raúl siempre se supo que no llenaría los vacíos del hermano menor. Y como si ello fuera poco, el actual presidente de Cuba, puesto en el poder en abril de 2018, fue hasta ese momento un total desconocido para la inmensa mayoría —si no todos— los cubanos dentro y fuera del país. Tanto es así, que a raíz de las protestas del 11J, el periódico *Granma* ha tenido que salir al rescate de la imagen de Díaz-Canel con una fotografía de él mucho más joven al lado de Fidel Castro.



Captura de pantalla del periódico Granma, edición digital del 15 de julio de 2021.

Con este apuntalamiento de la imagen, el periódico oficial del gobierno cubano probaba que el hombre no tiene el carisma ni el aura que se necesitan para seguir manteniendo el *statu quo* de esa sociedad escindida.

“Gobernante en un pueblo nuevo, quiere decir creador”, dice Martí en su famoso ensayo “Nuestra América”, y las incontables protestas en toda la Isla, el domingo 11 de julio, han venido a enarbolar la misma sentencia.

El lema oficialista de la última década, que dice “somos continuidad”, pudiera llamarse un desliz freudiano que expone la fosisización de los métodos de Gobierno apegados a la concepción del martirio. Ni mártires ni enemigos, la gente no quiere muerte, sino vida. Encima de esa “o” que fuerza a la disyuntiva, la gente ha garrapateado la “y” que une y armoniza. Los miles que salieron a las calles de la Isla entera, con las manos tan vacías como el estómago, exigen que el gobierno asuma su responsabilidad, sin las manidas evasiones del embargo y la eterna construcción del socialismo.

Como si fuera poco el vivir en la estrechez del espacio ideológico, al pueblo cubano ahora se le ha forzado al enclaustramiento por la Covid-19, a permanecer en sus viviendas ruinosas en enorme cantidad de casos, con cortes eléctricos inesperados, con una temperatura afuera que hace insoportable la vida al interior, con una esperanza en el horizonte que nunca llega.

El 11 de julio quedará en la historia porque el pueblo salió, como nunca antes, a demostrar que tiene “hambre de espacio y sed de cielo”, en palabras de Rubén Darío. En las manos de su Gobierno queda el intento de solución a la vida del cubano. Mire el Gobierno hacia la imagen de Martí, en silencio, cual hiciera un colegial, y ponga la “y” de la sanación y la conciliación, y, sobre todo, escuche al pueblo, que un Gobierno lo es mientras siga los designios del pueblo al que se debe; lo contrario es un desgobierno. Y a un desgobierno, no hay historia que lo absuelva.

ÍNDICE

El espejo de la Stasi: lecciones para la transición cubana	5
¿Estamos vacunados contra el intervencionismo?	16
¡Viva la Revolución!	21
Eufemismos y mentiras de la prensa sobre la rebelión cubana	26
“Si Cuba esta en la calle, Miami también”	29
Madre Coraje, Madre País	33
Carta abierta a los jóvenes cubanos	36
El discurso del anhelo	38
Mi amor, se cayó esta pinga	43
No, Díaz-Canel, no	48
Contra el terror: por el pan y el derecho a la lengua, a la vida	52
Un día de 48 horas	58
Ese presidente no es un presidente	62
Un mal presidente	65
11J: El estremecimiento de una nación	69
La guerra del pueblo contra el pueblo	73
Socialismo y barbarie	76
Decapítulo madre, te presto el hacha	80
La Cuba relicario: suspender el silencio	84
Cuba: ¿Revolución que se va a bolina?	87
Mis palabras a los cubanos	94
Yo no estoy confundida	101
Tres visiones desde Miami sobre las protestas en Cuba	103
La familia cubana tras el 11J	107
La orden está dada	111
La Revolución cubana ha muerto	118
Dejen que todos opinen	120
Del odio y el tonto útil	123
Cuba y/o la noche	127

